



A MÍ
NO
ME
SEDUJZCAS

NEKANE GONZÁLEZ

A MÍ

NO

ME

SEDUZCAS

NEKANE GONZÁLEZ

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

© Nekane González 2016

Diseño de cubierta: Ainhoa González

Maquetación: Nekane González

Impresión: GOMYLEX, S.L. BILBAO (Bizkaia)

Web: www.gomylex.com

Primera edición Noviembre 2016

Depósito legal BI-1856/2016

ISBN: 978-84-15176-84-8

PRÓLOGO

Si el amor aparece en tus sueños, ¿te despertarías? ¿O seguirías durmiendo?

Si escoges esta última opción, tus sueños pueden mostrarte algo maravilloso hecho a tu medida. Si decides despertar, te darás cuenta que la realidad es muy diferente a tus sueños. Y cuando tengas los ojos abiertos, el destino pondrá ante ti todo aquello que anhelas. Simplemente, has de saber reconocerlo.

Pero no siempre es fácil, ya que nosotros mismos nos empeñamos en hacerlo más complicado de lo que realmente es. Y ahí es donde el puñetero universo juega en tu contra, y por no seguirle la corriente, te muestra dos caminos distintos. Y ninguno es de baldosas amarillas.

Queda terminantemente prohibido coger un atajo para saber qué hay detrás de cada uno de esos caminos. Sólo puedes escuchar a tu razón, pero no mucho, que a veces tiene sus días tontos y no es de fiar, y a uno que nunca falla: tu corazón.

Él es el único que tiene la respuesta a tus dudas, es el único que va a latir desbocado cuando llegues al final de esa carrera de fondo que como meta, tiene tu felicidad.

Ya no vale decir: “a mí del amor, que no me hablen”. Ahora lo que cuenta es que te dejes seducir por un sueño que se hace realidad y que tiene los ojos azules, ¿o son verdes?

Toñi Membrives

A MÍ NO ME SEDUZCAS.

“Está claro que nadie puede escapar a lo que el destino le tiene preparado. Puede ser un premio o una lección de vida, una prueba que superar o alguien de quién aprender tal vez. Lo que sí es cierto, es que a veces el Universo nos trae los mejores regalos de él mismo, aunque no sepamos reconocerlos a primera vista”

Nekane González

Capítulo 1: La oscuridad se ciñe sobre mí.

Mirándome frente al espejo de la entrada de mi zulo, observo cómo me queda el vestido negro que María me regaló ayer, expresamente para el evento.

Irónicamente pienso que, aunque me encanta este color para la ropa y casi siempre voy vestida de enterradora, como dice mi madre, hoy es el día que menos me apetece vestirme así. Está claro que debo de ser la propia contradicción en persona.

Fuera en la calle luce un espléndido y caluroso sol de primavera, cosa que ya es bastante rara en Bilbao, pero a mi casa, mi zulo, no llega ni un triste rayito y permanezco aquí en la sombra como un vampiro; como esta negrura que hoy atenaza mi alma y mi corazón.

Me resulta imposible aceptar la forma que tiene el universo de cambiarlo todo de un momento a otro, sin que podamos hacer nada al respecto, y no puedo evitar sentirme completamente frágil e impotente.

Miro la hora en el móvil, ya que nunca llevo reloj desde que estuve viviendo en Palma de Mallorca y decidí vivir la vida sin importar la hora que fuera. Fue en el preciso momento que me deshice del reloj, que descubrí la terrible adicción que tenía a mirarlo y a vivir cronometrada.

Aún es pronto, tengo tiempo de sobra, así que me preparo un sucedáneo de Martini y me fumo un cigarrillo mientras dejo que los recuerdos inunden mi mente y me lleven a ese tiempo que ahora parece tan lejano, a pesar de haber transcurrido apenas un año.

Ese instante que a mí me pareció maravilloso y dónde parece que el mundo se quedó congelado, en el momento que abrí la puerta de mi zulo y me encontré de frente con él, con mi sueño hecho realidad, con Freddy.

Todavía me cuesta creer la historia onírica que viví y la semejanza física entre un Freddy y otro. Con el tiempo terminé por pensar que aquello tenía que haber sido un sueño premonitorio, excepto porque sigo esperando que me toque la lotería, claro. Pero no dejo de reconocer que el universo, en aquella ocasión, hizo que todos los astros se conjuntaran para traer a mi vida un regalo muy grande.

Aún recuerdo su cara de sorpresa, con aquellos maravillosos ojos verdes abiertos de par en par, en consonancia con su sensual y provocadora boca, ante el inicial portazo. Tardé unos segundos en reaccionar, pues aún estaba muy conmocionada por el sueño

que había tenido, y en comprender lo que María me explicaba entre gritos y aspavientos.

Fueron muchas horas las que me quedé profundamente dormida después de haber desconectado todos los teléfonos, como suelo hacer cuando me pongo a escribir y prefiero que nadie me corte la inspiración. Fue tan profundo el sueño en el que caí, pues debía estar agotada tras pasar tres días y tres noches frente al ordenador escribiendo, que ni tan siquiera me sacó de mi sopor María, aporreando la puerta de mi casa alteradísima porque pensó que me había pasado algo.

María volvió a su casa a recoger las llaves de la mía para entrar a comprobarlo, pero fue tal la película que se formó en su cabeza en el trayecto, que antes de emprender la vuelta, llamó a la policía para no estar sola ante el cuadro que se pudiera encontrar. Otra que se parece a mi madre montándose películas. ¡Qué familia!

Como quiera que fuera, durante mucho tiempo tuve que agradecerle a mi hermana el teatro que se montó, porque aquello fue lo que trajo directamente a mi puerta al protagonista de mi peculiar sueño; a Freddy.

Nunca le he preguntado qué fue exactamente lo que le hizo interesarse por mí, en una situación en la que cualquiera me hubiera tomado por una chalada, máxime teniendo en cuenta el estado de mi casa aquel día; pero supongo que la situación le resultó de lo más divertida, a juzgar por las risas que nos echamos los tres, una vez aclarado el malentendido.

Él salía de una guardia aquella noche y desde la central le habían pedido que se pasara por allí de camino a su casa, para ver qué ocurría, así que ya había terminado su servicio, y entre explicación y explicación, nos dieron las tantas de la noche. Una noche en la que comenzó nuestra historia, con muchas risas y muchos sucedáneos de Martini.

A partir de ahí comenzamos a quedar y poco a poco fuimos conociéndonos más, aunque he de decir que Freddy, resultó ser un hombre bastante más introvertido de lo que yo había soñado. Tan celoso de su intimidad que ahora, un año después, me doy cuenta de lo poco que sé de su vida. Yo siempre di por sentado que como era *Ertzaina*^[1], la desconfianza le venía de serie. No en vano, es un cuerpo que no destaca por su simpatía precisamente. Pero siempre creí que, con el tiempo, terminaría por abrirse y confiar más en mí.

Tal vez un año no es demasiado, a mí se me ha hecho muy corto, escandalosamente

corto ahora que lo pienso, y, debido a su trabajo, tampoco hemos podido vernos todo lo que hubiéramos querido.

María abre la puerta de mi casa trayéndome de vuelta a la cruda realidad. Después de aquel episodio siempre lleva mis llaves junto a las suyas.

- ¿Estás lista, tata? –me susurra con cara de circunstancia.

-Supongo que para una situación así, una nunca está lista –respondo con tristeza, tras agotar un soplo de aire cargado de amargura.

Me abraza y me da un beso de ésos suyos, que parece que quiera juntarme una mejilla con otra a través de mi cavidad bucal.

Esta vez es mayor el dolor que acumulo en mi alma, que el propio físico que me proporciona mi hermana con su exagerado amor.

-He traído el coche hasta el portal –trata de esbozar una sonrisa- para que no tengas que pasar la aduana, ya sabes.

-Sí, gracias. Hoy sería capaz de soltar algún impropio gordo y convertirme en la noticia del mes de radio patio –contesto.- Cojo el bolso y nos vamos.

Me monto en su Audi nuevo, que no es nuevo, que es de segunda mano, pero como lo compró hace apenas dos meses, pues es su Audi nuevo. Recorre marcha atrás el callejón de mi casa hasta llegar al sitio donde normalmente se aparcan los coches, al que llamamos la curva, y dónde hoy la aduana ha montado el chiringuito al completo, sacando las sillas de camping y las sombrillas.

Menos mal que llevo gafas de sol y no pueden ver las oscuras ojeras que decoran mi rostro.

¿Qué no recordáis que es la aduana?

La aduana es esa familia que vive en mi mismo callejón y que se pasa el día entero aunque llueva, en la curva que es la única entrada a la calle, para enterarse de cuanto chisme se haya producido. No se te ocurra entrar andando y preguntar aquello de ¿qué tal?, cuestión que se plantea más por cortesía que otra cosa y que no espera nunca una respuesta definida. En este caso acabarás sometido a un tercer grado y terminarás por contar hasta lo que no quieres que se sepa. De difundirlo ya se encargará radio patio.

Levanto la mano a modo de saludo como si fuera la reina de Inglaterra, con la ventanilla cerrada eso sí, y fijo la mirada en mi Paco, mi Peugeot gris que está

aparcado a la derecha. Lo observo como si no fuera mío y pienso que no tiene mal aspecto, a pesar de saber que, por no tolerar las intensas lluvias de Bilbao como su dueña, terminó por inundarse y ahora tiene la centralita rota y hay que andar quitándole un borne de la batería, cada vez que vas a parar más de diez minutos porque si no se descarga y no arranca después.

Menos mal que soy de arreglarme poco, porque imaginad el cuadro cuando una sale de pitimini con tacón alto y al bajarse del coche, se pone a hacer de mecánica.

A mi hermana le resulta graciosísimo, sobre todo por las caras que ponen quienes nos observan en tan peculiares momentos.

Cogemos la autopista, suena en la radio del coche “All of me” de John Legend y mi mente comienza a volar a través de las bellas notas musicales. Recuerdo la última vez que pasé por aquí en una situación bien diferente a ésta. Iba en el coche con Freddy, los dos íbamos cantando a voz en grito una conocida canción de los años casi ochenta, “Ramaladingdong”. Estábamos felices ya que nos dirigíamos a **San Juan de Gaztelugatxe**^[2] armados con todo tipo de bebidas y comida como para una semana. Al principio Freddy sólo me dijo que preparara una mochila como para pasar un par de días y yo no tenía ni idea de qué estaba planeando mi loco favorito, pero él había conseguido que dejara atrás mi famoso mantra “a mí del amor, que no me hablen” y que empezara a confiar plenamente en él y en sus sorpresas. Con Freddy todo resultaba de improvisto siempre y no sabías nunca, dónde o cómo podías acabar.

Dicen que las personas introvertidas son más bien serias, pero esa es una norma que, desde luego, en Freddy no se cumple.

Era un miércoles por la tarde cuando llegamos a San Juan de Gaztelugatxe y aparcamos el coche en el parking, enfrente de la sidrería Galerna. Apenas unos metros más allá y ataviados con ropas deportivas, comenzamos a bajar por un camino de piedra de apenas unos dos metros de ancho.

A la derecha, una rústica valla de madera delimitaba el sendero, cuyo espeso follaje cubría el camino formando una especie de arco natural que apenas dejaba pasar unos tímidos rayos de sol. Un poco más adelante, la vegetación se iba disipando dejando al descubierto una espectacular y maravillosa vista del Mar Cantábrico, en todo su esplendor y magnitud. Sin duda era un paisaje de lo más relajante. Al frente se podía divisar una gran isla formada por rocas y vegetación, luciendo majestuosa entre las olas del mar que componían una preciosa y natural melodía, al romper contra las

ariscas costas de tan singular islote.

El camino era pedregoso y abrupto y, cada escasos dos metros, había unos escalones reforzados con madera para intentar hacer más fácil tan dificultosa bajada. Como cabras montesas terminamos de recorrer el escabroso tramo para llegar a una carretera comarcal. Paramos en un peculiar banco de color azul a contemplar tan maravillosa vista e intercambiar entre tórridos besos, el poco aire que nos quedaba tras el esfuerzo.

Nos asomamos a una barandilla de madera que hacía las veces de mirador, nos hicimos unas fotos y allí abajo, pudimos observar la bravura del mar rompiendo contra las rocas y dejando un rastro de espuma a su paso, el cual, iluminado por los rayos del sol, formaba lo que parecía fueran minúsculas estrellitas sobre el agua.

Mirando hacia el horizonte, difuminado por una bruma cargada de humedad acechando con llegar a la costa, se podían percibir sobre el mar, que lucía tranquilo allí a lo lejos, corrientes de agua formando pequeños ríos que, observados desde nuestra situación, parecían un entramado de carreteras sobre el infinito piélago.

Durante la subida de los doscientos cuarenta y un escalones que conforman el recorrido hasta la elevada ermita, fuimos recompensados visualmente con un espectacular paisaje y una brisa fresca hacía más llevadero nuestro esfuerzo. Por fin llegamos hasta la última cruz que completaba las catorce del Vía Crucis que nos acompañó durante todo el trayecto. Al principio ni tan siquiera habíamos reparado en ellas, pero a partir de la sexta, cada cruz que alcanzábamos era como una hazaña conseguida y así, entre bromas y ahogados besos, llegamos a tocar la campana de la ermita que permanecía cerrada.

Dice la tradición que hay que pedir un deseo y tocar la campana tres veces para que se cumpla. Al loco de Freddy se le ocurrió decirme aquello de;

- ¿A que no tienes cojones?

- ¿Te atreves a decirme eso a mí, después de haber vendimiado? No sabes con quién te estás metiendo, nene. –Y subimos descalzos para que nuestro sueño tuviera más posibilidades de cumplirse.

Obviamente ninguno nos dijimos el deseo que habíamos pedido; el mío fue poder estar siempre con él.

Apenas había un par de personas allí, ya casi el sol se estaba poniendo y dimos la vuelta por detrás de la construcción, para contemplar la vista desde el otro lado.

Encontramos un saliente de piedra en el que tumbarnos sobre la inmensidad del mar, la

sensación era como estar volando sobre él. Un chico con largas melenas rizadas, de color azabache, se sentó apenas unos metros detrás de nosotros y sacó un extraño instrumento, del que comenzó a arrancar unas mágicas notas que terminaron de llevarnos a un estado más que místico.

Después supimos que el instrumento en cuestión se llamaba *Hang*^[3] y que su invención era realmente nueva, ya que el primero fue presentado en el festival Musikmesse de Frankfurt en el año dos mil, según nos explicó el chico después. Lo cierto es que aquel muchacho con la mágica música que emanaba de su extraño instrumento, el mar, las gaviotas volando en bandadas tan cerca de nosotros y el espectacular paisaje, nos hicieron sentirnos en completa consonancia con la naturaleza, de la que estábamos siendo partícipes en aquel mismo momento.

Un rato después, Freddy me tomó de la mano y volvimos frente a la ermita, en la que una construcción rectangular de piedra, hacía las veces de refugio. En una esquina del recinto había una chimenea de ladrillo y Freddy no tardó en encender un fuego con algunos palos que había ido recogiendo mientras subíamos. ¡Y yo que me venía cachondeando todo el camino por los dichosos palitos!

Agradecí enormemente el calorcito que desprendía aquel improvisado hogar, pues la humedad se estaba haciendo cada vez más presente y la noche comenzaba a cernirse sobre nosotros, después de habernos mostrado una de las más espectaculares puestas de sol que yo haya contemplado.

Habíamos dejado las mochilas sobre una mesa de piedra rodeada por bancos del mismo material, y cuando el fuego alcanzó su esplendor, Freddy retiró las mochilas de la mesa y tomándome por la cintura, me sentó donde antes estaba el equipaje y se colocó delante de mí, sentado en el banco. En aquel momento me sentí como si yo fuera el manjar más suculento que aquel hombre había tenido delante, a juzgar por las chispas que sus verdes ojos desprendían.

Comenzó pasando sus manos por mis muslos, acariciándolos cada vez con un poco más de intensidad, hasta llegar a rozar mi entrepierna con sus pulgares. La excitación se iba abriendo paso a través de mi cuerpo, al mismo tiempo que sus manos seguían masajeándome por encima de la ropa.

Metió dos dedos por la cinturilla de mi pantalón de chándal y me obligó a levantar el trasero para poder quitarme una sola pata de la prenda, que apartó con descaro hacia un lado. Separó la poca tela del tanga y se detuvo un instante a observarme, deleitándose en lo que veía. Posó su palma en mi vientre haciendo que me recostara un

poco hacia atrás y después pasó sus manos por debajo de mis muslos atrayéndome hacia él, justo antes de hundirse de lleno entre los pliegues que cubrían mi abultado clítoris.

Recorrió con su lengua cada centímetro y con dos de sus dedos, me penetró haciéndome estremecer de puro placer, mientras seguía succionando y chupando sin tregua, hasta que consiguió hacerme llegar al orgasmo, sin haberme quitado siquiera la ropa interior. Entonces se bajó el pantalón hasta la mitad del muslo, llevándose con él su slip y dejando libre por fin, la tremenda erección que me ofreció.

Me sujetó por las caderas deslizándose con dulzura, hasta que me tuvo completa y perfectamente encajada en su miembro, me abrazó con fuerza y durante unos instantes, disfruté de la sensación de plenitud de tenerle todo para mí. Me sentía en plena comunión con él. Pasados unos segundos, mi cuerpo empezó a vibrar y las paredes de mi vagina apretaban su miembro en un gesto inconsciente; fue entonces cuando comencé a moverme, cabalgando sobre él.

Primero lentamente, con dulzura, disfrutando de cada sensación que me proporcionaban los sutiles movimientos; después fui aumentando el ritmo poco a poco, hasta llegar a uno frenético en el que parecía que el mundo se desvanecía a nuestro alrededor y que mi vida dependía de llegar a la meta lo antes posible.

Iluminados por la tenue luz de la lumbre, llegamos los dos juntos al clímax, en un gemido unísono que retumbó por todo el refugio.

Permanecemos abrazados hasta que nuestras agitadas respiraciones y el mundo, volvieron a la normalidad. Nos miramos y, siendo plenamente conscientes de lo que allí había ocurrido, a la vista de cualquiera que hubiera tenido a bien pasear por allí a aquellas horas, estallamos en una sonora carcajada sabiendo que nos daba todo igual, excepto esos momentos que los dos juntos éramos capaces de crear.

Cuando retomamos la compostura, nos comimos unos bocadillos mientras Freddy me contaba montones de historias, tejidas al amparo de tan maravilloso lugar. Ya era muy tarde cuando emprendimos el camino de vuelta iluminados por la tenue luz de nuestras linternas, pero aun así decidimos aventurarnos un poco más y al final del camino, elegimos unas escaleras a la izquierda que bajaban hasta un pasillo de piedra, que culminaba con dos grandes arcos, en cuyas paredes había placas grabadas, con amargos recuerdos de cuántos allí perecieron antaño.

Nos llamó especialmente la atención, una placa con un poema grabado que rezaba así:

“Si cierro los ojos, te veo. Si no los cierro, también.

Te veo por donde vaya, te siento donde yo estoy.

Estoy condenado a verte, que me condenen mil veces,

Que más que condena es suerte

Sentirte cerca de mí”

Sin duda nos sobrecogió el dolor que debía de sentir quién escribió tan amargas palabras y decidimos volver a la civilización, dando por acabada la aventura. No en vano, comenzábamos a sentir el cansancio haciendo mella en nuestros cuerpos.

Nos metimos en el coche y recorrimos apenas unos quinientos metros de carretera, para volver a detenernos frente a lo que parecía otra sidrería, aunque cuál no fue mi sorpresa, al descubrir que se trataba de un pequeño y acogedor hotel con unas vistas espectaculares.

Freddy arregló todo para que nos dieran una sencilla y bonita habitación, con vistas al islote de piedra que antes habíamos visto por el camino a la ermita. Allí nos hospedamos hasta el viernes que Freddy tenía que volver al trabajo, pero aquellas cuatro paredes de piedra, fueron testigo mudo del inmenso y ardiente amor que hay entre nosotros.

Supongo que los dueños del hotel tampoco se olvidaran de nosotros, a juzgar por los gritos de pasión que de allí nacieron.

Es verdad que el poco tiempo que hemos pasado juntos lo hemos disfrutado al máximo y desde luego en Bilbao ciudad, se nos ha visto poco, por no decir nada. Siempre hemos preferido disfrutar de nuestra sola compañía, a excepción de un par de veces o tres que hemos quedado con María o con Jorge.

Jorge es uno de los compañeros de la unidad de Freddy, con el que mejor se lleva. Sí, ese que mientras trabajan van juntos a casi todos los lados y que, irremediabilmente, tan estrecha relación traspasa siempre la barrera profesional.

Ahora que tengo constancia de la cantidad de horas que llegan a estar juntos, no me extraña lo más mínimo. Supongo que el tipo de trabajo y los peligros a los que están expuestos, de los cuáles no tengo ni idea pues como ya he dicho son muy reservados, contribuye aún más a fortalecer dicha amistad.

Jorge es un hombre alto, moreno y con unos ojos marrones muy expresivos. Es algo más serio que Freddy y menos corpulento, pero se ve que es muy buena persona. No lo está pasando nada bien ya que su madre está muy enferma, con un cáncer de matriz que

ahora tiene muy extendido.

Los médicos no le dan muchas esperanzas, pero aún con todo, Jorge está muy pendiente de ella y prácticamente la totalidad de su tiempo libre, se lo dedica de una u otra forma. Creo que es uno de los motivos por los que no tiene pareja, porque entre el trabajo y su madre, no le queda tiempo para nada.

María dice que el chico no está nada mal, que se le ve muy majo; como diría mi madre, alguien de fiar.

Y aunque yo sospecho que los dos se miran más de la cuenta, no me parece que de momento la cosa tenga pinta de avanzar hacia nada más, que la amistad que los une a través de Freddy y de mí.

Capítulo 2: Llegó la tormenta y trajo de la mano el tormento.

Llegamos a Derio y María aparca frente a las enormes puertas que dan paso, a uno de los lugares más tranquilos que existen. No por nada, sino porque los que aquí residen ya no pueden moverse, ni hablar, ni nada. A mí personalmente, estos sitios me llenan de una paz demasiado lúgubre y oscura. No dejo de percibir un extraño halo de misterio que envuelve toda la zona, a pesar de la calma; como si muchas personas quisieran a la vez gritar su pena, en el más aterrador de los silencios. Pero supongo que los cementerios en general, no son plato de buen gusto para nadie.

No puedo evitar reparar en el gran contraste que se da, entre la alegría de este precioso y soleado día, con la sombra invisible que acecha este recinto donde la calma llega a ser inquietante. Apenas hay gente y parece que el repiqueteo de nuestros tacones, hace eco por cada una de las paredes del precioso claustro de piedra que vamos recorriendo. Observo el techo pintado de un azul que quisiera parecerse al del cielo, pero que nada tiene que ver. Atrás hemos dejado el edificio de las oficinas, en las que María ha entrado a pedir un plano para saber dónde tenemos que dirigirnos y caminamos ahora dirección a la capilla situada en el centro del claustro.

Siento en mi rostro la corriente de aire que pasa a través de las columnas y me permite refrescar mis pulmones que parecían oprimidos hasta ahora.

Escucho el dulce trinar de los pájaros mientras subimos los seis escalones que dan paso a la capilla; luce desierta.

María me hace un gesto indicándome que salgamos, pero prefiero inundarme durante unos segundos de la paz que este lugar me inspira y que, por breves instantes, consigue mitigar el dolor que me abrasa por dentro. Aún no puedo creer que esté aquí.

Me detengo a contemplar el sencillo retablo de madera, con una cruz serigrafiada de un Cristo que parece más vivo que muerto. A mi izquierda, unas enrevesadas escaleras de caracol y madera, conducen al espacio destinado al coro en el que reposa un enorme órgano, iluminado por los rayos del sol que penetran a través de la vidriera, con forma de rosetón; a mi derecha, el confesionario que está vacío y en el que siento unas irrefrenables ganas de despojarme de tanto dolor. Pero no hay con quién hacerlo.

De pronto, el estruendo de un avión sobrevolando el cielo, interrumpe el poco sosiego

que había conseguido entrando aquí y decido que es mejor coger el toro por los cuernos cuanto antes.

Veo que María ya tiene claro hacia dónde nos tenemos que dirigir y conforme salimos de nuevo al claustro, me conduce por una estrecha abertura que queda a nuestra derecha.

Cruzamos una carretera, que comunica entre sí cada manzana de esta macabra ciudad y subimos doce peldaños hasta llegar al ajardinado recinto, donde se encuentran los panteones de piedra. Todo aquí está dividido en manzanas, que se mentan con números o letras.

Observo las diferencias entre sepulturas: unas haciendo gala de su grandiosa ostentación, mientras otras, yacen descuidadas y probablemente olvidadas. No puedo evitar pensar que hasta en la muerte, existen numerosas diferencias sociales.

Caminamos hasta el final de la calle y, cuando una pared de nichos nos impide seguir, giramos de nuevo a la derecha para, unos metros más allá, observar que un pequeño grupo de personas entre las que se encuentran dos niños, están reunidas frente a uno de los nichos cubierto de coronas funerarias.

De pronto, todo sucede muy deprisa; una mujer que parece una viuda demasiado joven, levanta la mirada y la clava en mí con una furia poco usual. Parece que sus ojos estén chisporroteando.

Acto seguido comienza a gritar una serie de incoherencias, mientras se abalanza hacia mí, recorriendo apenas de dos brincos, la distancia que nos separa.

-Tú... ¿cómo te atreves a presentarte aquí hija de puta? ¡Yo te matooo...! –Levanta los brazos y la biblia que sostenía cae al suelo, señalando que se lava las manos.- ¡Putas! Por tu culpa él ya no está aquí conmigo... ¡con sus hijos! –Pero... ¿qué dice esta mujer!?- Sí zorrón... ¡por tu culpa! ¡Freddy está muerto! ¡Freddyyyyyyy! –y un desgarrador grito, brotó del centro de su corazón arrasando todo el camposanto.

Parecía que iba a caerse desplomada, cuando reparé en alguien que, a su espalda, velaba porque nada le ocurriese. Era un hombre muy alto, canoso y con un parecido más que razonable con mi Freddy.

Un momento... ¿qué ha dicho esa mujer? ¿Qué ella es...es...? ¿Su mujer? ¿Hijos? ¿¡Culpable!?

Mi mente se bloquea en cuestión de segundos ante semejante sobredosis de información y escucho decir al hombre que la sujeta:

-Será mejor que se vayan señoritas, Laura no se encuentra bien y...

-Por supuesto que nos vamos de aquí –escupe María interrumpiendo la invitación a que nos marchemos.- Vamos Eva, no tienes por qué aguantar esto cielo.

Me agarra del brazo y, por el mismo camino que habíamos llegado, nos fuimos.

El silencio que hay en el coche en el trayecto de vuelta, está colmado por los millones de pensamientos que inundan la mente de mi hermana, a la misma velocidad que la mía. No hace falta ninguna palabra para saber que ambas estamos en estado de shock; yo no puedo digerir esta noticia.

No puedo ni quiero creerme que Freddy, ¡mi Freddy! llevaba una doble vida. ¡Joder, el muy cabrón estaba casado! ¡Y con dos hijos!

La desgarrada voz de **Axel Rose**^[4] me grita desde la radio “Don’t you cry” y yo, por aquello de la psicología inversa, estallo en un mar de lágrimas imposible de contener hasta para mi hermana que, asustada, detiene el coche en el primer bar que encuentra y pide dos Martini rojos que apuramos apenas de un trago. A ver si con este calorcito en el estómago, se me baja la marea que debo tener ahí abajo ahora mismo.

Pedimos otra ronda de lo mismo y nos sentamos en la terraza a fumar un cigarro. Ninguna de las dos se atreve a iniciar la conversación. Observo el mal trago que está pasando la pobre, que no sabe ni qué decirme. La noticia no es para menos, la verdad, y la opresión que se ha instaurado en mi pecho, no me deja articular palabra.

Parece increíble que, de la noche a la mañana, alguien a quien creías conocer tan bien, de pronto resulta ser una persona bien diferente a lo que pensabas. Siempre me pregunté cómo sería eso de tener una doble vida, pero en el momento en que trataba de hacerme a la idea de la cantidad de mentiras que acarreaba, lo di por imposible porque con lo despistada que yo soy, no me acordaría de lo que he dicho. Pero ¡qué digo! Si yo no me acuerdo ni de que soy rubia, ¡ah, no! Que no soy rubia. Me he teñido tantas veces el pelo... y cada vez me cambian el número o la marca del tinte, que nunca vuelve a ser el mismo color, así que ya no sé ni qué soy. “Desastrillo” como me dice mi hermana.

Me la ha pegado y bien, ¡me ha mentido! ¡Todos y cada uno de los momentos con él han sido mentira! ¡Ay ama!

Que no, que yo no me puedo tragar esto aquí sola. Tengo que explotar.

- ¡Me ha mentido! ¡Siempre y en todo momento! –grito desesperada buscando la liberación de mi dolor.

-Menudo cabronazo –apenas susurra María.

- ¡Freddy! ¡Mi Freddy me ha mentido! Me ha engañado como a una imbécil y yo...yo...- rompo a llorar de nuevo y me falta el aire en los pulmones.- ¡Yo me enamoré de él como una tonta! Yo creí que me amaba, tataaaaa –hundo la cara entre los pañuelos de papel que apresuradamente me ha dado María.

-Vamos Eva, lo superarás; tú eres muy fuerte hermanita.

- ¡No! Ya estoy harta de oír esa frase que siempre viene detrás de las peores ostias. No soy fuerte, no soy nada fuerteeeeeee....

-Ya sé que es muy duro Eva, pero deja correr un poco de tiempo. Date un espacio para analizarlo desde la perspectiva de la distancia y... –mi hermana la filosófica.

-María, de verdad que no estoy para sermones. ¿Es que no lo entiendes? ¡Freddy, mi Freddy, estaba casado y tenía hijos mientras alegremente retozaba por ahí conmigo! Y por si no te habías dado cuenta, eso me convierte a mí en la otra ¡la otra María! No la una; no, ¡la otra! –mi cabreo va en aumento por momentos y noto como la sangre me hierve en las venas, abrasando todo a su paso. Un extraño e incómodo temblor se apodera de mí y parece que tenga un Parkinson muy avanzado ya.- ¡A mí no me gusta compartir hombre! ¡No me gustan los casados! ¡Joder! ¡Cómo me ha podido pasar esto a mí! Yo que decía que del amor que no me hablaran y... ¡mírame ahora!

Como si no me estuviera escuchando, ella parece que esté pensando en otra cosa; y como si se pudiera pensar en otra cosa en este momento, dice:

- ¿Y Jorge? –Me mira interrogante- ¿Por qué no estaba Jorge en el entierro de su mejor amigo?

-Ni sé, ni quiero saberlo. Llévame a casa, por favor María. Necesito estar sola.

Cierro la puerta de casa a mi espalda y me recuesto contra ella como si fuera a darme consuelo. Ahora me parece que en este zulo hay demasiada luz; lo dicho, la contradicción en persona.

Bajo todas las persianas y me cambio de ropa, eligiendo el pijama más viejo y roto que tengo. Estoy dispuesta a sufrir, o a pillarme una borrachera aquí a solas conmigo misma, o a lo que surja. ¿Con qué decidiré machacarme esta vez? Casi noto como lo disfruto y me deleito en los detalles. Empiezo por el sucedáneo de Martini; es un viejo conocido que mezclado con vino y Coca-Cola, no me defraudará.

En mi familia a eso le llamamos el chispazo y, aunque parezca mentira, lo inventó la

rubia; mi madre.

Enciendo Spotify y elijo una lista de música tranquila al azar. Las melancólicas notas de “How long will I love you” de Ellie Goulding provocan las primeras lágrimas al tiempo que un sentimiento más que rabioso se va apoderando de mi ser. Cuanto más lo pienso, menos lo entiendo. ¿Cómo es posible que no me diera cuenta de que estaba casado? Quizá si me paro a pensar, reparo ahora en la cantidad de detalles que pudieron llevarme a tirar del hilo y haber descubierto el pastel con anterioridad, aunque... ¿quién desconfía de alguien que viene precedido por un sueño premonitorio? Desde luego yo no; está claro. Así me pasa lo que me pasa.

Los recuerdos de los momentos vividos junto a Freddy se agolpan en mi mente y entre ellos se confunden las palabras de María diciéndome que yo soy fuerte y lo superaré, pero.... ¿cómo se puede superar y olvidar aquello que tanto se quiere? ¿Aquello que se ama desde el mismo centro del corazón?Cómo apartarse de lo que te hace sentir viva, aunque él esté ya tan muerto, tan distante de esta realidad que me rodea, me absorbe y me ahoga con cada segundo que derrama sobre mí.

Freddy sigue tan vivo en mí, en mi recuerdo y en mi rutina, que me parece que en cualquier momento va a aparecer tocando a mi puerta y diciéndome con su amplia y hermosa sonrisa aquello de:

“He venido a por ti, nena”.

La presión que siento en el pecho va en aumento y termina por volver a explotar en un llanto para el que no encuentro consuelo, ni ganas de tenerlo, que es lo peor. En este preciso instante, quisiera desaparecer de la faz de la tierra y volar lejos, muy lejos; tan lejos como haya volado su espíritu. A pesar de todo, sólo pienso en volver a tenerle rodeándome con sus fuertes brazos y explorando cada rincón de mi anatomía con su dulce y jugosa boca.

Recuerdo ahora aquel poema que vimos en San Juan de Gaztelugatxe que hoy cobra más sentido que nunca, pero la estampa del cementerio acude rauda y se cuela entre mis pensamientos rompiendo el momento que había creado para nosotros. ¡Casado! Por más que me lo repita no me cabe en la cabeza, a pesar de que la imagen de sus hijos llorando frente a su tumba me persigue y presiento que lo hará por mucho tiempo. No es que yo sea una mujer tradicional, ni mucho menos, pero tengo una escala de valores muy sólida y el respeto es uno de los que abren la lista, así que nunca me ha gustado interferir en ninguna relación.

Quisiera poder volver atrás el tiempo y cambiar ese fatídico instante en el que mi

mundo se derrumbó, apenas dos segundos después de descolgar el teléfono. La voz de Jorge aún resuena en mis oídos y aquellas palabras quedaron retumbando en mi mente sin que aún haya conseguido encajarlas en ningún lado. No puedo asumirlo.

“Eva, soy Jorge. Freddy ha muerto. Sólo quería avisarte. Tengo que colgar”

Y colgó. Y me dejó allí con el teléfono en la mano y el corazón hecho añicos en la otra. Ningún detalle, nada acerca de qué o cómo pasó. María se enteró del entierro por el periódico y pensábamos pedirle explicaciones a Jorge cuando nos viéramos en el cementerio, pero....

Jorge no estaba y en su lugar me encontré de bruces con una realidad que casi es peor que la que ya tenía.

Mi cabeza no encontraba solución alguna, ni respuesta a los millones de preguntas que se acumulaban esperando su turno. Ahora que me doy cuenta, la cabeza me da vueltas no sé si por el disgusto o por la cantidad de chispazos que me he tomado ya. Me tiro en el sofá que, aunque incomodísimo ahora mismo está muy a mano, y me dejo envolver por las suaves notas del piano de Ludovico Einaudi.

Haciendo honor al título de la obra “Fly”, mi espíritu comienza a volar muy lejos de aquí, mientras mi cuerpo queda sumido en un profundo sopor que poco a poco, va aliviando la pesadez de mis párpados y de mi alma también.

Capítulo 3: Jugando a detectives.

Me despierta el sonido del teléfono; abro los ojos muy aturdida y me doy cuenta de que ya han pasado tres días desde el entierro de Freddy. Es mi primer pensamiento en la mañana y el último en la noche. Tres días que se me han hecho eternos y en los que cada minuto deseaba poder marcharme con él donde quiera que estuviese.

-Buenos días guapa, ¿cómo estás hoy? –María trata de transmitirme algo de optimismo a través del teléfono.

-Más o menos igual que ayer –respondo sin ánimo.

- ¿Comemos juntas? Llevo yo la comida –propone entusiasmada.

-No tengo hambre –la verdad es que se me revuelve el estómago ahora mismo, sólo de pensar en comida.

-Evaaaa...-sé perfectamente lo que significa ese tono de voz.

-Vale, vale; haz lo que quieras, no voy a moverme de aquí –me rindo.

Apenas una hora más tarde, mi hermana entra por la puerta de casa cargada con un montón de bolsas.

En un momento, igualita que mi madre, se hace con el control de mi casa y para cuando quiero reaccionar, la cocina está a pleno rendimiento.

Me rindo ante la destreza culinaria de María y preparo el marianito por hacer algo. Me muevo como un autómatas, mi cuerpo no funciona como siempre, lo noto y María debe darse cuenta también, porque se dirige al ordenador y elige una lista de música con mucha marcha.

No sé cómo lo consigue, pero al poco, estamos las dos bailando como locas en el salón de mi casa. Por un instante consigue que me olvide del mundo y permito que las notas musicales penetren en todo mi ser y llenen mi alma de una energía mágica. Canto a voz en grito.

En ese momento pletórico me encuentro, cuando sentimos aporrear, literalmente, la puerta de mi casa. María baja la música mientras me dirijo a abrir.

- ¡Vaya! Desde luego no esperaba que lo estuvieras celebrando –escupe con hostilidad el hombre.

- ¿Perdón? –No salgo de mi asombro- ¿Y tú quién eres?

-Más bien, yo venía a saber quién eres tú –me dice el desconocido cargado de ironía- aunque ya veo que te pillo en medio de una fiesta.

- ¿Quién es, Eva? –oigo a María en mi espalda.

-Alguien que ha venido a interrumpir la fiesta –respondo haciendo gala de toda mi artillería irónica.

Los preciosos ojos azules del maleducado que tengo delante, se incendian al oírme.

-No se preocupen “señoritas” –y esta última la suelta con un retintín que no expresa nada bueno.-Yo ya me voy para que puedan seguir con su celebración –aclara dándose la vuelta.

-Mejor será, sí, ¡vete a joder otra fiesta! ¡Grosero! –y culmino mi pregón con un sonoro portazo.

-Y ese... ¿quién era? –María me mira intrigada.

-Pues no tengo ni idea, la verdad –respondo con la sangre hirviéndome aún.

No entiendo qué es lo que acaba de pasar, ni por qué ese tipo me ha dicho esas cosas, pero menos entiendo la reacción desmesurada que he tenido yo. Oye, pero es que ha sido escucharle y ponerme de una mala ostia... Así, como una reacción química. El caso es que el tipo me suena...

-Vayamos a comer anda, que verás la deliciosa ensalada de espinacas frescas y cuscús que te he preparado.

-Mmmm... suena muy bien tata. ¿Lleva salmón? –pregunto relamiéndome como una niña. Y de pronto, me entró el hambre. ¿Habría sido el cabreo?

-Siiiiii, lleva salmón. Anda vamos y me cuentas quién era ese que tan amablemente has despedido –se ríe.

Durante la comida le cuento a María el desagradable encuentro de la puerta y menciono que me parece que es el mismo tipo del cementerio. Hablamos largo y tendido acerca de cómo sucedió todo y nos sigue extrañando muchísimo la desaparición de Jorge. María le ha llamado un montón de veces, pero su móvil permanece apagado y los

mensajes no le entran. Es muy raro porque ellos suelen mantener conversaciones a diario y María dice que nunca tiene el móvil apagado.

Sabe que su madre está ingresada ahora en el hospital, porque parece que algo se complicó en su enfermedad y eso, es lo que nos lleva directamente a decidir que tal vez Jorge esté allí con su madre. Puede que la cosa se haya complicado más de la cuenta y eso le haya impedido estar en el entierro de su amigo.

María me conduce con soltura por el hospital, pues no es la primera vez que viene. Abre la puerta de la habitación y veo una mujer de mediana estatura, regordeta y con gafas, postrada en la cama con la mirada perdida, en algún punto de la blanca pared que hace juego con su rizado cabello.

- ¿Inés? –pregunta María cautelosa.

- ¡María, hija! –La mujer nos mira y me percató de que varias lágrimas ruedan por sus mejillas- ¡Qué alegría verte!

Mi hermana deja el bolso y la chaqueta en la silla mientras la observa detenidamente y su rostro se va ensombreciendo.

- ¿Qué pasa Inés? ¿Por qué lloras? –se sienta a su lado en la cama y la coge de la mano intentando consolarla.

Se ve que está sufriendo porque su dulce semblante se comprime, al tratar de elegir las palabras. Parece que tarda demasiado para la impaciencia de mi hermana que enseguida continua con su particular interrogatorio.

-Inés, ¿dónde está Jorge? Le he estado llamando y...

Un mar de llanto es lo que esta mujer acaba de soltar sin dejarle terminar la frase. Me siento un poco incómoda en esta situación, ya que yo no conozco a esta mujer y me parece un momento demasiado íntimo, así que le hago una seña a María indicándole que voy a por unos cafés y salgo de la habitación. Camino por un largo pasillo que parece demasiado estrecho, a pesar de que se pueden cruzar dos camas en él. Voy sumida en mis pensamientos, tratando de adivinar qué será lo que pasa con Jorge porque lo que sí me ha quedado claro, viendo la reacción de su madre, es que pasa algo.

Y así, en modo automático, llego hasta la máquina del café donde hay un hombre de espaldas a mí, recogiendo su bebida.

- ¡Eva! ¡Qué casualidad! –Se gira con su vaso de plástico en la mano- ¿Qué haces

aquí?

-He venido a acompañar a mi hermana que está visitando a una amiga –prefiero no darle más detalles a este tipo que nunca me gustó.

-Muy bien... –exhala mientras me recorre visualmente de arriba abajo- espero que nos veamos más por ahí, ahora que ya no tienes novio –dice con recochineo.

-Mecaguen la madre que te parió, ¡desgraciado! –le increpo como una fiera levantando la mano amenazante.

En ese momento Edgar, que es como se llama el asqueroso, recoge mi mano alzada, me retuerce el brazo hacia atrás dejándome inmovilizada y me susurra al oído:

-Tranquila fierecilla, yo sé que te gustan mucho los polis... –se detiene por un momento aspirando mi cabello y continua- yo estaría encantado de domarte preciosa, así que ya sabes... –me empuja liberándome de su amarre y como si tal cosa añade guiñándome un ojo- cuando quieras me llamas, muñeca.

Y me deja allí en el pasillo, incapaz de reaccionar ante lo que acaba de pasar.

Apenas nos habíamos cruzado con Edgar un par de veces en este año. Sé que el tipo es policía local y que en realidad es mexicano, aunque casi no se le nota ya. Según me explicó Freddy, llegó hace quince años a España casado con una funcionaria nativa que se encaprichó de él, cuando fue de vacaciones a Cancún. Él aprovechó su influencia para entrar en el cuerpo y después la mandó a paseo dejándola sin nada. Aunque en el fondo debió de ser lo mejor para ella, a juzgar por cómo la trataba él. Según Freddy, los propios compañeros habían sido testigos de varias escenas desagradables entre ellos.

Nunca me dio buena espina, pero de ahí a imaginar esta película que me ha montado, hay un largo camino. Saco un par de cafés de la máquina pensando que el tipo, simplemente es un imbécil con ínfulas que nunca tuvo nada y ahora, como es poli, se ha venido a más.

Regreso a la habitación donde las dos mujeres charlan ahora más tranquilamente si bien, la preocupación se refleja ahora en la cara de las dos. Le tiendo el café a mi hermana que me dedica una extraña mirada al recogerlo.

-Eva, verás... -duda- Inés me ha contado que Jorge... está detenido.

- ¿Cómo? ¿Detenido? Pero... ¿por qué? –no entiendo nada.

-Según parece está implicado en el asesinato de Freddy –su tono de voz se apaga con cada letra.

- ¿Asesinato? –no hilvano dos palabras en mi cabeza- Jorge...no....no...

-Eso mismo pienso yo hija –me dice la anciana con ternura- mi niño será muchas cosas, pero no es un asesino. ¡Por Dios! Esos chicos eran como hermanos ¿a quién podía pasársele por la cabeza que mi Jorge hiciera algo así?

Después de un sepulcral silencio que duró más de lo que ninguna hubiera querido, nos despedimos de Inés no sin antes prometerle María, que iría a visitar a su hijo para intentar aclarar algo de todo el asunto. Mi hermana me deja en casa y quedamos para el día siguiente, que le acompañaré a ver a Jorge.

La intriga crece con cada detalle nuevo que conozco y, mientras me preparo algo para beber, pienso en la imagen de Freddy asesinado. Asesinado. La palabrita me retumba en bucle por la cabeza y no dejo de pensar que por muy cabrón que fuera, Freddy no merecía ser asesinado. Montones de escenas de películas se me agolpan en la mente, sin que pueda ubicar a mi Freddy como la víctima, en ninguna de ellas.

Veo que me quedaron muchas cosas por decirle y como no sé expresarme mejor de otra manera, lo hago escribiéndole una carta que sé que nunca leerá porque nunca podrá recibirla.

Para Freddy

Sé que no tengo más alternativa que dejarte ir, sé que es la única opción y también lo más correcto. Debo mirar hacia delante y olvidar todas tus locuras, tus descaros y tus besos. Lo más difícil de olvidar serán tus ojos y esas particulares y ardientes miradas que me dedicaban; aunque pensándolo bien, quizá no fueran tan particulares las miradas y quizá, sólo quizá, esas mismas miradas se las hayas dedicado también a ella, o a quién sabe cuántas más.

Me siento dolida, defraudada, humillada como mujer y por encima de todo, engañada. Seguramente a estas alturas daría igual que estuvieras vivo porque ya nada volvería a ser como antes. Mi confianza en ti se quebró y dudo mucho que hubiera nada en este mundo que tú pudieras hacer, por reparar semejante daño. Sólo me queda la vana esperanza de encontrar a alguien que sí pueda repararlo y que, con sus besos y sus caricias, borre poco a poco el recuerdo de las tuyas. ¡Ilusa de mí! Que sólo de pensarlo, ya siento que te estoy engañando, o ¿es a mis sentimientos a quien estoy traicionando? No lo sé con exactitud. Sólo sé que tengo que dejarte ir, sacarte de mi corazón, de mi mente y de cada célula de mi ser que quedó enganchada en el tuyo.

Te quiere, tu Cenicienta.

Suena el teléfono justo cuando termino de desahogarme sobre el papel y secándome las lágrimas con la manga de la chaqueta, voy a coger la llamada.

¡El que faltaba! ¡Mi padre! Pongo la mejor voz que tengo y descuelgo.

- ¡Hola cariño! ¿Cómo estás? - ¡Menuda pregunta!

Cómo le explico a mi padre lo que está pasando si ni yo misma lo sé.

-Bien papá ¿y vosotros qué tal? –trato de desviar la conversación.

-Como siempre, ya sabes. Tu madre y yo hemos estado paseando por ahí y luego nos sentamos a tomar un té, en esa terraza que tanto te gusta de la calle Bretón, ¿te acuerdas?

-Claro papá, ya tengo ganas de ir a veros –me estoy poniendo nostálgica.

-Cariño, sabes que te quiero mucho, ¿verdad? –y mi padre muy tierno.

-Claro que sí papá, yo también a ti.

-Y que puedes contar con nosotros para lo que sea ¿entendido? –este hombre sabe algo o lo parece.

-Sí papá, estoy bien no te preocupes. Dale un beso muy fuerte a la rubia de mi parte. Os quiero.

Al final va a resultar que mi padre tiene un sexto sentido muy desarrollado y que, a lo mejor, no es tan ajeno a todo como mi hermana y yo pensábamos.

Me cuesta muchísimo dormirme y cuando al final caigo agotada, tengo pesadillas extrañas en las que un velo de sangre cubre mi campo de visión y no me permite ver qué es lo que sucede detrás. Al momento me veo corriendo por una carretera, es de noche y aunque mire hacia atrás no veo a nadie, pero sé que me están siguiendo.

Tropiezo y caigo al suelo, me he hecho daño en el tobillo y aun así trato de arrastrarme por el asfalto para pedir ayuda. No sé cómo, pero sé que mi vida corre peligro.

Todo está oscuro, no se oye nada; me giro para mirar atrás y de pronto, otra vez el velo de sangre cubriéndolo todo.

Capítulo 4: A las mazmorras.

Para cuando María viene a buscarme, ya ha estado llamando por teléfono y averiguando cómo teníamos qué hacer para poder visitar a Jorge en el calabozo.

Según me explica, parece que hemos tenido suerte porque no ha pasado a disposición judicial y por eso no lo han trasladado aún a la cárcel. A través de algunas amistades ha conseguido que nos dejen verle durante quince minutos, así que habrá que aprovechar el poco tiempo que tenemos. Prefiero no preguntar acerca de las amistades que han conseguido tal cosa.

Llegamos a la comisaría que es un edificio demasiado moderno, como para sospechar que aquí pueda haber calabozos. Esa palabra está asociada en mi mente a las antiguas mazmorras de los castillos y claro, no puedo ubicarlos aquí, con tanta tecnología y este olor a nuevo.

Mientras mi hermana habla con el agente del mostrador, me siento en una de las incómodas sillas de plástico verdes que llenan la estancia. Observo a un par de agentes de paisano que entran por la puerta.

No sabría decir por qué, pero se les nota mucho que son policías. Es una actitud más que otra cosa. Freddy también era así, tan reservado, tan desconfiado.

Los sentimientos eran un mundo totalmente desconocido para él y, si bien yo siempre vi en sus ojos que me quería, él nunca me lo llegó a decir. Me decía que se lo pasaba muy bien conmigo, que se reía mucho y que le gustaría parar el tiempo cuando estábamos juntos. Pero nunca me dijo que me quería.

-Me han dicho que tenemos que esperar un momento –me informa María sentándose a mi lado.- Vaya caretos, ¿no?

- ¿Perdona?

-Los de la foto –aclara señalando el típico cartel de los más buscados.- ¿En qué pensabas tata?

-En quien no debería ni pensar –apenas susurro.

-Venga Eva, no te machaques. Tú no tuviste ninguna culpa al enamorarte y entregar tu

corazón. ¿Qué podías saber tú?

-Señorita Ruiz –un agente de uniforme asoma por una puerta y nosotras nos levantamos al oír nuestro apellido.- Vengan conmigo por favor.

Se aparta a un lado para que podamos pasar y nos conduce por un pasillo, plagado de lo que parecen oficinas a ambos lados, hasta llegar a un ascensor. Mete una llave en la botonera y veo que pulsa el piso menos dos.

¡Vaya! Igual mi idea de las mazmorras no era tan errada.

Cuando las puertas del elevador vuelven a abrirse, el panorama visual ha cambiado considerablemente.

También tenemos frente a nosotros un largo pasillo, pero esta vez, a ambos lados, hay pequeñas celdas que apenas contienen un banco de piedra para tumbarse, con una manta y un wáter. El sitio es sombrío a pesar de estar iluminado por varias lámparas de acero inoxidable que cuelgan del techo y la energía que este sitio transmite, es estremecedora.

Seguimos a nuestro guía por el pasillo, hasta que se detiene frente a una celda, abre la puerta con llave y vuelve a apartarse, indicándonos con un gesto que podemos pasar. María me aprieta la mano por un segundo y no hace falta que me diga nada para saber lo que está sintiendo. Yo siento exactamente la misma mezcla de miedo, curiosidad y excitación al mismo tiempo. No puedo evitar acordarme de aquella película, “El silencio de los corderos” y ahora mismo me siento como Clarice.

Jorge está sentado en el banco de piedra y al vernos, se tapa la cara y rompe a llorar.

-No puedo, Eva ¡qué vergüenza contigo! –Balbucea entre sollozos- Yo...no...no entiendo...yo...-y sigue llorando.

Así no vamos a llegar a ningún lado y no tenemos mucho tiempo precisamente. Me siento a su lado y le paso una mano por encima de los hombros tratando de consolarle.

-Shhhhhh, tranquilo Jorge, tranquilo –acaricio su hombro y continuo- Jorge, no tengo ni idea de lo que ha pasado y necesito saberlo. ¿Quieres contármelo, por favor?

-Yo...yo no me acuerdo de nada, Eva. No sé lo que pasó –responde muy abatido, como si ya estuviera cansado de repetir la misma frase.

-Pero, estás aquí. Dicen que tú lo mataste.

Jorge levanta la cabeza y mira fijamente a María que sigue de pie, sin saber qué hacer

o decir. Y mira que es raro en ella.

-Eso dicen, sí -musita.

De repente y sin quitarse los ojos de encima, Jorge se levanta como un resorte, se abalanza sobre mi hermana y los dos se funden en un abrazo que, automáticamente me saca de la escena, aunque decido quedarme como espectadora pues esto, es toda una sorpresa para mí.

Los miro embobada acordándome de los abrazos que me daba Freddy, mientras ellos están en su particular nube y ahora se besan como si les faltara el aire.

Yo no quiero ser aguafiestas, pero a ver cómo les digo yo a estos dos, que tenemos poco tiempo y que necesitamos respuestas. El tic tac del reloj cobra volumen en mi cabeza y sólo se me ocurre carraspear, como quien quiere que alguien despierte de su sopor.

Tímidamente se separan, aunque es claramente perceptible que les cuesta mucho hacerlo. Entonces Jorge sigue hablando.

-Sólo puedo decirles que aquella noche habíamos salido a tomar unas copas. Freddy estaba muy contento y quería celebrar, aunque si te digo la verdad, no soy capaz de recordar ni lo que quería celebrar –hace una pausa buscando entre sus pensamientos y continúa.- Lo último que recuerdo es que estábamos en la barra tomando unas copas y después... -suspira- todo está en blanco en mi mente. Me desperté aquí en la celda muy desorientado.

María rompe a llorar y se vuelven a fundir en un eterno abrazo, mientras yo trato de encajar las nuevas piezas en el puzzle. ¿Qué querría celebrar Freddy? No recuerdo que hubiera mencionado nada importante.

-Vaya, vaya, vaya.... ¿pero qué tenemos aquí? -alguien interrumpe mis devaneos- La hermanita consolando al asesino del cuñado. ¿Os vais a hacer un trío? –se ríe con sarcasmo.

- ¡Eres un cerdo y un imbécil! –escupo con toda mi rabia.

-Ya, ya, yo también te quiero fierecilla. Sigo esperando que me llames...–dice guiñándome un ojo.

-Pues espera sentado baboso, ¡antes muerta!

-Uuuhhh, cuidado con lo que deseas preciosa...-se acerca y coge un mechón de mi

pelo- no vaya a ser que tus deseos se hagan realidad -aspira con fuerza.

Bruscamente me aparto separando mi pelo de sus asquerosos dedos.

-Será mejor que os vayáis –le susurra Jorge a María.

-Sí será mejor –dice Edgar- aquí ya se acabó la visita.

- ¡María! –grita Jorge en el último momento antes de que salgamos por la puerta.-
Cuida de mi madre, ¿sí?

-Tranquilo –y con una mirada, se dicen todo lo demás.

-Sí, eso cuida de su mamita -se mofa el imbécil de Edgar.

Recorrimos el camino a la salida bastante más deprisa de lo que habíamos entrado. Ciertamente el aire se estaba volviendo irrespirable allí dentro y yo necesitaba salir de aquel lugar, alejarme y poder pensar con claridad en todo lo que estaba pasando, que se me antojaba como un sinsentido.

Pero, sobre todo, quería alejarme del malnacido de Edgar que ya estaba empezando a mosquearme con su actitud. Desde luego Freddy y él nunca se llevaron bien, siempre hubo una oculta rivalidad entre ellos, aunque nunca llegué a saber por qué.

Por fin, alcanzamos la salida y en la misma puerta, nos detenemos a encender un cigarrillo.

- ¡No me lo puedo creer! ¿Pero qué hace la enterradora fiestera en la puerta de la comisaría? No te habrán detenido, ¿verdad guapa?

Yo sí que no me puedo creer la mala leche que tiene el universo conmigo. Pero a ver ¿qué diantres tengo yo con este tipo que no sé ni quién es, para tener que verle últimamente en todos lados? Y ¿por qué me ataca de esa forma?

-Supongo que tú has venido a aprender modales, ¿no? – a mí a sarcástica no me gana nadie.

-Venga ahora en serio, ¿qué haces aquí? -Y por primera vez, abandona su ironía, se pone en modo encantador de serpientes y yo, dejo escapar un suspiro sin apenas darme cuenta.

- ¿Y a ti qué coño te importa? –Menos mal que he reaccionado a tiempo- ¡Quién te crees que eres! ¿Mi hermano? ¿Mi padre?

-Mira, estoy intentando tener una conversación normal contigo ¿es mucho pedir? -los

ánimos se están caldeando.

-Si tenemos en cuenta que tú no eres normal... ¡sí! –Y tirando de su brazo añado- ¡Vámonos María!

- ¡Esto no se va a quedar así! –Oigo que grita a mi espalda- Tú y yo vamos a tener esa conversación, quieras o no. ¡Sé dónde vives!

Con lo escondido que está mi zulo y el tránsito que tiene. Es increíble.

Caminando hacia el coche pasamos por un quiosco de periódicos y mi hermana se detiene a comprar uno para su vecina. Parece que la nieta sale en una foto con su equipo de fútbol y como María la quiere mucho, ha pensado regalarle uno y darle la sorpresa cuando vuelva a casa.

Yo cojo las llaves del coche para esperarla en él y conforme me siento en el asiento del conductor, hoy me apetece conducir, lo primero que hago es poner la música. Al instante, unas dulzonas notas sacadas de las cuerdas de una guitarra española, llenan el habitáculo. Una melodiosa voz comienza a canturrear “Loving strangers” y yo pienso si en el fondo, Freddy y yo no seríamos más que eso: dos amantes extraños.

María abre la puerta del copiloto y al mirarla, descubro que está pálida como una muerta.

- ¿Qué te pasa? ¿Has visto un fantasma?

-Casi –y deja caer el periódico ante mis ojos.

Lo recojo con curiosidad pues no se me ocurre nada que pueda salir en la prensa que afecte tanto a mi hermana y leo el titular.

“Últimas novedades en el caso del Ertzaina asesinado: Según fuentes policiales hemos podido saber que, al parecer el móvil del asesinato, pudo ser un lío de faldas. Varios compañeros han declarado que los dos policías discutían a menudo por una mujer y eso fue lo que presuntamente, llevo a J.D. a acabar con la vida de su propio compañero.”

-Pero ¡¿qué mierda?!

De verdad que me parecen demasiadas cosas para un día. Arranco el coche de mi hermana sin decir una sola palabra. Ella me conoce y se abrocha el cinturón de seguridad al tiempo que se agarra a la manilla, que hay encima de la puerta. Siento que la opresión en el pecho me ahoga. No sé si lo que siento es dolor, ira, confusión o qué,

pero lo que sí es cierto, es que estoy notando un calor sofocante y un agobio tremendo.

Voy conduciendo a toda pastilla en dirección hacia ninguna parte, pero fuera de aquí, y por el camino, empiezo por soltarme la coleta que para un día que me peino, me está aprisionando las neuronas y parece que no me deje pensar con claridad. Me desabrocho el pantalón y me saco el sujetador por entre las mangas de la camiseta; hasta el cuerpo me estorba, pero ése, no tengo cómo quitármelo. Después de aproximadamente media hora de conducir, como mi padre cuando corría rallyes, llego a la cima de un monte, paro el coche, salgo y me aproximo al borde del mirador, desde donde hay una vista extraordinaria de Bilbao de noche. Pero es de día. Trato de respirar el aire puro que me proporciona la altitud, a ver si me calmo un poco.

Recuerdo la noche que estuve aquí con Freddy, cuando los dos estuvimos bailando desnudos en este mismo sitio. Bueno quien dice bailando dice haciendo el tonto. Era bien entrada la noche y no había nadie. Jamás mi ciudad me había parecido tan hermosa, como aquel momento en el que nos sentimos como los mismos protagonistas de “Titanic”, pero sin agua.

Sin pensar, sin saber de dónde, un desgarrador grito emana de mi garganta y siento como retumba por toda la ciudad. Grito y grito hasta que siento que ya no puedo más y me deshago en un mar de lágrimas, derrumbada de rodillas en el suelo; en este mismo suelo que me vio con él.

María se sienta a mi lado y me abraza sin decir nada. Lloro en silencio a mi lado hasta que, pasados unos minutos, se levanta y se dirige al maletero del coche. Cuando vuelve trae un par de latas de cerveza y no puedo evitar echarme a reír, ante lo absurdo de toda esta situación.

- ¿Qué ha pasado, tata? –Pregunto retóricamente.- La semana pasada yo era feliz con Freddy que era un tipo estupendo y me quería muchísimo. Jorge era una bellísima persona y vosotros...-hago una pausa y la miro- bueno no sé, no me has contado nada y, la verdad, no me ha gustado mucho que no confiaras en mí.

-Eva yo...

-Tranquila, supongo que ya da igual -la interrumpo;- ya nada es lo que era: Freddy era un cabrón y Jorge un asesino. Y para más cojones, hay que pensar que estaban discutiendo por otra mujer que no éramos ni tú ni yo.

-No digas eso, tata. Yo sé perfectamente que Jorge no ha matado a Freddy porque no es

ningún asesino. Y también estoy segura de que no hay ninguna otra mujer.

-Sí, yo también estaba segura de muchas cosas la semana pasada y, mírame hoy.

- ¿Sabes qué necesitamos hermanita?

- ¡Sorpréndeme!

- ¡Una fiesta de pijamas!

- ¿Realmente te parece que estoy para fiestas?

-En tu casa o en la mía, ¡tú decides!

-Puestos a elegir...prefiero la mía. Conduces tú.

-Sí mejor será.

A veces tiendo a trasladar mi estado de ánimo al volante; sí, ya sé que no está bien, pero no puedo evitarlo.

No soy perfecta.

Capítulo 5: Fiesta de pijamas.

Pues aquí estamos, sentadas en el incómodo sofá de mi casa, poniéndonos hasta arriba de todo lo bebible que hemos encontrado, comiendo pizza y poniendo verdes a los hombres.

Las dos llevamos un pijama de pantalón corto y camiseta de manga también corta, rosa, con un conejito en medio. Nos los compramos iguales un día de esos locos que nos dio por vestirnos como gemelas. Pero hay que reconocer que estamos de lo más cómicas las dos.

De pronto comienza a sonar la canción “Rata de dos patas” de Paquita la del barrio y las dos saltamos del sofá, para hacernos con cuanto encontramos que nos sirva de micrófono; para que se nos oiga bien.

Ya que radio patio dará mañana la exclusiva, que la den con muchos detalles y sepan que estoy muy resentida contra el género masculino. Menos mal que el mando del televisor tampoco amplifica tanto. Así que, a voz en grito, empezamos a cantar:

***Rata inmunda. Animal rastrero.
Escoria de la vida. Adefesio mal hecho.
Infrahumano. Espectro del infierno.
Maldita sabandija.
¡Cuánto daño me has hecho!
Alimaña. Culebra ponzoñosa.
Deshecho de la vida.
Te odio y te desprecio***

Siempre he descargado mis tensiones así; bailando o cantando a pleno pulmón que supongo que tendrá el mismo efecto que gritar en el monte. Mañana pagaré las consecuencias con los vecinos, pero hoy...hoy necesito desahogarme. Suena el timbre y pienso que no han podido esperar hasta mañana los *joíos*, no.

Voy a abrir dejando a María con su espectacular interpretación y no puedo evitar

preguntarme, en quién estará pensando. Aunque cuando abro la puerta, se esfuman todos los pensamientos de repente y un calor infernal empieza a subirme por las piernas, en una sensación que conozco demasiado bien. Me estoy poniendo de muy, muy mala ostia.

-Pero a ti ¿qué te pasa? ¿Es que no descansas nunca?

-Supongo que podría preguntar lo mismo de ti y de tus fiestas –conozco esa mirada irónica, a decir verdad, es lo único que conozco de él.

- ¡Vete a la mierda! No estoy para aguantar tus estupideces –digo mientras hago ademán de darle con la puerta en las narices.

Y mientras María se asoma cantando a gritos aquello de: “**¿Me estás oyendo inútil?**”, el tipo a mis espaldas que no sé ni cómo se llama, ni quiero saberlo, empuja la puerta con fuerza, a la vez que resopla como un toro embravecido.

Me carga sobre su hombro derecho y me saca de allí en pijama, a las doce de la noche y diciendo:

-Yo siempre consigo lo que quiero porque nunca descanso hasta conseguirlo.

Le grito todo tipo de improperios y alguno que le robo a Paquita de su canción, mientras en vano, golpeo su fuerte y musculada espalda. ¡Eva! aparta esos pensamientos de tu mente, pero ¡ya!

- ¡Animal! ¡Cavernícola! ¡Suéltame o te vas a arrepentir!

-Tú sí que te vas a arrepentir como no dejes de pegarme. ¡Loca!

- ¿Ah sí? ¿Y qué piensas hacerme además de secuestrarme? Mira cómo tiemblo –la chulería de serie, es inevitable.

-Si sigues agrediéndome, me veré obligado a darte unos azotes, ¡así! –y con la misma me da una cachetada en todo el trasero.

Radio patio no da abasto conmigo y os juro que he visto a la del visillo, frotarse las manos a través de la cortina. Lo mejor es que no sé qué me ha gustado más, si la nalgada que me ha dado él, o que lo viera la vieja de la esquina. En el fondo va a ser que disfruto provocándolas, o que me gusta que me miren.

Llegamos a su coche, acciona el mando a distancia y ¡se abre! Me vais a disculpar, pero no estoy acostumbrada a que mi Paco haga eso, así que me fascina ver lo que es un coche funcionando normalmente, sin que piten o se enciendan un montón de cosas

cada vez que le das al contacto.

Me deja en el asiento del copiloto mientras lleva una de sus manos al bolsillo trasero, me levanta la mano derecha hasta el asa situada encima de la puerta y sacando unas esposas, me amarra diciendo:

-No me fío de ti.

Tiene narices el asunto, el secuestrador no se fía de la víctima, pero, ¡un momento! ¿De dónde coño ha sacado este tío unas esposas? Yo fui mirando a los bolsillos de su pantalón y no vi nada. Bueno vale, igual en los bolsillos tampoco me fijé demasiado.

Se sienta a los mandos del BMW negro y con una destreza impresionante, conduce en dirección a la autopista. Me gusta mucho como conduce, lo hace deprisa y con mucha seguridad. Se nota que lleva muchos kilómetros a la espalda.

- ¿Dónde me llevas? Si puede saberse... –ahí vuelve mi sarcasmo a la carga.

-A cualquier lugar donde consiga tener una conversación contigo y me digas lo que necesito saber.

El silencio dentro del vehículo es sepulcral y bastante incómodo.

-Tanto coche y ¿no tiene música? –a saber qué tipo de música escucha el troglodita éste.

Sin mirarme siquiera, acciona un par de botones y Maná comienza a cantar “Rayando el sol”. ¡Vaya! Me ha sorprendido, tengo que reconocerlo. Trato de relajarme mirando a ver si localizo el lugar a dónde me lleva, pero la noche es bastante oscura y apenas puedo distinguir nada. Sé que hemos llegado a un paraje rural en algún sitio entre Bilbao y Vitoria, pero nunca había estado aquí antes.

Detiene el coche y se gira, mirándome por primera vez a los ojos. Baja el volumen de la música y un sonoro suspiro se escapa de sus labios.

Así, como si tuviera que regañar a una niña pequeña que ya hubiera colmado su paciencia.

-A ver, tratemos de empezar de cero.

-En mi caso se me hace un poco difícil, ya que tengo que sumar un secuestro – argumento buscando provocarle.

Vale, reconozco que soy una puñetera, pero me gusta el brillo que cogen sus ojos

cuando se enfada. Sí, ese mismo.

-Bueno mira ¡ya está bien! –Grita mientras sale del coche, da la vuelta y me abre la puerta.- He tenido demasiada paciencia contigo y no estoy para juegucitos.

Me saca del coche pero sin soltar las esposas, de manera que me encuentro de pie, frente a él que me mira muy enfadado, y sin poder apenas moverme porque me sujeta por los hombros.

- ¿Quién eres y qué relación tenías con mi hermano?

-Tu... ¿tu hermano? –Esto se pone interesante y parece que vamos a descubrir quién es el secuestrador.- ¿Quién es tu hermano? ¡Un momento! Tú...el cementerio... ¡Freddy!

- ¡Muy bien!, vaya al final vas a ser más lista de lo que yo creía – qué guasa tiene con lo guapo que es.

-Eres hermano de Freddy...-susurro para mí.

La sensación es como si el mundo estuviera a punto de abrirse a mis pies y un torbellino de sentimientos se revuelve dentro de mi estómago.

-Sí bueno, la cuestión aquí es, qué relación tenías tú con él.

-Bueno yo...-Ufff a ver cómo explico yo esto- No creo que sea de tu incumbencia – respondo con la mayor arrogancia que puedo.

Es mejor salirse por la tangente que tratar de explicar la verdad. Éste sería un buen momento para que la tierra me tragara. Total, está en contra mío desde el primer día y no me va a creer que yo no sabía que estaba casado.

- ¿¡Qué no es de mi incumbencia!? ¡Han asesinado a mi hermano! por el amor de Dios, ¿te parece poca justificación? –el brillo en los ojos, es ahora un incendio.

Entonces el tipo se queda mirándome, lo sé porque lo siento; yo tengo la cabeza ladeada hacia un costado porque prefiero no verle, pero dispuesto a enmendar eso, pone su dedo índice en mi barbilla y lentamente me gira hasta que sus ojos se encuentran con los míos y salta un chispazo; hay un cambio brusco de energía en el ambiente.

Me traspasa con su mirada y parece que me esté escrutando el alma. Si pudiera centrar mi atención, seguro que sería capaz de verla en sus ojos. Pero no puedo. Tiemblo ante la expectación que rápidamente se está formando.

-Tienes algo...que me enciende.

Y apenas terminando la frase se abalanza sobre mis labios y me besa con rabia, con furia y con demasiada pasión. Por un momento me quedo bloqueada y tengo que reconocer que este hombre, como quiera que se llame, besa como los ángeles.

Esa mala leche que me entra cuando le veo normalmente, se apodera del momento y yo, también vuelco esos sentimientos en el beso, que a estas alturas es una auténtica lucha de poder.

Mi mano libre comienza a recorrer la musculosa espalda, a la que tenía ganas desde que me sacó a hombros de casa. ¡Mira como los toreros! Él a su vez, me sujeta por debajo de las nalgas favoreciendo que enrosque mis piernas en su fornido cuerpo.

La temperatura sube a velocidad de vértigo y los jadeos que se escapan entre nuestros sedientos labios, cada vez se hacen más presentes.

De repente él se para, me coge de la barbilla inmovilizando mi cabeza con su gran mano abierta, y me observa como si quisiera memorizar cada arruga de mi cara. Es en ese momento cuando toda la cordura vuelve de golpe a mi ser y me separo de él, arreándole una sonora bofetada.

Me siento de nuevo en el coche, dispuesta a irme a mi casa lo más dignamente que puedo, dadas las circunstancias. María va a flipar cuando se lo cuente.

Le cuesta unos segundos reaccionar mientras se frota la cara que se le ha puesto un poco colorada.

-Eres una salvaje –sisea mientras cierra con un portazo. Reaccionó al final.

El camino de vuelta a mi casa, nos acompaña una pesada losa en el ambiente que ni la música consigue discernir. La tensión sexual que aquí se respira es palpable, pero la acompaña una rara sensación que no sabría definir. Aunque claro, es el hermano de Freddy y lo peor es que me pone tanto o más que él. Y no sé por qué, pero el hecho de que sea su hermano es algo que no me hace sentir nada bien.

Perdida en todos estos pensamientos llegamos a la curva, donde aparca el coche tras el mío y, por fin, viene a liberarme de las esposas, que ya se me está durmiendo el brazo de tenerlo hacia arriba.

En cuanto me veo libre, comienzo a caminar hacia mi casa y veo que enseguida me

alcanza y se pone a caminar a mi lado.

-No hace falta que me acompañes, gracias –y no sabría definir muy bien mi tono de voz, pero digamos que pretendía ser irónico y terminó siendo patético.

-Ya sé que no hace falta, pero quiero hacerlo –su tono es serio y seguro, o a mí me lo parece.

Recorremos los escasos cien metros que se me hicieron eternos por la incomodidad del silencio, apenas roto por el ruido de nuestras pisadas. Supongo que ninguno de los dos sabíamos qué decir. ¿Cómo explicar lo que había sucedido instantes atrás?

-Gracias –musité al llegar al portal.

-De nada. Oye yo...aún hay ciertas cosas que necesito aclarar contigo... -y dejó la frase suspendida en aire para que yo la concluyera con mi nombre.

-Eva, me llamo Eva –es la primera cosa que consigo decirle en un tono normal.

-Eva.... –se quedó degustándolo entre sus carnosos labios y nunca mi nombre me había sonado tan erótico.- Yo me llamo Ian –se presentó tomando el dorso de mi mano para depositar un suave beso en ella.

Un latigazo de deseo me recorrió el cuerpo al sentir el tacto de sus labios y reuniendo todas las fuerzas de las que fui capaz para no saltar encima de él, me di la vuelta para entrar en casa donde seguro, estaría María esperándome para hacerme un interrogatorio exhaustivo.

-Espero que me des la oportunidad de poder charlar contigo otro día.

- ¿Vas a volver a secuestrarme? –creo que eso ha sonado más incitador de lo que he pretendido.

-Bueno, creo que preferiría quedar como la gente normal, en una cafetería o algo así – dice sonriendo.

Me doy cuenta de que es la primera vez que le veo sonreír y con esto, ha terminado de desarmarme totalmente. No se puede ser más atractivo.

-Bueno, -añado tocándome un mechón de pelo- supongo que sabes dónde encontrarme...

Y mantenemos el contacto visual hasta que ya nos es imposible hacerlo y al romper ese contacto, un eterno suspiro emana de mi boca como si llevara años retenido. Pero al

volverme, me encuentro de bruces con la mirada acusadora de mi hermana que está en la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho. Ahora me recuerda a mi madre cuando se enfada.

Se aparta para dejarme entrar y nos dirigimos al sofá donde veo que ha estado dormitando en mi ausencia. Ya veo yo que tan preocupada tampoco ha estado.

- ¿Vas a decirme ya quién es ese tipo? –directa al grano.

-El hermano de Freddy –creo que lo mejor es optar por lo mismo.

- ¿El del cementerio?

-El mismo. Se llama Ian –y al pronunciar su nombre una sonrisita tonta se me escapa delatándome.

-Eva, -ahora se pone muy seria- ¿Estabas coqueteando con el hermano de Freddy en el portal?

-No, ¿yo, coqueteando? ¿Con ese memo? Nooo ¡ni de coña!

Porque ni puedo, ni quiero reconocer nada de lo que ha pasado esta noche. Creo que es demasiado fuerte en medio de todas las circunstancias en las que estamos, así que lo mejor será enterrarlo todo en la caja de Pandora y no volverme a acercar a ese hombre, que está demostrado que es peligroso para mí.

Capítulo 6: Retorno al cementerio.

Me despierto con el ruido de los cacharros en la cocina. Indudablemente mi hermana está despierta y desde luego eso se nota. Ella nunca tuvo el don del silencio precisamente.

Se oye un estruendo enorme en el baño y me levanto de un brinco, temiendo por la estabilidad de mis endebles paredes.

- ¿Qué ha pasado?

-Pues que... fui a colgar la toalla de la cuerda y... se cayó el bote nuevo de gel de la estantería y... se rompió el tapón y...

-Y el suelo entero está lleno de gel, “*desastrillo*”; ya veo, ya –voy a ponerme un café, antes de decir algo de lo que me pueda arrepentir después.

-Tú tranquila que, con un poco de papel de cocina, esto lo arreglo yo en un momento –y me da un abrazo por la espalda que en realidad significa “perdóname la vida”.

Me conoce demasiado bien y sabe que este tipo de cosas antes del café, pueden desencadenar conmigo una guerra mundial. Hoy estoy bastante contenida.

Media hora y dos rollos de papel de cocina después, estamos venga a fregar el suelo del baño y esto parece la fiesta de la espuma. Hemos cambiado el agua de la fregona ni sé las veces y no hay forma de acabar con ella. Desde luego, empezamos bien el día.

Suena el móvil de María y mientras ella va a cogerlo, yo sigo intentando reducir la espuma del baño. Apenas tarda un par de minutos en volver, pero cuando lo hace, me doy cuenta de que algo ha cambiado.

- ¿Quién era, tata?

-Mi amiga Miriam, la enfermera.

Asiento con la cabeza porque recuerdo que la saludamos el día que estuvimos visitando a la madre de Jorge.

-Inés...ha muerto –y rompe a llorar.

-Pero... ¿cómo? –bueno la verdad es que era mayor y estaba bastante enferma. No es de extrañar.

-Dice que murió anoche de una parada cardio-respiratoria –explica entre sollozos.

-Vaya... -sólo se me ocurre abrazarla.

- ¿Me acompañas al cementerio? Me gustaría estar ahí, ya que Jorge no...-la marea de llanto no la deja continuar.

- ¿Lo sabe Jorge? –sé que es una pregunta arriesgada.

-No lo sé Eva. No sé nada de él y precisamente ahora no está pasando por el mejor momento de su vida y yo...me siento completamente impotente por no poder estar, aunque sea a su lado.

-Se ha complicado todo demasiado, sí.

-Me está volviendo loca esta falta de noticias y no poder comunicarme con él.

-Aunque no es lo mismo...te entiendo perfectamente hermanita –al fin y al cabo, yo también echo de menos a Freddy.

-Le imagino ahí, solo en esa celda lúgubre y con toda esta situación encima y...

-Tranquila –la abrazo fuerte- yo estoy contigo. Todo va a salir bien, ya lo verás –en esta ocasión, se intercambian los papeles.

Así que, por segunda vez en la misma semana, recorremos el claustro del cementerio y ruego al cielo que esto no se convierta en rutina. Este sitio me trae muy malos y frescos recuerdos.

Enseguida divisamos el lugar donde va a ser el entierro y, a lo lejos, ya distinguimos la figura de Jorge, situado entre dos compañeros de su unidad.

Los tres visten de traje negro, como no podía ser de otra manera en esta situación.

Nosotras también vamos de negro, como negro es el chiste que pasa por mi cabeza, al pensar en el rendimiento que le estoy sacando al vestido que me regaló mi hermana para el funeral de Freddy, en el que, al final, mi aparición no fue digna ni de merecer el vestido. Sobre todo, por lo breve que fue.

Cuando faltan unos metros para llegar donde está Jorge, María corre y se echa a sus brazos llorando desconsoladamente. A priori, él se queda con los brazos abiertos como si evitara tocarla y, con la mirada, parece que pida permiso a sus acompañantes para

poder abrazar a mi hermana que, de seguro, es lo que más necesita en este duro momento para los dos.

Ambos asienten con la cabeza ante la petición y la escena que vivimos en el calabozo se repite. Entre abrazos y los sollozos de María, Jorge le susurra cosas en el oído que sólo son perceptibles para ellos dos. Se besan con fervor, se abrazan con devoción y, unos minutos después, uno de los agentes hace un gesto indicando que ya tienen que separarse. Apuran un par de besos y María roba una tierna caricia, antes de soltarle por completo, que recorre todo su apenado rostro.

Los acompañantes de Jorge observan la escena con una frialdad que me hace preguntarme cuán insensibilizados pueden llegar a estar. Ella se coloca a mi lado, frente a él; da comienzo el sepelio y ninguno de los dos aparta la vista del otro, mientras yo pienso en lo duro que sería tener a Freddy frente a mí y no poderle tocar. No creo que fuera capaz de soportarlo durante mucho tiempo.

El párroco del cementerio comienza leyendo unos pasajes de la biblia y una lágrima se escapa, dejando un surco en la mejilla de Jorge, que sigue sin dejar de mirar a María.

Al terminar el evento que, para mi gusto, ha durado demasiado por lo tenso de la situación, la escolta de Jorge le permite hablar cinco minutos con María y yo aprovecho para caminar hasta la tumba de Freddy.

Necesito un momento a solas con él...bueno, con lo que queda de él. Conforme voy caminando, se repiten en mi mente las imágenes de la última vez que estuvimos aquí, hace apenas unos días. El lugar sigue tranquilo y el día está igual de soleado. Cuanto más negras se ponen las cosas en mi vida, más sol sale en el puñetero Bilbao.

Llego frente al nicho donde se supone que está Freddy, ni tan siquiera puedo estar segura; no pude despedirme de él, no pude reconocer su cuerpo, no he podido hacerme a la idea de que está muerto y no sé si algún día lo conseguiré.

Empiezo a comprender ahora para qué sirven los tanatorios y eso de tener a los muertos expuestos. Con lo mal que lo he visto yo siempre y lo bien que me hubiera venido ahora, para poder hacerme a una idea que no quiero hacerme.

Paseo mis dedos lentamente, sobre las letras de su nombre talladas en el mármol; las

acaricio buscando un indicio de él, pero están tan frías como todos los que aquí yacen. Esa frialdad provoca que un par de lágrimas se me escapen, pensando en lo que pudo ser y no fue.

-Freddy...mi Freddy...-le susurro como si pudiera oírme.

-Supongo que teníais una relación muy estrecha... -esa voz empieza a ser demasiado familiar en mi vida.

-Si quieres que te sea sincera, a estas alturas no tengo muy claro qué tipo de relación teníamos –me pilla indefensa.

- ¿A qué te refieres, Eva?

¡Ay señor! Cómo suena cada vez que pronuncia mi nombre. Lo hace con cadencia, saboreándolo, y a mí, me suena a pura seducción.

-No tengo ganas de tener esta conversación aquí, si no te importa... -ya sé que no me oye, pero soy incapaz de embelesarme con su hermano delante de su tumba y... después de lo de anoche...

-Podemos ir a tomar algo, si quieres yo...-no le dejo continuar.

-No, en otro momento mejor. He venido con mi hermana que me estará esperando –hago ademán de iniciar la marcha.

Ian estira su brazo derecho apoyándolo en mi hombro izquierdo e impidiéndome el paso. Me detengo con la mirada fija en mis zapatos de tacón. Desplaza su mano hasta mi cintura y levemente me atrae hacia sí, hasta colocarme frente a él. Con su dedo índice vuelve a tomarme la barbilla, haciendo que eleve la cabeza para mirarle directamente a los ojos, exactamente igual que anoche. Es considerablemente más alto que yo, aunque tampoco haga falta tanto para eso.

-Eva... -sus preciosos ojos azules parecen aturullados de tantas cosas que quisieran explicar.- Tienes unos ojos preciosos...

Le miro. Me mira. Me tiemblan las piernas. Él inspira como si estuviera recogiendo toda la fuerza de su organismo.

- ¿Puedo pasar a buscarte esta noche? –suplica con la mirada que sigue fija en la mía y siento que me voy a derretir de un momento a otro.

Entre el sol que hace, toda vestida de negro y el sofoco que me está provocando este tío, si no salgo pitando de aquí ahora mismo, hay que llamar a los bomberos.

-Ian...yo... - ¡Qué nombre tan bonito! - Será mejor que no nos veamos más. De verdad esto no es posible yo... lo siento –me separo y echo a correr todo lo que puedo.

Corro porque tengo que alejarme de este hombre. Yo no sé si será algún gen que llevan los Baeza en la sangre, pero a mí me da una reacción denominada “el síndrome del tembleque” que me anula la voluntad.

-Evaaaaaa...-escucho su voz retumbando a mi espalda.

María me espera frente a la capilla y yo trato de aparentar normalidad, cuando llego a su altura indicándole que podemos irnos.

-Supuse que necesitabas unos minutos a solas –me dice al entrar en el coche.

-Sí, bueno. Supongo que tengo que ponerte al corriente de algunas cosas –arranco y veo a Ian bajo el enorme arco de entrada al cementerio.

Sólo me mira fijamente mientras yo hago la maniobra y me alejo de este lugar, al que espero no tener que volver en muchísimo tiempo. Con un poco de suerte, tampoco vuelvo a ver a Ian y problemas que me quito de encima.

De ninguna manera estoy yo como para complicarme la vida otra vez por un hombre. Bastante ha hecho ya su hermano, como para que venga éste a rematarla ahora.

- ¿Puedo ir a tu casa un par de días? –Visto lo visto será mejor salir del zulo que últimamente está demasiado transitado.

-Claro que sí, ya lo sabes –Me mira y pregunta- ¿Estás bien Eva?

Desde luego qué diferente puede llegar a sonar una misma palabra, colocada en los labios adecuados.

-Sí; te lo cuento en casa con un Martini.

Subo el volumen de la música que, como si de un mensaje del más allá se tratara, me grita desde el altavoz:

Recuérdame cuando duermes y adivino lo que sueñas, cuando lejos de nuestra cama sea en mí en quien piensas.

Recuérdame. Recuérdame cuando parta y no regrese a nuestra casa, cuando el frío y la tristeza se funden y te abrazan. Recuérdame.

*Recuérdame cuando mires a los ojos del pasado,
cuando ya no amanezca en tus brazos
Y que seas invisible para mí, para mí.
Recuérdame, amándote, mirándote a los ojos,
atándome a tu vida, recuérdame, amándote,
esperándote tranquila, sin rencores, sin medida.
Recuérdame, recuérdame
que mi alma fue tatuada en tu piel.*

Y yo, como una tonta, hago caso a lo que me ordenan Marc Anthony y Natalia Jiménez desde la radio, y le recuerdo; le recuerdo mucho, le recuerdo tanto que me duele y ese dolor se manifiesta a través de mis lágrimas.

Ahora sí que me va a ser imposible esquivar a María, presiento que va a ser una larga tarde plagada de conversaciones, pero por lo menos, evitaremos secuestros peligrosos.

Llegamos a su casa que nada tiene que ver con la mía. Ella vive en un sexto con ascensor y unas vistas que, en mi zulo, sólo son viables en la televisión. Respiro tranquila al entrar pues siento la comodidad del anonimato. Estoy segura de que aquí nadie nos va a molestar.

Acomodo el kit de fin de semana, como nosotras lo llamamos, en la habitación de mi hermana. Es cierto que hay otra libre pero no quiero dormir sola esta noche. Prefiero arriesgarme a que María me dé un guantazo mientras duerme, cosa que hace bastante.

Mientras picamos algo le explico con pelos y señales los encuentros que he tenido hasta ahora con Ian. Le hablo del síndrome del tembleque que me proporciona esta familia y ella se ríe.

Por lo menos, he conseguido que sonría que ya nos estaba haciendo falta a las dos; a ella sonreír y a mí, verla hacerlo.

Me cuenta a grandes rasgos su historia con Jorge y ahora sé que fui testigo del primer beso que se dieron. Me resulta un poco triste que fuera así, en un calabozo; aunque si tenemos en cuenta que su segundo encuentro ha sido en un cementerio... lo del calabozo no parece tan malo, la verdad.

Hasta ese día se habían estado comunicando a diario por mensajes y llamadas de teléfono y parece ser, que había sentimientos entre ellos que ninguno de los dos quería o sabía reconocer.

La tensión del momento y la tragedia que Jorge estaba viviendo, desencadenaron que todo aquello que llevaban meses reprimiendo, explotara en ese preciso momento.

- ¿Sabes qué me apetece? –dice María de pronto secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

- ¡Sorpréndeme! –Ains cómo me gustan las sorpresas.

- ¡Vámonos de juerga! Bebamos y bailemos hasta que no podamos recordar nada.

- ¿Quieres una juerga loca? ¡Eso está hecho! ¡Arréglate nena que vamos a quemar Bilbao!

Capítulo 7: Ian.

Desde que llegué de Bruselas me parece estar viviendo una surrealista realidad. Apenas puedo creer que mi hermano esté muerto y mucho menos aún, que su golfería fuera el detonante que lo llevara a la muerte. No entiendo cuáles fueron los motivos que llevaron a Freddy a engañar a Laura otra vez. Hacía tiempo que parecía que se estaba comportando como un padre y marido responsable, pero parece que sólo era en apariencia.

Siempre pensé que esa vida tan descarriada que llevaba, le pasaría factura en algún momento. No es que yo sea quién para dar consejos matrimoniales, pero creo que cuando encuentras a una persona extraordinaria como Laura, mi cuñada, no se debería tratarla así.

Después de salir del cementerio, estuve tomando un café con ella y me ha estado contado que se siente muy humillada y dolida. Es la rabia de no poder decirle cuatro cosas bien dichas a mi hermano, lo que la está matando. Ella creía que ya tenían solucionadas sus diferencias. Freddy le prometió que iba a cambiar, que volvería del trabajo derecho a casa y que nunca más, le volvería a engañar con otra mujer. Al parecer, la buena intención le duró poco.

Si bien, siendo completamente sincero, no me extraña que se volviera loco por Eva. Eva...

Y al nombrarla recuerdo sus besos cargados de pasión y su sabor a fruta fresca. Esos ojos verdes en los que podría perderme para el resto de mi vida, me tienen loco desde la primera vez que los vi. Recuerdo cuando abrió la puerta de su casa, con su cabello revuelto y toda sofocada. Con ese pijama que tenía un conejito en medio, que me resultó de lo más cómico.

Una explosión de contradicciones se formó en mi estómago y, desde entonces, aún la llevo conmigo. Me pareció lo más bonito que había visto nunca, con las mejillas enrojecidas y unas gotas de sudor decorándole la frente, obligando a su pelo a quedarse en el sitio preciso, para que yo tuviera unos irrefrenables deseos de colocárselo detrás de la oreja y, de paso, acariciarlo para ver si era tan suave como parecía. Y sí, lo era.

Es una fierecilla perfecta y muy graciosa, aunque con un carácter difícil de llevar.

Pero de alguna manera ella está involucrada en el asesinato de mi hermano y, además, según dicen y teniendo en cuenta lo de esta mañana en el cementerio, eran amantes. Condenada y cabezota mujer, si tan sólo pudiera hablar normalmente con ella...

Pero no entiendo qué es lo que me ocurre cuando la veo, no puedo ser yo mismo.

Me cuesta hablar con ella más de lo que nunca me había costado con nadie. Pero si estoy entrenado para sacar información ¡por Dios! Y he sido incapaz de hacerla reconocer que estaba con mi hermano.

De todas maneras, no me encaja absolutamente nada en esta historia que Laura me contó y tal vez sea hora de pedirme unas vacaciones para husmear un poco y llegar al fondo del asunto. Al fin y al cabo, llevo más de tres años trabajando para la **Europol**^[5], sin haberme cogido más que los pocos días libres que mi capitán me ha obligado; hay mucho trabajo por hacer y los delincuentes no entienden de vacaciones. No estaría mal poder decirles: “¡Eh, oigan! Detengan la actividad de la banda durante un mes, que me voy de vacaciones”.

De todos modos, ahora que he terminado con el caso de los Kosovares, creo que puedo aprovechar y antes de enredarme en otro caso que me proporcione interminables horas de escucha y seguimiento, intentar aclarar y comprender un poco más, qué es lo que llevó a Jorge a acabar con la vida de su mejor amigo. Me cuesta creer que haya sido por esa mujer, así de despectivo como lo dice Laura, y como aseguran el resto de compañeros de su escuadrón.

La noticia corrió como la pólvora y enseguida llenó las principales páginas de la prensa, que no estaba para perder semejante bocado como es el asesinato de un Ertzaina a manos de otro, nada menos.

Pero bueno, yo mejor que nadie sé que no se puede uno creer todo lo que dicen en la prensa. ¡Cuántas veces hemos filtrado falsos titulares, sólo para ver cómo reacciona alguien en cuestión!

Creo que lo mejor sería hablar con Jorge para empezar, si Eva ha hecho que maten a mi hermano, prometo que no va a salirse con la suya. Personalmente me encargaré de reunir las evidencias necesarias para llevarla ante un juez, aunque después me tenga que pasar años yendo a visitarla a la cárcel.

Todo este asunto me hace darme cuenta, de la poca confianza que Freddy y yo hemos tenido en los últimos años; más bien, desde que salí de España a promocionarme en el

trabajo. Apenas cuatro llamadas al año, lo típico; navidades, cumpleaños... Conversaciones tan vacías y banales como las de un ascensor.

Ahora me arrepiento de no haber hecho algo antes para remediar esa situación y lo único que se me ocurre es velar por mis sobrinos, Ander y Arrate, y darle justicia a la muerte de su padre.

Mi cuñada no pasará apuros económicos pues le ha quedado una buena pensión, aunque supongo que necesitará ayuda con todo el papeleo y yo la ayudaré el tiempo que esté aquí, mientras trato de descubrir la verdad.

Me preparo un par de tostadas de pan de semillas, con aceite de oliva, tomate y jamón mientras la dulce y rebelde a la vez, mirada de Eva, me persigue por la cocina. No puedo sacarme a esa mujer de la cabeza a pesar de que cuando estoy con ella, me hace reaccionar de la peor manera. Es igual, tengo que hablar con ella porque tiene muchas cosas que explicarme.

Después de cenar, me pongo un vaquero con una camiseta negra de manga corta y unas deportivas, por si se le ocurre volver a salir corriendo a la loca ésta, que me tiene loco.

Saco mi coche del garaje y voy conduciendo por la bajada del monte Artxanda. A mi derecha un espectacular paisaje de Bilbao iluminado de noche, me deleita la vista y hace volar mi imaginación hacia sitios que no quiero ir. Céntrate en conducir Ian.

Pongo la música para tratar de pensar en otra cosa, pero el tiro me sale por la culata, al marcharse mi pensamiento junto a Eva entre las notas de “Me vuelves loco” del grupo Siempre así. Y es que inevitablemente, lleva toda la razón esta canción y a mí esta niña, me vuelve loco.

Llego por fin a su casa y nada más parar el coche, empiezo a ponerme nervioso como un adolescente. ¿Pero qué coño me pasa?

Toco el timbre, pero todo está demasiado silencioso y oscuro. Son casi las once de la noche de un jueves y no se me ocurre dónde pueda estar esta mujer. ¿No se supone que debería estar en casa llorando la pérdida de su amante?

Igual va a resultar que sólo eran amigos. No, no puede ser. La forma en que paseaba los dedos sobre el nombre de mi hermano, mientras lloraba delante de su tumba, no es de una amiga. Ahí había algo más.

Había Ian, tú lo has dicho. Loco, me está volviendo loco.

El camino de vuelta a mi casa es aún peor porque no puedo dejar de dar vueltas en la cabeza, acerca de dónde estará metida esta niña. No tengo jurisdicción aquí pero sí mantengo unos cuantos amigos de antaño. Podría hacer un par de llamadas telefónicas y averiguar algo de ella, como, por ejemplo, el teléfono, que también se lo podía haber pedido antes ¿no?

Me nubla el raciocinio cuando la veo y cuando no la veo, no me la saco de la mente. Jamás en mi vida había tenido un sentimiento así con nadie, rápido, directo y devastador.

Apenas pego ojo en toda la noche esperando los resultados de mis llamadas y aunque sé que, probablemente hasta mañana por la mañana no me den el informe, no puedo evitar pensar en lo que pondrá.

-Dime Alonso, ¿qué tienes? –respondo con una taza de café en la mano.

-Poca cosa la verdad. Esa chica es de lo más normal, no tiene antecedentes; tiene un coche, media docena de multas y una hipoteca a su nombre, una dirección y un teléfono.

- ¡Genial! - ¿demasiado contento al oír la palabra teléfono?- Pásamelo al móvil. Te debo una.

-Me debes muchas Ian, pero no te preocupes yo también te quiero. Y, por cierto, siento lo de tu hermano tío.

-Sí, bueno estoy tratando de aclarar un par de cosas al respecto.

-Cuenta conmigo para lo que sea.

-Gracias Alonso, lo haré.

En primer lugar, voy a la cárcel de Basauri para hablar con Jorge, a ver si me aclara qué relación tenía quién con quién. Después me ocuparé de Eva.

Tardo un rato en llegar a reunirme con Jorge, ya que además de los protocolos necesarios para entrar en la prisión, me entretuve saludando a un par de conocidos de la academia.

Cuando llego a la sala de visita, Jorge me está esperando y al verme, se levanta y me tiende la mano. No me parece el gesto de un asesino. Tampoco su mirada.

-Soy Ian Baeza, hermano de Freddy.

-Lo sé, él me habló mucho de ti –en sus ojos veo tristeza y desconcierto.

Nos acomodamos cada uno en su silla y mirándole a los ojos, pregunto sin vacilación.

- ¿Qué pasó aquella noche, Jorge?

-Eso mismo me pregunto yo Ian. No sé qué pasó, sólo que Freddy me dijo que quería celebrar algo y que me lo contaría tomando unas copas. Salimos por la zona de Mazarredo y recuerdo haber pedido la primera ronda de cubatas, pero... eso es todo. Me desperté en el calabozo y... el resto... supongo que ya lo sabes.

-Pero, ¿no recuerdas haberlo matado? ¿No recuerdas nada?

-Nada en absoluto. Y lo he intentado Ian, te juro que no paro de intentarlo porque yo sé que soy inocente. Ya sé que todos los delincuentes dicen lo mismo, pero yo no soy un delincuente, soy policía.

- ¿Y Eva? ¿Qué puedes decirme de ella?

-Eva... esa chica traía a Freddy por el camino de la amargura –hace una pausa.- Yo creo que él se enamoró perdidamente de ella nada más conocerla, pero claro, coincidió con el tiempo que Laura le había dado para ver si él cambiaba y se convertía en el marido que ella quería hasta que, apareció Eva y Freddy perdió los papeles y las buenas intenciones.

-No me extraña –pensé en alto.

-Si te soy sincero, no creo que Freddy hubiera llegado a ser nunca el marido que Laura esperaba.

- ¿Y eso? ¿Por qué dices eso?

-Porque tu hermano era demasiado pasional y Laura, bueno parece que siempre fue demasiado fría y calculadora.

-Muy tierna no ha sido nunca, no.

-Esa relación hubiera fracasado antes o después, créeme.

-Y tú, ¿qué relación tienes con Eva?

-Yo nada más allá de la amistad. Yo estoy enamorado de María, su hermana –suspira y su mirada se pierde en el horizonte.

-Pero, entonces, no entiendo por qué mataste a mi hermano.

-Yo no maté a Freddy, él era mi amigo, era como un hermano para mí.

-Pero la versión oficial...

-Los dos sabemos de qué van las versiones oficiales; de cargar el muerto a quién más convenga.

-La pregunta es: ¿quién quiere que tú seas culpable?

-Y quién quería que se supiera, que Freddy estaba engañando a su mujer -añade.

- ¿Teníais algún enemigo? ¿Alguien de quién sospechar?

-No que yo sepa.

- ¿Alguien que pudiera beneficiarse de todo esto?

-No, ahora mismo no se me ocurre nadie. Sólo...

-Dime Jorge, cualquier detalle puede ser importante, ya lo sabes.

-Freddy estaba investigando algo por su cuenta hacía varios meses. No quiso darme detalles, pero por algunos comentarios sueltos, pude deducir que andaba detrás de alguien del cuerpo.

- ¿Policías?

-No estoy seguro, ya te digo que no quiso darme detalles y era muy reservado al respecto. Aunque desde que empezó a salir con Eva, se había vuelto más reservado de lo normal. Ya sabes que lo de Freddy nunca fueron los sentimientos.

-Ya, nunca fue un conversador profundo, no.

Vuelve a asaltarme ese sentimiento de culpa por lo poco que sé de mi hermano.

La conversación con Jorge ha empeorado todas las teorías que tenía al respecto. Me ha dicho que están esperando el resultado de los análisis que le hicieron, para saber por qué no recuerda nada de lo que pasó y, pensándolo bien, quizá debería adelantarme a la luz de esos análisis. Prefiero la información de primera mano.

Tiro de mi hacker favorito y media hora después, me devuelve la llamada de teléfono diciéndome que no hay rastro informático de dichos análisis. Como si se los hubiera tragado la tierra.

Empiezo a sospechar que la cosa está más enredada de lo que en un primer momento había creído y me asalta una extrema necesidad de ver a Eva, que me lleva hasta su casa de nuevo, con el mismo resultado de la vez anterior.

No puedo más con la incertidumbre y marco su número con desesperación por escuchar alguna de sus ocurrentes borderías. Un tono, dos, tres, ...

- ¿Sí? - ¡por fin! Suelto el aire que se estaba reteniendo en mis pulmones, sin que me hubiera dado cuenta siquiera.

- ¿Eva? Soy Ian –me la imagino poniendo los ojos en blanco.

- ¿Ian? Pero... ¿cómo sabes mi número? –la he sorprendido.

-Tengo mis recursos nena.

-Sí, ya sé lo pesado que puedes llegar a ser cuando quieres.

-Yo más bien diría perseverante.

-Perfecto, ¿me has llamado para discutir acerca de los sinónimos de la **RAE**^[6]? –tiene unas salidas que me mata.

-No, te he llamado para invitarte a un café ¿puedo?

-Hoy no me va bien, de veras.

-Eva, necesito hablar contigo. Dime dónde estás y te paso a buscar ahora mismo - quiero verla.

- ¿Tú no aceptas un no por respuesta? ¡Déjame en paz!

Y me cuelga el teléfono y durante dos minutos me quedo como un imbécil mirando el aparato, como si ella fuera a salir por la pantalla.

Tengo que hacer algo con esta mujer y no pasa de mañana que hable con ella y me diga todo lo que quiero saber. Como si tengo que volver a esposarla.

Capítulo 8: Tratados de paz.

Llevo dos días montando guardia en casa de Eva, esperando a ver cuándo aparece, porque digo yo que tendrá que volver a su casa. No me costó mucho que los vecinos me dijeran que hace un par de días, salió con una bolsa de deporte morada y parece ser que se fue a casa de su hermana. Creo que les hubiera sacado cualquier cosa acerca de ella.

Tampoco me hubiera resultado difícil saber dónde vive su hermana e ir a buscar, pero he preferido esperar para no declarar una guerra. Seguro que ella sería capaz de denunciarme por acoso y aunque no creo que tuviera mucho problema con la denuncia, prefiero no tener que explicarle a nadie qué es lo que hago aquí.

Estoy más que acostumbrado a largas vigilancias, noches en vela y escuchas que duran días, pero sin lugar a dudas esperar a Eva, se me ha hecho el tiempo más largo de mi vida. Cada minuto iban creciendo mis ganas de verla y por más que trato de convencerme que es una implicada en un caso, y hasta ensayo lo que quiero preguntarle, en el preciso momento en que aparece el coche de su hermana y la veo bajarse, el mundo se detiene y miro embelesado desde mi escondite, cómo va caminando mientras los últimos rayos de sol iluminan su cabello haciéndolo destellar.

Su hermana da la vuelta al coche y se marcha, lo cual me indica que está sola en casa. Sí, éste es mi momento.

Me permito unos segundos y reconozco que me hace falta respirar un par de veces, antes de tocar el timbre. Con ella no se puede estar seguro de nada.

-Hola Ian – ¿Esto es un tratado de paz? Es tan diferente de las otras veces que no la reconozco.

-Hola Eva, ¿puedo pasar? –No seré yo quien lo rompa.

Se encoge de hombros como si estuviera resignada ante mi perseverancia. Al entrar en su casa no puedo evitar la sensación de sentirme muy grande, de hecho, tengo que agacharme un poco para pasar por la puerta del pasillo. Inmediatamente pienso que su casa no le hace justicia, pues ella es risueña y enérgica y esta casa es triste y sombría.

Me siento en el sofá mientras pone algo de música en la televisión y me ofrece una

copa de vino, de una botella que cuenta que le han traído desde Granada. Me explica algo acerca de las medallas que tiene lo que me voy a beber, pero soy incapaz de prestar atención a otra cosa que no sean sus sensuales movimientos. Dice que le gusta mucho este caldo y yo procuro memorizar el nombre, “Rey Zagal”. No es que yo entienda mucho de vinos, pero éste, está buenísimo. Y ella también.

- ¿Vas a contarme ya qué relación te unía a Freddy? –pregunto cuando ya estamos acomodados, tratando de centrarme en el tema que me ocupa.

Sin duda es la versión más dulce de Eva que he conocido hasta ahora, pero no puedo desaprovechar la oportunidad de saber algo más.

-Verás, es complicado –baja la cabeza mirando sus dedos que juegan con el cuello de la copa- A éstas alturas creo que él y yo vivimos historias diferentes. Yo me enamoré perdidamente de él sin saber que estaba casado y él...bueno, está claro que me engañó.

Le doy unos minutos porque veo que se queda pensativa y trato de imaginar lo doloroso que puede ser esto para ella. Una punzada de celos me atraviesa al pensar en el sentimiento que tenía por mi hermano.

- ¿Quién es la mujer por la que peleaban él y Jorge? –me sorprende de pronto.

- ¿La mujer por la que peleaban? –Mi cerebro comienza a trabajar en lo que mejor se le da- No sabes nada, ¿verdad?

Me mira con una dulzura y con unos ojitos de niña indefensa, que no sé si voy a resistir mucho tiempo más sin hacerla mía.

-Sólo sé que Freddy murió porque el mismo Jorge me llamó para decírmelo y...

- ¿Jorge te llamó?

-Sí, pero apenas me dijo nada y luego...aquel periódico...yo...-rompe a llorar.

¡Ah no! ¡Eso sí que no lo soporto! Se me encoge el corazón de verla así; dejo mi copa de vino sobre la mesa de madera y me acerco a ella pasándole un brazo por el hombro y pegándola a mi pecho, para ofrecerle hasta el último aliento de mi cuerpo.

Su sólo contacto me produce un estremecimiento de placer, el calor de su cuerpo junto al mío ha disparado los latidos de mi corazón en milésimas de segundo y su cabello pasea descarado por delante de mis narices, ofreciéndome el más embriagador de los aromas. Un huracán de sensaciones arrasa todo mi organismo y ya no me siento un ser

racional.

Ella tiembla a pesar de que parece que su llanto se ha detenido con mi contacto. Levanta la mirada y me sorprende con sus ojos que, gracias a las lágrimas, lucen más verdes y radiantes que nunca. Son como dos esmeraldas en una urna de cristal.

- ¿Quién es ella? –pregunta en un susurro sin apartar la mirada de mí.

No soy capaz de articular palabra porque me he quedado hechizado en esa mirada que me tiene absorbido. No puedo salir del embrujo de los luceros verdes que me esperan para obtener una respuesta. Es lo más bonito que he visto en mi vida y como un autómeta, recorro la escasa distancia que hay entre nosotros y deposito un suave beso en sus labios, que lleva más sentimiento contenido que un poema de *Espronceda*^[7]. Tan lentamente como llegué, me separo de su piel y mirándola de nuevo a los ojos, musito:

-Tú; eres tú, Eva.

- ¿Yooo? –Se aparta bruscamente levantándose del sofá y rompiendo el hechizo de golpe y yo, me siento como un niño sin cumpleaños- Pero ¿qué me estás contando? ¿Qué Jorge mató a Freddy por mí? –veo la sorpresa en su mirada.

Se echa a reír y yo sigo buscando la gracia de la situación.

-Eso es absurdo Ian –su tono es sereno y calmado.- Mi hermana y Jorge están juntos, ellos llevan hablando mucho tiempo y ahora, bueno ahora todo esto ha hecho que se den cuenta de lo que verdaderamente sentían el uno por el otro –hace una pausa.- Me alegra que de entre todo lo malo, se haya descubierto algo bueno –y una preciosa sonrisa se dibuja en su cara.

Es asombroso el optimismo que tiene esta mujer. Su fortaleza es única y especial pero un estremecimiento me recorre, al pensar en lo que le habrá pasado para llegar a ser así.

Mi instinto protector me hace levantarme para volver a acercarme a ella y buscar de nuevo su contacto. Es como un imán, no puedo resistirlo, me atrae demasiado.

Intencionadamente, cual felino que acorralla su presa, suavemente la empujo hasta hacerla quedar contra la única columna que decora la sala. Sitúo mis brazos uno a cada lado en la pared, cortándole toda salida con mi cuerpo y la miro a los ojos en busca de

mi dosis de brujería.

-Yo descubriré la verdad, te lo prometo -sello sus labios con los míos.

Esta vez me deleito en ellos, con dulzura, con suavidad, saboreando cada pincelada y cada matiz de los sabores que me transmite. Nuestras lenguas se enredan en un sensual baile y la suya se me antoja suave y juguetona. La temperatura sube rápidamente y el deseo de fundirme con ella se está haciendo insoportable.

El volumen de los gemidos sube por encima de la voz de Amy Winehouse, con esa canción que tanto me gusta “Valerie”, que para mí, quedará atada a Eva para siempre después de esta noche.

Enredo mis dedos entre sus rizos y la acerco más si cabe a mi boca. Ella me aferra del cuello afianzando más mis pasos. Quiero estar dentro de ella. Quiero fundirme con esta mujer y lo quiero ya.

La levanto asiéndola por la cadera sin separarla de la columna, enrosca sus piernas en mi cintura y el fuego comienza a quemarme la piel, en el mismo instante que ella comienza a tirar de mi camisa. Busco sus pechos con desesperación mientras sus besos en mi cuello, van desprendiendo oleadas de placer por todo mi cuerpo y siento que el pantalón comienza a molestarme.

De reojo veo la camisa caer y siento sus caricias recorriéndome la piel. Sujetándola por la barbilla la separo un poco para poder quitarle la camiseta de tirantes; ante mis ojos aparece un sujetador negro de encaje que me ofrece dos succulentos manjares. Y en el preciso momento en que me lanzo a saborearlos, de pronto...

Mi teléfono comienza a sonar. Los dos nos quedamos paralizados como si de un juego de niños se tratara, nos miramos sin saber qué hacer o qué estamos haciendo. Pero el dichoso aparatito no se calla, incluso diría que cada vez suena con más fuerza.

Eva reacciona como siempre antes que yo, y como una exhalación, recoge su camiseta del suelo y se aleja por el pasillo como si yo fuera un extraño.

Trato de recomponerme para coger el teléfono, a pesar de que ya la estoy echando de menos.

- ¿Dígame? –carraspeo para aclararme la voz.

- ¿Ian? ¿Dónde estás? –se escucha nerviosa.

- ¿Laura? ¿Qué pasa, ha pasado algo?

-Ian tienes que venir inmediatamente.

- ¿Pero estáis bien? ¿Qué ocurre?

-Han entrado en casa, Ian. He llamado a la policía.

-Voy para allá, no te muevas.

Cuelgo el teléfono y recojo la camisa del suelo. Mientras me la estoy poniendo trato de imaginar dónde estará Eva o qué estará pensando. Aún me siento sofocado y el dolor que siento en los testículos, me va a dificultar conducir hasta casa de Laura.

-Eva –mi voz hace eco en el pasillo, pero no puedo marcharme sin decirle nada.

Tras unos instantes que parecen eternos, aparece vestida de nuevo y se recuesta contra el marco de la puerta, cruzando los brazos a la altura del pecho.

Es una clara posición de defensa, en el momento que más indefensa la veo yo.

-Era Laura, mi cuñada, tengo que marcharme.

-Ya claro, Laura –casi puedo sentir su pena.

-Eva –acorto las distancias entre nosotros. El efecto imán sigue ahí, expectante- hay muchas cosas que no encajan del todo en la muerte de Freddy.

-Yo... ni tan siquiera sé cómo murió –baja la cabeza en un gesto que empieza a molestarme demasiado porque me priva de lo que tanto anhelo.

Al instante me doy cuenta de lo duro que está siendo para ella, que no ha recibido información oficial alguna. Aunque tampoco es que la familia haya tenido mucha más y teniendo en cuenta todas las circunstancias que rodean al caso, está todo demasiado turbio como para poder descartar nada aún.

-No es que yo pueda contarte mucho, pero si quieres, -levanto su cabeza para obligarla a enseñarme su tesoro- en otro momento te llamo, quedamos y charlamos.

Me mira durante unos segundos en los que soy testigo de una batalla interna, hasta que al fin resuelve.

-No me parece buena idea que sigamos viéndonos Ian, -suspira- pero no dejo de reconocer que, para poder pasar página, necesito saber qué pasó exactamente.

Tiemblo al pensar lo que sería la vida si no volviera a verla, a tocarla, a olerla y decido en cuestión de segundos.

-Tú lo has dicho Eva, tienes que pasar página y mi hermano no podrá estar en tus páginas nuevas –y a través de mis ojos procuro expresarle todo lo que siento ahora mismo.- Déjame estar a mí.

-No, yo... no puedo, de verdad que no...-desvía su mirada.

-Freddy está muerto, no va a volver –me rindo ante la evidencia esperando el mismo resultado en ella.

-No para mí; aún no -sentencia.

El trayecto a casa de mi cuñada es un devaneo de sentimientos entre los celos, la rabia y la impotencia. Es imposible no pensar en cómo habría terminado la noche si Laura no me hubiera llamado. Me vuelvo loco sólo de pensarlo y al minuto, sus palabras al confesarme que sigue queriendo a mi hermano, golpean mi mente con furia. Ya sé que no lo ha dicho exactamente así, pero decir que para ella sigue vivo, significa que hay sentimientos ahí.

Trato de poner la mente fría y voy repasando la conversación que hemos tenido. Resulta increíble que ella no sepa nada y yo, ni por un segundo me creo ya que Jorge haya matado a Freddy.

¿Llamaría un asesino a la novia de su víctima, cuando supuestamente la mató por ella misma, le diría que el otro está muerto y luego se liaría con la hermana de la chica?

Eso no tiene ningún sentido puesto que una vez muerto Freddy, tenía el camino libre para irse con Eva, si es que lo mató por ella. Luego esto nos lleva a concluir que Jorge no mató a Freddy por culpa de Eva.

Aparentemente no tenía ningún móvil para cometer el crimen y esta versión del lío de faldas se sostiene con pinzas. Si al menos pudiera tener el resultado de los análisis de Jorge, pero parece que habrá que esperar a la versión oficial para saber algo más al respecto.

Tendré que pasar por comisaria y visitar viejos conocidos que tal vez puedan echarme una mano con el asunto, aunque por lo que me dijo Jorge, podría haber más policías involucrados. Habrá que andar con pies de plomo y no fiarse de nadie.

Cuando llego a casa de Laura, me sorprende encontrarla abrazada a un tipo vestido de paisano que, con una mano da órdenes a otros agentes, mientras con la otra acaricia a

mi cuñada con la aparente intención de consolarla.

Es un tipo alto, moreno, con bigote y de oscura mirada, según observo al acercarme a ellos.

- ¿Laura?

- ¡Ah! Hola Ian –se pasa la mano por el pelo queriendo recomponérselo- Te presento a Edgar, inspector de la policía local.

Conforme nos estrechamos la mano, pienso que no me gusta nada la mirada que tiene este tío. Y por empezar a desconfiar de alguien, será de él.

Capítulo 9: Las comparaciones son inevitables.

Son tantas las cosas que me rondan la cabeza, esperando que las mastique y aclare algo, que no sé por dónde empezar y decido servirme otra copa de vino, para romper el hielo.

Cuando cojo la botella, observo las copas vacías y me doy un pausado paseo visual, por dónde hace apenas unos minutos se posaban sus labios. Me sirvo en su copa tratando de evocar el recuerdo de su contacto y las imágenes transcurridas hace un rato, pasan por mi mente como si de una película erótica se tratara.

Aún puedo sentir su aroma en mí y si cierro los ojos, casi puedo hasta sentirle. ¿Qué me pasa con este hombre?

Tengo que reconocer que me pilló con la defensa baja; venía yo muy relajada de casa de mi hermana y también cansada de hablar de un tema que siempre llega a punto muerto. Y nunca mejor dicho. Bueno y de dormir poco y beber mucho que todo hay que decirlo.

Su insistencia ya me ha dejado claro que no desiste de lo que quiere y yo hoy, no estaba para discusiones. Así que simplemente fui yo, en estado tranquilo.

Instintivamente dirijo la mirada hacia la columna donde hace un rato nos devorábamos con pasión y me digo ¡vaya con tu estado tranquilo, Eva! Freddy hace su aparición estelar en mi cabeza y la sacudo, tratando de centrarme en sacar algo en claro de todo éste asunto.

Pero no puedo sacarme a los dos hermanos del pensamiento y aunque sé que las comparaciones son odiosas, me resulta inevitable ahora mismo no hacerlo. Son tan parecidos y tan diferentes a la vez...

Si bien ambos son muy pasionales, a Ian parece que la expresión oral no se le da nada mal. Su última frase aún está latente en mi cabeza: “Freddy está muerto, no va a volver” y la imagen de mi Freddy me dice que está más vivo que nunca.

Desde luego no envidio nada a su mujer en el momento que ha tenido que pasar reconociendo el cadáver, pero supongo que eso facilita las cosas a la hora de pasar

página.

El no saber nada de nada, me dificulta mucho hacerlo y parece que mi única fuente de información es aquella, a la que prefiero no acercarme porque cada vez que lo hago, se produce algún tipo de cortocircuito y saltan demasiadas chispas. No quiero ni pensar lo que hubiera ocurrido esta noche, si no llegan a llamarle por teléfono.

Me siento fatal, pero sigo sin tener claro el motivo pues Freddy está muerto y, después de todo supongo que, aunque estuviera vivo, tampoco tendría que darle explicaciones. Es mi puñetero corazón que sigue aferrado a su recuerdo, aunque mi mente le replique a menudo que Freddy no se parecía en nada al de mi sueño. Bueno, un poquito sí, físicamente igual, pero no le gustaba bailar. Nunca salimos a bailar. Ni me dijo que me quería.

Me acuesto en la cama con la visión de unos ojos verdes que me suplican, no sé muy bien qué, y otros azules que lucen prendidos en deseo. Después de dar mil vueltas y perder la batalla contra la almohada, me levanto aburrida y me pongo a escribir porque necesito vomitar todo esto que llevo dentro.

- ¡El patateeeeeeeero! ¡El patateeeerooooo ha llegadooo!

- ¿Cómo? ¿Qué?

Me despierto súbitamente gracias al amplificador que anuncia que el patatero, ha traído al barrio patatas de La Rioja y yo sigo flipando con que en pleno siglo veintiuno sigan viéndose estas cosas. Mejor dicho, oyéndose. Son las diez de la mañana. Me volví a quedar dormida delante del ordenador.

Por un momento pienso si también Ian habrá sido sólo un sueño, pero al instante un mensaje suyo en el móvil, me confirma que esta vez no voy a tener tanta suerte.

“¿Puedo invitarte a una cerveza esta noche?”

Claro, sencillo, escueto y directo. No hay nada que me haga sospechar que tiene otras intenciones, pero yo mejor que nadie sé que ese incendio se aviva con sólo mirarnos. Trato de retrasar mi contestación todo lo que puedo pues no sé si hago bien en quedar con él. Pero quiero hacerlo porque necesito saber más, así que quince minutos después le contesto que perfecto y dice que pasará a recogerme a las diez.

Evitando al puñetero patatero que no calla, apenas me tomo un café, me pongo un vestido blanco de tirantes con unas chancletas a juego y recogiendo mis libretas y mi

estuche con bolígrafos y demás herramientas de trabajo, salgo zumbando a la playa verde, que de playa tiene poco pero está cerca de mi casa, buscando un poco de tranquilidad y sosiego en medio del campo.

Necesito silencio para poderme concentrar y es lo primero que no encuentro al llegar. El pleno de empleados municipales se ha dado cita aquí hoy, para segar, limpiar y arreglar toda la zona recreativa. Me niego en rotundo a abandonar mi propósito y busco una mesa donde acomodarme.

Con tanto trajín de operarios y el ruido de la máquina cortadora, no puedo concentrarme y enseguida recuerdo la cita que tengo con Ian esta noche.

Tiemblo de la expectación que me genera el sólo hecho de verle y no evito pensar en lo que puede suceder. El tipo de la máquina rodea mi mesa, haciendo saltar todo tipo de hierbas sobre mí, sin inmutarse siquiera. Comienzo a regalarle cuatro improperios bien dichos pero el maleducado, lleva unos cascos con los que seguro, no puede recibir mi obsequio.

Me rindo, hoy no es mi día, así que recojo mis cosas y lentamente camino hacia la zona del mirador, imitando a mi rival con la música a todo volumen en mis oídos.

Y sin quererlo, pero sin poder evitarlo, me paso el día pensando en el ¿ansiado? encuentro.

Señor ¿cómo puedes hacerme esto? ¿Por qué tiene que ser precisamente su hermano? Y, ¿por qué tengo este sentimiento de culpabilidad por dentro si Freddy está muerto?

Al pensar en esto me viene encadenadamente otra pregunta, ¿por qué dice la prensa que Jorge mató a Freddy por mi culpa? No salgo de mi asombro desde que Ian me lo aclaró. Eso no se lo tragaría nadie, yo apenas he tratado con Jorge, además está María que es mi hermana ¡por Dios! Tengo que tratar de esclarecer todo esto con Ian y la ocasión perfecta es esta noche.

Para evitar todo lo posible la tentación, elijo unos vaqueros con un corpiño de tirantes bastante sencillo y deportivas, por si acaso. Por una vez que la moda me va de maravilla, no voy a llevarle la contraria. Revuelvo mi, ya de por sí, enredado pelo y me doy apenas un poco de rímel y la raya de arriba. Nada más.

A las diez en punto me envía un mensaje avisándome de que está fuera esperándome. Cuando salgo, ya le ha dado la vuelta al coche y fuma tranquilo un cigarrillo mientras tararea “La bicicleta” de Carlos Vives y Shakira.

-Hola -no sé si debo darle un beso, dos, o evitar todo contacto.- ¿Qué tal? -Elijo la

última opción.

-No tan bien como tú -dice clavándome dos infinitos océanos azules mientras toma mi mano, tal y como hizo el día que se presentó, y besa delicadamente el dorso sin apartar su mirada de mí.

El corazón se me va a salir del pecho, se me corta la respiración y, como no puede ser de otra manera, me pongo a temblar cuál enfermo avanzado de Parkinson.

Es un habitáculo demasiado pequeño y como no quiero que se dé cuenta del devastador efecto que produce en mí cuando me mira, recojo la mano y la mirada, y colocándome el cinturón de seguridad, pregunto tratando de aparentar normalidad:

- ¿Dónde vamos?

-A bailar.

- ¿A bailar? Pero...

-No te asustes, -ríe mostrándome su preciosa sonrisa- era broma. Vamos a la Ochoa a tomar algo, pero si surge...

Eso ha sonado a promesa en el aire y estoy sorprendidísima porque nunca hubiera imaginado que Ian bailara. Tampoco es que sepa mucho de él, pero simplemente, no lo esperaba. Y ahora que lo pienso, ¿qué bailará? A ver si va a ser como Freddy, cuyo concepto del baile se asemejaba más a una clase de spinning que a algo sensual.

Siempre me tiene con alguna incertidumbre entre manos y empiezo a pensar que tengo demasiadas x por despejar.

Llegamos al local en la calle Heros, que ahora mismo es el que mejor está de todo Bilbao, y pedimos dos cervezas en botella. Como mi curiosidad pugna por salir a toda prisa, apenas pide las bebidas, le asalto sin rodeos.

- ¿Qué pasó Ian? ¿Cómo murió Freddy y por qué?

-Son demasiadas preguntas juntas; ni que fueras policía -sonríe.

Me arranca una sonrisa a mí también, al tiempo que me va desarmando con la suya. ¿He dicho ya que tiene una sonrisa preciosa?

-Intentaré ir respondiéndolas en la medida de lo posible, aunque no es fácil -hace una pausa y suspira antes de continuar.- La versión oficial dice que Jorge mató a Freddy de un disparo a sangre fría, porque los dos estaban enamorados de ti.

-Pero eso es...

-Sí, ya sé, -me interrumpe- esa versión no se sostiene; pero hay más.

- ¿Más? ¿Qué más? -cojo la cerveza y doy un buen trago.

-Verás, cuando Jorge disparó a Freddy frente al Galeón, llamaron a una ambulancia para trasladarlo al hospital, pero parece que la tragedia andaba persiguiendo a mi hermano -se queda pensativo, aunque con la vista recorre el local varias veces.

Está de pie en la barra y a su espalda una pared le sirve de apoyo. Desde dónde está tiene una clara visión de todos los presentes en el lugar. Inmediatamente me recuerda a Freddy con el exceso de desconfianza, pero decido seguir indagando en la historia, antes de volver a perder la oportunidad.

- ¿Por qué dices que le perseguía la tragedia?

-Porque la ambulancia que le transportaba tuvo un terrible accidente y explotó. Iban dos sanitarios con él, pero el fuego acabó con todo y no pudo recuperarse ningún cuerpo.

-Pero el entierro...yo vi...

-Una urna vacía -me interrumpe.- Algo simbólico para que la familia pudiéramos cerrar el capítulo. Sobre todo por los niños, ya sabes -coge aire y continúa.- Ni tan siquiera pudo recuperarse la bala. Nada.

-Vaya... -parece que, al fin y al cabo, su mujer no ha tenido mucha más suerte que yo.

Durante unos instantes los dos permanecemos en silencio, sin mirarnos, sin tocarnos y la tensión empieza a poder cortarse con un cuchillo.

Comienzan a sonar los primeros acordes de “Deja que te bese” de Alejandro Sanz y Marc Anthony. Se acerca lentamente a mí, me coge de las manos y con una sensualidad que no sé de dónde ha salido de repente, me dice:

- ¿Bailas?

Me toma con una mano por la cintura mientras con la otra coge mi mano izquierda y comienza a guiarme, a través de los pasos de una sensual salsa que ejecuta con una perfecta armonía, haciendo que me deslice por el suelo con una suavidad exquisita.

En perfecta simbiosis con el momento tan especial que se ha creado, la letra de la canción parece encajarle a la perfección a mi pareja de baile, que aprovecha esa parte

lenta de la pieza, para pegarme a su cuerpo haciéndome notar lo excitado que está y, tal como hizo su hermano sólo en mis sueños, me susurra al oído al mismo tiempo que los cantantes:

Deja que te bese

Deja que te bese, deja que lo intente

Deja que te invite a que te enamores de esta noche

Una noche aquí entre miles

Me he enamorado. Nunca lo olvides

No ha sido fácil porque muero en tus perfiles

Me has atrapado. No te confíes

Deja que te bese, te prometa

Y deja que te olvide

Y la que se está derritiendo entre sus brazos soy yo, en el mismo momento que la canción retoma su ritmo de salsa e Ian me lanza dándome una vuelta que, sin saber cómo, termina con la punta de su nariz pegada en la mía.

Y me besa, ¡vaya si me besa! Me devora con fervor mientras me sujeta entre sus brazos y poco a poco, me lleva contra la pared en la que antes reposaba su espalda.

Mi cabeza me traiciona y en una milésima de segundo reacciono y le empujo suavemente por los hombros indicándole que pare.

-Ian...yo...verás, es complicado de explicar, pero... sigo queriendo a tu hermano -sólo de pronunciarlo, algo se me revuelve en el estómago.- Dame un poco de tiempo, ha sido todo demasiado precipitado y confuso.

-Eva yo ...

Sello con mi dedo índice sus labios porque no quiero que siga hablando sin dejarme terminar.

-Ian, me gustas y si no fueras quién eres y si Freddy no hubiera existido en mi vida, las cosas serían diferentes; pero son demasiadas pegas para obviarlas.

-Yo no puedo cambiar el hecho de ser su hermano Eva, pero él ya no está y tienes que

aceptarlo.

-Lo sé y sólo te estoy pidiendo algo de tiempo para asumirlo. Que dejes de mirarme así y de besarme cuando me ves. A mí no me seduzcas, por favor Ian. Dame un poco de espacio -espero que ponga de su parte porque no me quedan muchas fuerzas.

-Es que no puedo evitarlo. No sé qué me pasa cuando te veo, pero siento una necesidad extrema de tocarte, de besarte, de...

-Vale, vale, me hago una idea. No hace falta que seas tan explícito.

Y por primera vez, los dos nos echamos a reír de una forma relajada. Las cartas están boca arriba como a mí me gusta.

Capítulo 10: Acecha la soledad.

Creo que los dos nos sentimos mucho más relajados después de sincerarme con él y eso hizo que descubriéramos una nueva química entre ambos. Nuestro sentido del humor, hacía que fuéramos encadenando una broma y una tontería tras otra. Pasamos toda la noche riéndonos y cerramos cuántos bares había que cerrar.

Fue una de las mejores noches de mi vida en las que no paramos de bailar y reír. Como cuando salgo con mi hermana. He descubierto que a Ian le gusta bailar casi tanto como a mí y, además, lo hace con una sensualidad que enciende mares. He sido testigo de cómo otras mujeres se lo comían con la vista y, siendo totalmente sincera, no es para menos.

Ahora sé que, si el merengue me parecía un baile aburrido, es porque nunca antes bailé con él. Mueve las caderas como un Dios y, si bien es cierto que no volvió a besarme, no faltaron las insinuaciones y las inevitables miradas que conseguían dejarnos prendados, hasta que algo o alguien rompía el hechizo.

Despuntaba el alba cuando me dejó en casa y se despidió dándome un tierno beso en la mejilla, mientras susurraba:

-Sueña conmigo...

Y soñé que bailábamos bajo un cielo cubierto de estrellas, en una playa perdida, como en su día lo soñé con Freddy, antes de conocerle.

A la mañana siguiente, sentada en la cocina mientras me tomo tranquilamente el mejor café del día, recuerdo la noche que pasé con Ian. De momento seremos sólo amigos y su promesa me hace sentir algo más tranquila pues quizás así, pueda sacarlo de mi cabeza de momento.

Nada más lejos de la realidad pues de repente y, como si se me hubiera abierto un telón delante, reparo en que entre Ian y Freddy, forman el Freddy perfecto de mi sueño. Es decir, el físico indudablemente es de Freddy, pero la forma de ser, la de bailar, es la de Ian, que por otra parte también tiene parecido con su hermano.

Este pensamiento me confunde y cada vez me afirmo más en la teoría de que alguien, allá arriba, se lo pasa de coña conmigo. Se va a enterar cuando yo averigüe quién es.

Llamo a María para ponerle al día de los acontecimientos y porque tengo diez llamadas perdidas suyas. No es de extrañar ya que son las dos del mediodía, pero claro, como hemos venido tan pronto esta mañana....

- ¡Hola tata! ¡Buenos días! -puede que suene más contenta de lo correcto, pero anoche me lo pasé genial y se nota.

- ¡Hola Eva! ¿Qué ha pasado para que te levantes tan tarde?

Brevemente le narro todo lo que ocurrió y me dice que hago bien en andar con pies de plomo. Prácticamente me acaban de romper el corazón y la verdad, no me apetece otro golpe de momento.

Dice que se quiere ir a Logroño a casa de nuestros padres; que se ha informado y hasta dentro de quince días no podrá visitar a Jorge en la cárcel, así que prefiere coger algo de distancia y poder pensar con claridad mientras la rubia le da mimitos.

¡Ay mi madre! Es la mejor para cualquier tipo de problema y tiene una mano izquierda para hacerte hablar, que ni el mejor de los psicólogos. Ahora sí, lo que se lleva la palma, son las comidas y los mimitos nocturnos. Se siente una de maravilla, tan reconfortada y querida, que todo parece menos importante. Así que comprendo perfectamente a mi hermana; además en eso, las dos somos iguales. Cuando algo nos agobia o nos preocupa mucho tendemos a salir; bien a casa de mis padres o bien, y esta opción a mí me encanta, solas de viaje. Porque no hay nada mejor que llegar a un sitio donde no conoces nada y donde nadie te conoce a ti.

- ¿Cuándo te vas?

- Hoy mismo, ya tengo preparada la bolsa. Por eso te he llamado tantas veces porque quería avisarte.

-Vale, perfecto; que sales ya. Dales muchos besitos a papá y a mamá de mi parte. Y tranquila, ¿vale?

-Lo haré y te mandaré un mensaje cuando llegue. No te preocupes.

Cuelgo el teléfono y me asomo por la ventana del baño para ver qué día hace, pues es la única que me permite ver algo de cielo desde aquí. Luce un maravilloso sol y me alegro muchísimo de que el tiempo en Bilbao esté cambiando tanto últimamente. Al final me bastará con cambiarme de casa.

Decido repetir la experiencia de ayer, ya que no creo que vayan a estar toda la semana de trabajos y esta vez, sí que acierto.

Me siento en mi mesa favorita que me ofrece una espléndida panorámica de toda la zona y me pongo a escribir en mi libreta a toda velocidad. Rápidamente me meto en la historia que voy narrando y soy completamente ajena a cuanto me rodea, pero hay un momento en el que siento una mirada clavada tras de mí, e inconscientemente me giro, pero no veo a nadie.

Trato de volver a centrarme en la escritura, la sensación de que me están vigilando no se va y por momentos, se acentúa. Nunca he sido miedosa, pero tras mirar repetidas veces y no ver a nadie, decido fiarme de mi instinto y marcharme a casa a seguir escribiendo, que estoy inspirada.

Llego y me pongo en el ordenador volcando todo lo que traigo retenido. Tecleo a una velocidad de vértigo sin poder parar. Las palabras se van sucediendo ordenadas y melódicas en la pantalla del ordenador.

De pronto, noto que algo me cae en la cabeza. ¡Es un saco! Alguien me ha puesto un saco en la cabeza mientras me sujeta las manos a la espalda, contra el respaldo de mi silla giratoria. Noto movimiento en la casa y oigo el ruido de cosas que caen allá por la cocina, la habitación y el baño.

Estoy segura de que hay más de uno. Se oyen movimientos simultáneos en diferentes estancias, más el que me está sujetando.

-Está limpia -oigo decir a alguien. No tiene acento extranjero.

-Quietecita, no te muevas -me dice soltándome el que estaba a mi espalda. Parecen todos españoles.

En cuestión de minutos, me dejan allí con el saco puesto en la cabeza, sin ver nada y apenas sin saber, si ya se fueron o no.

Durante unos segundos que se me hacen eternos, sólo trato de escuchar porque soy incapaz de moverme.

Cuando al final me convengo de que se han ido, lentamente me quito el saco de la cabeza y soltándolo como si tuviera la peste sobre el teclado, rompo a llorar sin saber qué hacer o a quién llamar.

María no está; Freddy... nunca volverá; Ian...

Se me antoja como la única opción viable en este momento.

- ¿Ian? -me siento muy sola de pronto.

-Dime preciosa -me sorprende su alegría al responder.

-Ian...yo...-un nudo sube por mi garganta y no me deja hablar.

- ¿Qué pasa Eva? -su tono de voz ha cambiado radicalmente y ahora está preocupado.

-Han entrado en mi casa -logro decir al fin.

- ¿Has llamado a la policía?

-No, sólo a ti. Acaban de irse -lloro.

-Pero... ¿estabas dentro? -se vuelve loco.- No te muevas, voy para allá.

Cuando llega, lo primero que hace es abrazarme y yo llorar como una desconsolada, a ver si se me baja el nudo de la garganta que no me deja comunicarme. En seguida se hace cargo de la situación y llama a la policía, mientras me acompaña a que me siente en el sofá.

Una vez ha terminado de hablar por teléfono, va a la cocina y me trae un vaso de agua. Me choca la soltura con la que se mueve por mi casa, como si viviera conmigo.

Se sienta a mi lado y pasa un brazo por mi hombro, antes de comenzar a preguntarme acerca del asalto.

Unos minutos después, llegan dos agentes a la puerta y al ver a Ian le saludan:

-Inspector Baeza, ¡cuánto tiempo!

- ¿Qué tal chicos? -dice mientras se estrechan la mano.

¿Inspector Baeza? ¿También es policía? Esta es una información que me sobrepasa y ahora entiendo yo, la similitud de los gestos. ¡Cómo no me he dado cuenta antes! Los gestos, las esposas, el teléfono,... Está claro Eva, no se puede ser tan despistada.

Durante un par de horas me limito a contestar millones de veces las mismas preguntas, formuladas una y otra vez de diferente manera, mientras un equipo de agentes, violan la intimidad de mi casa entera y a mí sólo se me ocurre pensar en mi Manolito. Pues sí, es mi consolador a pilas, así que poneros en mi situación, con todos estos hombres rebuscando en los rincones de mi desordenada casa.

Además, estando Ian aquí me resultaría de lo más incómodo la verdad.

- ¿Tienes algún sitio donde quedarte esta noche, Eva? -me pregunta.

- ¿Cómo? -ya se me había ido el santo al cielo.

-No puedes quedarte aquí. ¿Hay algún sitio donde prefieras ir?

-Bueno, tengo las llaves de casa de mi hermana -dudo.

-Perfecto, llámala. Te quedarás con ella esta noche y así no estarás sola.

-No, pero ella no está -balbuceo.- Se ha ido a casa de mis padres.

- ¿Dónde viven tus padres, Eva?

-En Logroño -me siento como una niña.

Se pasa la mano por el pelo y suspira sopesando la situación.

-Te vienes a mi casa -resuelve de pronto.

- ¿A tu casa? ¿Estás loco?

- ¿Por qué? -y parece indignado.

- ¡Porque no puedo dormir bajo el mismo techo que tú! -grito dándome cuenta que todos los agentes se han vuelto a mirarnos.

Poco a poco van abandonando mi casa entre disimuladas risitas y yo prefiero no saber el chiste. Y cuando por fin parecía que iba a conseguir algo de tranquilidad....

-Vaya, vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? El inspector Baeza otra vez -Edgar mira a Ian de arriba abajo con chulería y luego me mira a mí que, instintivamente, me he colocado un poco detrás de él- Eva, me has decepcionado... ¿Ahora también con su hermano?

- ¡Basta! -ordena Ian- ¿A qué has venido?

-Tranquilo, tranquilo inspector -dice con ironía- simplemente vengo por el allanamiento.

-Aquí ya está todo hecho, vete a redactar el informe si quieres trabajar -lo dice muy serio y muy seco. Ha sonado a orden.

-Sí, me voy -y mirándome, añade amenazante al tiempo que hace un gesto de despedida con la mano en la frente- ya nos veremos.

Pero antes de salir por la puerta, se gira y le dice a Ian:

- ¡Ah! Por cierto; han decretado el secreto de sumario del caso. -No sé si eso será bueno o no, aunque la cara de Ian expresa más bien contrariedad.

Cuando al final nos quedamos a solas, trae dos copas de vino y se sienta de nuevo a mi lado. Me ofrece una copa y ambos bebemos en silencio. Deja su copa sobre la mesa y se gira buscando mis ojos.

-Eva, no puedes quedarte sola después de lo que ha pasado, verás...

- ¿Por qué no? -Protesto interrumpiéndole- Yo sé cuidarme muy bien sola. No soy ninguna niña, Ian.

- ¡Testaruda mujer! ¿Podrías al menos escucharme un momento? -pierde la paciencia por un instante y yo bajo la mirada y decido callar y escuchar lo que tiene que argumentar para llevarme a su casa.- El otro día cuando me llamó Laura -hace una pausa y yo asiento- también habían entrado en su casa, Eva. Son demasiadas coincidencias y no quiero exponerme a que te pase nada.

- ¿Entraron en casa de la mujer de Freddy? -Rápidamente enlazo los acontecimientos.- ¿Y hoy en la mía?

-Sí; y eso me hace pensar que quién mató a Freddy está buscando algo y piensa que cualquiera de vosotras dos, lo puede tener. Así que estáis en peligro.

Toma mi mano entre las suyas y prosigue:

-Ven a mi casa para que pueda protegerte, Eva.

-Ya y... ¿no sería más normal que fueras a proteger a tu familia? -mi chulería vuelve inmediatamente al recordar que me ha ocultado que es policía y retiro la mano.

-Créeme que Laura está bien custodiada.

Levanto la ceja en un gesto interrogatorio.

-Edgar le ha puesto escolta policial desde el allanamiento.

-Y ¿por qué no hacen lo mismo conmigo? -vamos digo yo.

-Porque les he dicho que prefiero encargarme de tu seguridad -hace una pausa- personalmente -me sonrío intentando desarmarme.

-Pues no sé con qué autoridad has hecho eso, pero yo me niego a pasar la noche bajo el mismo techo que tú -que no se diga que no peleo. Aunque no tengo claro si contra él o contra mí misma.

- ¿Tanto miedo me tienes? No te asustes caperucita que no pienso morderte -ríe abiertamente.- Prometo ser todo un caballero y, sobre todo, profesional. Todo por tu seguridad nada más. Además, tú y yo hicimos un pacto anoche, ¿no?

Y así es como logra convencerme de que vaya a su casa con él, mientras por el camino me voy encomendando a todos los santos que conozco, para que me den las fuerzas necesarias, para sobrevivir a esta noche con él, sin caer en sus redes.

Capítulo 11: Jugando con fuego.

Ian tiene una casa muy grande, demasiado para una persona sola. Vive en la zona de Artxanda que es uno de los montes desde donde puede divisarse toda la ciudad, en un chalet de tres plantas que antes de entrar, nos recibe con un precioso y cuidado jardín lleno de flores. Me pregunto si será él mismo el que cuide del jardín, aunque no sé por qué, lo dudo.

Al entrar, un pequeño recibidor vestido con una gran alfombra persa, da paso a varias estancias como son: el baño, la cocina y un enorme salón con chimenea. También desde aquí se accede a las escaleras que llevan a las otras dos plantas; una queda encima y la otra debajo, de manera que la planta por la que hemos entrado es la de en medio.

Me conduce al piso de arriba donde hay tres habitaciones y otro baño, indicándome una, para que pueda dejar mis cosas y acomodarme. Dice que me espera abajo para enseñarme el resto de la casa cuando esté lista.

Durante un par de minutos, me siento en la cama y simplemente observo la habitación; un claro sentimiento de expectación me recorre la espalda.

Es muy acogedora, aunque algo impersonal y no me da la sensación de que sea la suya. Todo está muy nuevo. Es una amplia estancia, con una cama grande y un armario de puertas correderas con espejos. Un par de mesillas a los lados de la cama, que acogen una graciosa lamparita de noche y algunos libros que me paro a estudiar un momento. Aquí sí me ganó.

Los títulos son muy dispares entre sí, pero puedo observar que, al igual que a mí, le gusta el género de terror y más concretamente, Stephen King. Pienso un instante la cantidad de cosas que, en pocos días, estoy descubriendo Ian y yo tenemos en común.

Al bajar le veo esperándome al pie de la escalera, me tiende la mano y yo la cojo con cautela. Un calambre nos sacude nada más entrar en contacto y ambos nos separamos riéndonos. Lo que no se puede negar, es que la química entre nosotros es brutal y a la vista está, que sólo con rozarnos saltan chispas, como la canción de Rozalen.

Esta vez me toma por la cintura con delicadeza y me va conduciendo por cada estancia, explicándome un montón de cosas que ya ha hecho y los proyectos que quiere llevar a cabo en un futuro, en la casa.

En la planta inferior dos habitaciones y un aseo más, completan la totalidad de la construcción.

Me cuenta que la compró hace años con la intención de volver a vivir en Bilbao algún día. Yo simplemente le escucho y me dejo guiar, observando cómo se mueve y cómo me habla. Es un seductor innato y me siento contra las cuerdas; cosa que a él, parece pasarle desapercibida. Sin pretenderlo, se mueve con una sensualidad que me tiene atrapada y al momento me lo imagino moviéndose encima de mí. Sacudo la cabeza tratando de sacar ese pensamiento, pero... ahí quedó la imagen.

Por la cocina, una pequeña puerta de madera, da paso a la terraza trasera. Hay un balancín con una mesa de jardín delante y me indica con un gesto que me siente, mientras retorna a la cocina para buscar algo de beber. Al volver me sorprende con dos burbujeantes recipientes, preguntando:

- ¿Te gusta el champán?

-Si es semi-seco... -se me escapa una sonrisa.

Que si me gusta el champán dice; es una de las cosas que más me gusta en esta vida, así que cojo la copa que está toda empañada, insinuando que su contenido está a la temperatura óptima para beberse; bien frío.

-Te voy a conquistar poquito a poco, lo vas a ver... -dice alzando la suya, al tiempo que me seduce con su mirada.

El síndrome del tembleque hace su aparición y apenas puedo chocar mi copa contra la suya y apurar un largo trago, que alivie la sequedad que se estaba instaurando en mi boca. La imagen que trataba de esconder en mi cabeza, cobra un realismo espectacular y me olvido de por qué he venido aquí, hasta que él me lo recuerda.

-Ya sé que lo has contado un montón de veces esta noche, pero me gustaría que ahora que estamos solos, -la frase se queda suspendida sobre la imagen que abarca mi mente. Sí, esa en la que está sobre mí.- me cuentes lo sucedido con más tranquilidad.

Desvió la mirada al estrellado cielo, inspirando una bocanada de aire fresco que me haga romper el encantamiento al que me tiene sometida y centrarme en lo que

me está preguntando.

Vuelvo a relatarle lo ocurrido, tratando de aportar todos los detalles que recuerdo, mientras Ian me escucha con atención y, de cuando en cuando, asiente con la cabeza como si empezaran a encajarle piezas en un puzle.

- ¿Por qué no me dijiste que eras policía? -recuerdo de pronto en medio del relato.

-Bueno para empezar no me has dado muchas ocasiones -sonríe-tampoco lo preguntaste antes y, tal y cómo te comportabas, pensé que si te lo decía te sentirías más coaccionada, ya sabes, por lo de mi hermano... -concluye bajando el tono de voz y parece como si le doliera decirlo.

Sus palabras golpean con furia mis tímpanos y, alegando que siento algo de frío, decido cambiar de ambiente. Me siento fatal cuando me acuerdo de Freddy estando con Ian, pero cada vez que le escucho decir eso de “mi hermano”, juro que se me revuelve el alma. No puedo olvidar que Freddy ya no está y que, aunque estuviera, no es hombre para mí ¡menudo cabronazo!, pero a ver cómo le hago entender esto a mi corazón que me empieza a resultar más cabezota que yo.

Entramos en el salón y mientras Ian enciende la chimenea, observo una preciosa guitarra española en una esquina detrás del sofá. Rápidamente me acerco a ella y pregunto:

- ¿Puedo?

- ¡Claro! ¿Sabes tocar? -parece sorprendido.

Abrazo la guitarra sintiéndome mucho más segura. Acaricio las cuerdas reparando en que está perfectamente afinada, cosa que me hace pensar que la toca muy a menudo.

Las notas comienzan a sucederse entre mis dedos, sin forma preestablecida, pero formando una dulce melodía que me hace fundirme entre las vetas del instrumento. Suena divinamente y más ahora que el fuego comienza a iluminar los dibujos de la madera.

-Es preciosa... -musita y le miro saliendo de mi inspiración- como tú... -añade con cadencia.

Noto como mis mejillas comienzan a enrojecer y un latigazo de deseo me recorre al verle ahí, de pie delante de la chimenea; a contraluz apenas puedo distinguir los

detalles de su rostro, pero sí puedo sentir su deseo llamándome a gritos.

- ¿Me permites dedicarte una canción? -pregunta mientras se acerca lentamente, extendiendo una mano para quitarme el falso escudo que me había proporcionado la guitarra.

Es indudable que tiene una educación y unas formas que, desgraciadamente no abundan hoy en día.

Coge el instrumento con una maestría inigualable y en un segundo comienzan a sonar las primeras notas. Me suena esta melodía. Empieza a cantar y el mundo se paraliza para mí. Conozco perfectamente esta canción de Camila que me ha gustado, desde que la oí por primera vez.

“Tienes que saber que es lo último que pido

Que estoy desesperado según mis latidos

No me queda mucho tiempo a mi favor

Y antes de perder de vista mi camino

Quiero mirarte un poco y soñar que el destino

Es junto a ti mi amor

Quédate un segundo aquí a hacerme compañía

Y quédate tantito más quiero sentirte mía

Y abrázame, y abrázame, y abrázame, y abrázame”

¡Madre mía! No sólo de abrazarle es de lo que me dan ganas, mientras como una colegiala delante de su ídolo, le escucho hasta el final de la canción que interpreta sin dejar de mirarme a los ojos en ningún momento.

- ¿Me das un abrazo? -pregunta con picardía al terminar.

Pues está claro que no se le puede negar un abrazo a nadie, ¿no? Y supongo que mucho menos después de la canción que me acaba de regalar, pero tengo un miedo atroz de acercarme a él y sentir su contacto.

Enseguida confirmo mis temores, cuando él deposita la guitarra en el soporte para ello y abre los brazos para recibirme.

Su cuerpo despide un calor que me enciende en cuestión de milésimas de segundo; su corazón y el mío parece que pudieran tocarse y latir desenfrenadamente al unísono, con una fuerza que se hace latente en la piel de los dos. Una corriente de energía amenaza con quemarnos en cualquier momento y soy plenamente consciente de cómo va a terminar esto, si no le pongo freno ahora mismo.

Recojo la poca fuerza que circula por mi ser y apartándome lentamente de él, puedo notar la energía que dificulta la separación. Es un magnetismo como el de los imanes.

- ¿Qué te parece si dejamos ahora que cante otro? -me levanto buscando un aparato para reproducir música.

- ¿Tan mal canto? -al instante me sorprende sujetándome suavemente por los hombros, desde atrás.

Me lo está poniendo muy difícil. Demasiado diría yo, que estoy a punto de perder el norte, el sur y hasta el apellido.

-Cantas muy bien, me gusta mucho tu voz -¿De dónde ha salido esa vocecilla infantil? Carraspeo antes de seguir- Pero me apetece algo con más ritmo -Mi tono normal vuelve, gracias a Dios.

Le oigo suspirar a mi espalda y trato de amarrarme los pies al suelo, para no darme la vuelta y saltar encima suyo. Pasa por mi lado dejándome su aroma en el aire y teclea algo en la pantalla de una Tablet.

-Escoge tú misma -se hace a un lado dejándome una extensa lista de música para elegir.

Hay tantas canciones que pondría ahora mismo.... La mayoría las desecho porque me parecen todas demasiado peligrosas para el momento. Teniendo en cuenta que Ian baila, es mejor elegir algo que no se baile agarrado, descarto todas aquellas con letra o música demasiado romántica y trato de centrarme sólo en aquellas canciones más marchosas. Tardo un rato en decidirme pues han sido muchas cosas a tener en cuenta, pero al final me decanto por "Paraíso" del grupo Devicio.

Me giro para mirarle y comienzo a mover los pies tímidamente. Sonríe dándome a entender con la mirada que no es lo que esperaba.

Observa mis movimientos y yo me voy creciendo; parece que decide seguirme la

corriente o quizás ha recordado que teníamos un trato, el caso es que se pone a bailar desenfadadamente y en unos segundos, los dos cantamos y bailamos como si no hubiera nada más en el mundo, fuera de aquí.

Y ahí empieza lo bueno pues durante horas, los dos alternativamente, nos vamos demostrando nuestras dotes de dj, a ver quién pone la mejor canción para seguir bailando y cantando. Debemos parecer dos niños vistos desde fuera porque no paramos de reír por casi cualquier tontería, mientras la segunda botella de champán llega a su fin.

Nos sentamos agotados frente a la chimenea mientras la lista de música sigue corriendo y, por unos instantes que parecen eternos, nos quedamos mirando el fuego que luce tranquilo y amenazante a la vez.

El puñetero destino comienza a jugar, como tanto le gusta, y coloca en la lista de reproducción “Bendita tu luz”, una bachata del grupo Mana. Mis piernas flaquean tanto que cuando Ian se levanta y estira su mano invitándome a bailar, creo que voy a ser incapaz de ponerme de pie.

Cuando lo consigo, automáticamente me recoge por la cintura, me aprieta con suavidad contra su cuerpo que comienza a irradiarme con su calor y, al compás de la música, comenzamos a mecernos en la bachata más ardiente y erótica que haya bailado en mi vida. Y no porque ninguno de los dos haya traspasado ninguna línea, sino porque, aunque no queramos, es inevitable el incendio que se crea cuando estamos cerca el uno del otro.

Nuestros cuerpos están demasiado juntos y ya hablan por sí solos, como si se conocieran desde hace mucho tiempo. La tensión sexual es palpable y tengo la sensación de que cualquier movimiento en falso, puede desencadenar una pasión irrefrenable.

Termina la canción y ambos hemos quedado de frente mirándonos a los ojos. Una profesora de baile que tuve decía que siempre había que mirar a los ojos a tu pareja de baile, pero seguro que no tenía ni idea de lo difícil que puede llegar a ser eso, con este hombre y el volcán de sentimientos que me provoca con su sola mirada.

Acerca mis labios a los suyos muy despacio, como pidiendo permiso y yo me siento hechizada por la situación, sin hacer nada al respecto.

Aunque si creíamos que el destino no tenía más cartas guardadas para esta noche, nos equivocábamos y bien, porque en el preciso momento en que sus labios iban a rozar los míos y la situación estaba a punto de lanzarse por un precipicio, aparece en el aire la canción “Don’t you cry” y me golpea con furia utilizando el recuerdo de Freddy y la tremenda llorera que me di, escuchándola el día de su entierro.

Siento como si me hubieran dado una bofetada y automáticamente doy un paso atrás, frustrando el intento de beso.

-Lo siento, tengo que ir al baño -digo saliendo de allí a toda máquina y dejando a un desconcertado Ian, de pie en medio de la sala y mirándome como si no entendiera nada.

Yo tampoco entiendo nada y muchos menos las señales que el universo me envía. ¿No se supone que deberían ser para ayudarme? Pues yo cada vez estoy más perdida porque si quiere lanzarme a los brazos de Ian ¿por qué me golpea con el recuerdo de Freddy, siempre en el momento menos indicado?

Capítulo 12: De vuelta al nido.

Me despierto bastante aturdida y sin saber a priori dónde me encuentro. He pasado una noche horrible ya que apenas he podido pegar ojo. Todas y cada una de las imágenes con Ian la noche anterior, vienen corriendo a mi cabeza y comienzo a situarme.

Recuerdo su cara de tristeza cuando alegué que estaba muy cansada y quería irme a dormir. Es una de las cosas más difíciles que he hecho en esta vida, pero me siento orgullosa de haber dominado mis instintos primarios, aunque eso me haya supuesto acostarme dolorida del calentón. Sí chicos, sí, también hay un punto de sobrecalentamiento en que nos empieza a doler. Yo, anoche, alcancé el mío.

Voy al baño, me lavo los dientes, me arreglo un poco el pelo y bajo a la cocina como una zombi en busca de café. Parece que estoy sola, así que, si quiero sobrevivir, habrá que encontrar la cafetera. Comienzo a rebuscar por todos lados, sin mucho éxito y cuando mi mala leche empieza a despertarse...

- ¡Buenos días bella durmiente! -oigo a mi espalda.

Me giro y le veo apoyado en el quicio de la puerta, vestido con un pantalón corto de chándal negro que le sienta de fábula y una camiseta blanca que se ajusta con devoción a sus perfectos músculos.

¡Quién fuera camiseta! ¡O pantalón! Y puestos a entretenerme, me doy un paseo por sus fornidas y musculosas piernas, con el justo vello para hacerlo más varonil, si cabe.

-Buenos días -mi mala leche se esfumó al verle y se ha convertido en la voz de la sirenita Ariel.

-No sabía muy bien qué querías desayunar, así que he traído un poco de todo - alega mostrándome una bolsa de papel que trae en la mano, tomando posesión de la cocina y descubriendo al fin la ansiada cafetera.

-Yo sólo desayuno café -aunque pretendía seguir con mi melodiosa voz, creo que esto ha sonado más imperante de lo que quería.

Pero es que ha sido ver la cafetera y entrarme el mono.

-Si me das cinco minutos, te llevo el desayuno a la terraza -implora expectante.

-Está bien, como quieras -me resigno.

Vuelvo a sentarme en el balancín de ayer y observo el relajante paisaje que me ofrece la naturaleza, con su dulce trinar de los pájaros, el aire puro invadiendo mis maltrechos pulmones, el sol calentando con sus ya fluidos rayos, ...

¡Mierda, el teléfono! Así no hay quién se relaje.

- ¿Sí? -Enciendo un cigarrillo.

-Eva, soy María. Perdona por no mandarte ayer el mensaje, pero llegué, y entre una cosa y otra se me hizo muy tarde, así que preferí esperar hasta hoy para llamarte.

- ¡Ay tata! Si te cuento lo que ha pasado... -a ver por dónde empiezo y sin café.

- ¿Qué ha pasado Eva? No me asustes.

Le hago un breve resumen del asalto de ayer y de que pasé la noche en casa de Ian. Le digo que esté tranquila, que estoy bien y que no ha ocurrido nada que haya que lamentar, más allá de que tengo la casa patas arriba y no me dejan volver a organizarla.

-Desde luego, no puedo dejarte sola ni cinco minutos. Vente a Logroño, -me dice cuando acabo de ponerla al día- podemos pasar unos días aquí y cuando todo se calme, volvemos y yo misma te ayudo a colocar tu casa de nuevo, ¿te parece?

-Sí, la verdad, lo necesito -cuando lo que realmente necesito es salir del radio de atracción de Ian.- Voy a ver cómo lo hago y te aviso.

-Perfecto, espero tu llamada.

En ese momento aparece mi anfitrión, con una bandeja en la que trae café y un amplio surtido de viandas. Parece que lo de “sólo café” no le entró en la cabeza.

Cojo la taza de café, después de no sé cuántas vueltas ha dado hasta que ha quedado a mi gusto, y apuro un par de sorbos. Mi cuerpo se va reconfortando al paso del líquido y cuando me siento preparada, anuncio.

-He hablado con mi hermana y me gustaría irme a Logroño.

-Si es lo que te apetece, me parece bien, pero quiero que sepas que puedes quedarte aquí el tiempo que desees -busca mi mirada y añade- estás en tu casa, Eva.

-Gracias -musito- tienes una casa muy bonita y muy grande, aunque ahora mismo, necesito el amor y los cuidados de los míos.

Noto en su mirada un cambio, como si lo que ha escuchado, no le hubiera gustado nada. Suspira antes de continuar.

- ¿Puedo al menos llevarte? Ya que no dejas que cuide de ti.... -me lo dice poniendo esa mirada a la que no puedo negarle nada.

- ¿Hasta Logroño? Yo....

-Tranquila en cuanto te deje con tu familia me vuelvo. Sólo quiero asegurarme de que llegas bien y estás en buenas manos -es todo un caballero.

-Bueno...yo...-es la primera vez en mi vida que no sé qué decir.

Pero claro, es la primera vez en mi vida que un hombre, y no cualquier hombre, ¡un pedazo de hombre!, se ofrece a llevarme a ciento cuarenta kilómetros como quién te dice que te acerca al súper de la esquina.

Así que, un par de horas después, estamos en su coche rumbo a casa de mis padres. Se ha cambiado de ropa y ahora me deleita con esos vaqueros desgastados que se le ajustan como una segunda piel y una camisa del mismo color que sus preciosos ojos azules. No se puede negar que este hombre es un Dios bajado del cielo, y todavía no puedo asimilar que sea el hermano de Freddy, y que sea él, y no Freddy, quién esté aquí conmigo.

El trayecto se me hace de lo más corto pues afortunadamente, esa cómica complicidad que nos caracteriza, volvió y tomó las riendas de la situación; así que hemos venido riéndonos todo el camino y antes de que me haya querido dar cuenta, ya estaba en el portal de casa de mis padres, despidiéndole con dos besos y sintiendo que se lleva una pequeña parte de mí. Aunque todavía no sé a qué órgano corresponde.

El recibimiento que me ofrecen en casa, como siempre, merece volver una y otra

vez. Después de media hora de besos, abrazos y las típicas preguntas de siempre, dejamos a mi padre viendo las carreras de coches en el salón y las tres, nos vamos a la cocina para poder hablar tranquilas.

De momento hemos decidido no decirle nada del allanamiento a Joserra, mi padre, para que no se altere. Tiene un poco delicado el corazón y todos los sustos que podemos evitarle, pues lo hacemos en beneficio de su salud.

Esther, mi madre, prepara unos Martini mientras voy contándoles, con todo lujo de detalles, lo que ha ocurrido en apenas dos días, desde que María se vino.

Trato de pasar el tema del asalto lo más rápido que puedo, pues estoy hastiada de contar una y otra vez la misma historia, pero, claro, ellas quieren saber.

-Pues a mí me parece todo de lo más extraño -dice la rubia.

-La verdad -añade María- es que desde que pasó lo de Freddy, todo se ha descontrolado.

-Bueno, ¿y qué pasa con el hermano? -pregunta mi madre que ya está expectante por saber más.

A saber lo que María le ha contado ya; aunque claro, ninguna de las dos sabe la noche que yo pasé ayer, que me acosté con un calentón que podría haber arrasado el Amazonas, en milésimas de segundo.

-Eso; cuenta, cuenta -apoya mi hermana.

Y poco a poco voy describiendo cada situación, lo más precisamente que soy capaz. Hablo, hablo y hablo hasta que reparo en que no sé cuánto tiempo llevo hablando de Ian, y de las muchas cosas que tenemos en común, y de las otras mil que me encantan de él, y de ese extraño, pero poderoso magnetismo que trata de conseguir siempre que nos rochemos, aunque sea algo efímero; y cuando salgo de mi locuaz trance, observo que las dos me miran embelesadas, con cara de soñadoras y, al callarme yo, ambas suspiran a la vez.

-Y eso, ¿qué significa? -pregunto confundida- Así no me ayudáis mucho, la verdad.

- ¡Ay mi niña! -dice la rubia acariciándome la cabeza, como si algo grande estuviera por venir y yo, ni siquiera lo estuviera oliendo.

Mi hermana me mira, suspira y sonrío cuál cómplice de una información que

desconozco.

- ¿Queeeeé? -ya me están poniendo negra.

- ¿Sabes qué? -dice la rubia de pronto- Que nos vamos a arreglar y nos vamos a tomar el marianito a la calle Laurel.

-¡¡Bieeeeeen!! -María y yo al unísono.

Ni cortas ni perezosas, una vez arregladas, le decimos a mi padre que nos vamos, que tenemos que pasar por el supermercado y que vamos a tomar algo y, carrito en mano, salimos las tres de casa.

Lo primero que hacemos es dejar el carro atado en el supermercado y nos vamos directas a la senda de los elefantes. Así es como llaman a la calle Laurel, porque entras bien y sales con una trompa que ni los elefantes. Es la calle más famosa de Logroño, llena de bares cada uno especializado en alguna tapa riquísima y dónde, los fines de semana, se da cita gente de casi cualquier sitio de España; sobre todo para celebrar despedidas de solteros.

Así que normalmente, es una calle de la que es difícil salir sobrio y sin haber conocido a nadie de la otra punta del mapa.

Como no podía ser de otra manera, nosotras conocimos a unas chicas de Huesca que estaban pasando el fin de semana y a una pareja de Santurce que andaba haciendo no sé qué negocios raros. Nos reímos muchísimo con Paula, una de las chicas de Huesca que tenía un acento maño que cualquier cosa que nombraba, la convertía en chiste. Una mujer de ésas que dejan huella.

Como quiera que fuere, nos juntamos todos sumando una cuadrilla de ocho personas y recorrimos la senda entera y parte del extrarradio hasta que, a eso de las ocho de la tarde, María exclama:

- ¡El carro! ¡Cierran el súper a las nueve!

Y así fue como después de intercambiarnos los teléfonos y hasta crear un grupo de WhatsApp, volvimos a casa, después de seis horas de vermut y con cinco amigos nuevos.

La cara de mi padre al vernos entrar más torcidas que derechas, no decía nada bueno y ¡menos mal que llegamos a tiempo de rescatar el carro!

Aunque para ello tuvimos que cruzar medio Logroño a la carrera para que no

cerraran la tienda.

Al llegar, mi madre fue a recoger el carro a la cadena donde lo dejó enganchado y a la cual, hay que ponerle una moneda para poder atarlo y te llevas una llave con la que luego lo recoges.

El caso es que mi madre metió la llave, sacó el carro, pero allí no había ni rastro de la moneda y, muy resuelta ella, se fue directa al chico que tranquilamente cobraba en la caja en ese momento, y le formó un pollo de aúpa porque sus cincuenta céntimos no estaban dónde tenían que estar. Al final, parece ser que ni tan siquiera había metido ninguna moneda y lo que aún estamos preguntándonos, es cómo consiguió que el carro se quedase atado.

Menos gracia le hizo a mi padre que, sin enterarse de nada, contemplaba cómo las tres a la vez, nos desternillábamos de la risa haciendo conjeturas, acerca de cómo había podido la rubia, atar el carro sin moneda.

Es cuándo por fin me acuesto en la cama, después de recibir las cariñosas buenas noches de mi madre, que me doy cuenta de lo cansada que estoy por lo poco que dormí anoche. Y la noche anterior.

Y al pensar en mi desvelo, entra con fuerza entre mis pensamientos Ian.

Le recuerdo bailando con sus sensuales movimientos, su ardiente mirada clavada en mí, su seductora sonrisa, su voz que me tiene hechizada y cada vez que la oigo, una extraña reacción en cadena entra en juego, casi igual a cuando le veo.

Es mucho más que el tembleque, es un galopar del corazón que me recuerda que estoy más viva que nunca, es un ardor en la piel que estalla con su contacto, una ansiedad de roce cuando se acerca y la máxima expectación cuando me roza.

Pues ya me he desvelado otra vez y lo peor es que el calentamiento global, ha pasado a amenazar a mi cuerpo, cada vez que pienso en él. Me levanto a fumarme un cigarro a la cocina. Bueno ya que estamos, me pongo algo de beber que necesito refrescarme un poco.

Cinco minutos después aparece María por la puerta.

- ¿Tú tampoco puedes dormir?

-A éste paso tendré que acabar tomando pastillas o algo peor.

-Fúmate un porro.

- ¡María!

- ¿Qué? ¿No has oído hablar de la marihuana terapéutica?

-Bueno, visto así... -lo sopeso un segundo- aunque con la cantidad de policías que hay rondando en mi vida....

Las dos estallamos en una sonora carcajada y empezamos a imaginar tonterías, como que nos meten en la cárcel por tráfico de drogas.

-Bueno -se pone seria de pronto- así al menos, estaría más cerca de Jorge.

- ¿Qué pasa aquí chavalitas? -llegó la que completa el trío.

La noche se alarga entre confesiones y risas hasta que, a eso de las cuatro de la mañana, nos volvemos a acostar todas por segunda y última vez.

Capítulo 13: Montando guardia.

Hace apenas tres días que dejé a Eva en casa de sus padres y no he podido sacármela de la cabeza ni un instante. Debo de tratar de centrarme en descubrir qué pasó con mi hermano y una buena ocasión, será mañana que he quedado con Laura para acompañarla a comisaría, a rellenar unos papeles.

Paso a recogerla a las diez, tal y como habíamos quedado, pero cuando paro el coche en la puerta, la veo charlando con el inspector ése que tan poquito me gusta.

Edgar creo que se llama, y si ya desde la primera vez que le vi con mi cuñada no me dio buena espina, los comentarios el otro día en casa de Eva me gustaron menos aún. Sólo de recordar cómo la miró, me pongo enfermo.

Los veo despedirse; Edgar le da un beso en la mejilla demasiado efusivo para mi gusto, y ella se dirige hacia mí. Es una mujer de mediana estatura, morena y de ojos castaños a la que siempre le gusta ir bien arreglada.

- ¡Buenos días Ian! -suenan muy alegres para la situación en la que estamos.

- ¿Qué te traes con ése entre manos, Laura? -directamente.

- ¿Con Edgar? -se atusa el pelo y parece nerviosa- Nada en especial. Ya nos conocíamos de antes y desde que entraron en casa el otro día, se ha portado muy bien con nosotros. Nada más.

-No me gusta Laura. Preferiría que no te acercaras demasiado a él.

-Venga Ian, no empieces con tus paranoias. ¡Todos los polis sois iguales! -resopla como si estuviera harta.

-Como quieras, pero que conste que te he avisado.

-Vamos arranca o no llegaremos nunca. Tengo muchos papeles que hacer aún.

Al llegar a comisaría, nos llevan directamente al despacho del comisario Romero. Es un viejo amigo que hizo la mili conmigo y después acabó trabajando con Freddy, hasta que Rubén Romero ascendió y Freddy quedó a sus órdenes. Siempre hemos mantenido una relación estrecha y familiar con él. En los últimos años ha

engordado mucho y sus rizos negros de antaño, luchan contra el paso del tiempo, perdiendo la batalla ante las evidentes canas.

Nada más vernos entrar, se levanta de su sillón y se acerca a nosotros; me estrecha la mano y a continuación le da dos besos a Laura y le vuelve a expresar su pésame por lo ocurrido. Nos invita a tomar asiento y una vez acomodados, saca unos formularios de una carpeta y se los ofrece a mi cuñada para que los rellene.

-Pero cuéntame Ian ¿qué tal te tratan en Bruselas?

-Bien, muy bien. Mucho trabajo, pero no me quejo -explico.- Me han dicho que han decretado el secreto de sumario en el caso de mi hermano -cambio de tema.

-Sí, eso parece -me responde sin mucho ánimo- el juez dice que prefiere que sea así porque es un asunto policial, ya sabes, mero trámite.

-Ya, claro -hago una pausa mientras le observo sacar un pañuelo y secarse el sudor- Me hubiera gustado ver el resultado de los análisis de Jorge.

-Bueno, tendrás que esperar a que salgan a la luz. Mientras esté en secreto no puede saberse nada -se ríe como quién ha contado un chiste gracioso. Maldita la gracia que me hace a mí.- De todas maneras, la línea de investigación estaba tratando de interrogar a esa mujer... ¿cómo se llama? -ahora se pone serio.

- ¿Eva? -disfruto un instante de su nombre.

-Sí eso, Eva Ruiz -hace una pausa.- Pero bueno, ahora está en manos de la policía judicial, así que habrá que esperar.

-Rubén, ¿tú crees realmente que esa mujer tenga algo que ver?

- ¿Y tú lo dudas aún? -Laura levanta la cabeza y su pregunta suena atronadora.- Siento mucho decirte Ian, que tu hermano murió por ser un cabrón y bien sabe Dios que no me alegro, pero cada uno tiene lo que se busca.

Me llama poderosamente la atención, la diferencia de sentimientos hacia Freddy, entre Eva y Laura; a pesar de que las dos han sido engañadas, mientras una parece estar de maravilla e incluso sentirse liberada, la otra sufre un tormento enorme, del cual he sido testigo, por sentirse atada a alguien que ya no está. Que nunca volverá.

-Yo sólo me remito a las pruebas Ian; no tengo que creer nada -contesta Rubén.

-Pues en ese caso, creo que no hay ninguna prueba que inculpe a la señorita Ruiz de nada ¿no?

- ¿La estás defendiendo Ian? -Laura me lanza una mirada amenazadora.- ¡No me lo puedo creer!

-Simplemente recalco la verdad. Ella ni tan siquiera estaba en el lugar del crimen y, bueno, aunque se estuviera acostando con los dos, cosa que dudo, eso no la convertiría en culpable de nada.

-Pero ¿qué estás diciendo? ¿Tú también has caído en sus garras? -me ladra mientras se levanta y se dirige a la salida.- No me esperaba esto de ti, Ian; pensaba que eras más racional -añade antes de salir dando un sonoro portazo.

Rubén me mira con cara de circunstancia y se encoge de hombros cuando ella abandona el despacho.

-Está muy nerviosa, eso es todo -digo para disculparla.

-Claro, es normal. Ve con ella, te necesita. -Se incorpora tendiéndome la mano y dándome a entender que nuestra conversación ha terminado.- Deja este asunto en nuestras manos, tú sabes que yo le tenía un gran aprecio a tu hermano y le haré pagar a su asesino.

Salgo deprisa del despacho tratando de alcanzar a Laura, pero al llegar a la puerta, a través de los cristales, la veo alejarse caminando con Edgar del brazo.

No es que su gesto delate nada más allá de la amistad, aunque me empiece a mosquear tanta aparición juntos y no me gusta nada. Demasiada confianza.

-Edgar siempre le ha tenido mucho cariño a tu cuñada -oigo una voz a mi espalda.

- ¿Perdón? ¿Nos conocemos? -pregunto al tiempo que me giro para ver a mi interlocutor.

-No, creo que no. Soy el inspector Luis Álvarez, compañero de Edgar.

-Inspector Ian Baeza, encantado -digo estrechándole la mano.- ¿Hace mucho tiempo que son amigos? -hago un gesto con la cabeza señalando a la pareja que sigue caminando ajena a nuestra conversación.

-Se podría decir que sí. Y ahora si me disculpa, tengo una misión que cumplir y he de ir a buscar a mi compañero.

-Por supuesto, ya nos veremos.

-Sí -se gira antes de salir y añade- nos veremos.

Toda esta situación me deja más intrigado de lo que ya estaba esta mañana, cuando pasé a recoger a Laura y los vi.

Tampoco la reacción de Rubén ha sido la que yo esperaba, así que de una vez por todas y, ahora que no tengo a Eva distrayéndome, voy a empezar a trabajar por libre. Saco el teléfono y marco el número.

- ¿James? Soy Ian ¿qué tal va todo por Bruselas?

-Te echamos mucho de menos, hay mucho trabajo por hacer -se ríe.- Pero cuéntame ¿qué tal te va en tus vacaciones? Espero que estés cargando las pilas.

-De eso precisamente quería hablarte. Tengo un asuntillo entre manos y me va a hacer falta que me eches un cabo.

-Bueno cuéntame, ya sabes que en lo que pueda te ayudaré.

James y yo somos muy buenos amigos ya que cuando entramos en la Interpol, fuimos compañeros durante año y medio hasta que él ascendió a capitán y ahora, trabajo bajo su mando la mayoría de las veces. Trabajamos muy bien juntos y es la persona en la que confío plenamente. Le pongo al corriente de todo lo sucedido y de todas las sospechas que tengo, porque las piezas de éste puzle no encajan, y como primer favor le pido que trate de averiguar qué decían los análisis que le practicaron a Jorge.

-Bueno, no prometo nada porque tú mejor que nadie sabes, que si han decretado el sumario poco se puede hacer -hace una pausa.- Pero si mal no recuerdo, tengo un par de contactos que quizá puedan ayudarnos.

- ¡Genial! Lo dejo en tus manos.

-Dame unas horas y veré qué puedo hacer.

Lo primero que decido hacer mientras espero noticias de James, es vigilar a Laura y a Edgar de cerca. Tengo que averiguar qué se traen entre manos, así que lo primero es alquilar un coche y caracterizarme un poco para evitar que nadie pueda reconocerme.

Alquilo un Seat León negro tamaño más bien pequeño. Cuanto más desapercibido pase el coche, mejor. Voy a mi casa y me disfrazo con una barba postiza, unas

gafas de pasta que no tienen graduación, una gorra negra y me dispongo a montar guardia frente a la que fue la casa de mi hermano.

Durante horas observo el trajín normal de su día a día; Laura ha ido a buscar a los niños, luego ha estado en el parque tomando café con otras mamás y por último ha vuelto a casa sola con sus hijos.

Hace ya rato que están dentro y no hay movimiento. Sólo se ve la luz del televisor saliendo por la ventana del salón. Mi pensamiento se marcha junto a Eva y trato de imaginar qué estará haciendo en este momento.

Le mando un mensaje porque ya no soporto ni un minuto más sin saber de ella.

“¿Piensas tanto en mí como yo en ti?”

He procurado darle espacio pues me pareció que lo necesitaba y tampoco quería agobiarla más de lo que está. Supongo que no es la mejor de las situaciones para ella, después de todo. Y ahora que me acuerdo de la conversación con Rubén esta mañana, no logro entender aún ese empeño por meter a Eva en medio. Es todo muy raro, pues si querían haberla interrogado podrían haberlo hecho ya, pero no lo han hecho, ¿por qué?

Demasiadas incógnitas en el ambiente cuando mi teléfono anuncia que tengo un mensaje.

“No sé exactamente cuánto piensas en mí...”

Al momento de leerlo me arranca una sonrisa y me gustaría explicarle que pienso en ella a todas horas, que sus ojos me tienen hechizado y que su sólo contacto, me enciende como un volcán en erupción; pero no quiero agobiarla.

Un momento, veo acercarse a alguien. Es un hombre, sí es él; es Edgar. Se acerca a la puerta, toca el timbre y dos segundos más tarde, Laura abre la puerta vestida con ropa informal, de estar por casa. Unas mallas negras y una camiseta ancha de color blanco.

Se saludan con un beso en la mejilla y ella se hace a un lado para dejarle pasar. Antes de entrar, él mira a ambos lados como si quisiera garantizarse de que nadie le ve y se pierde en el interior. Se cierra la puerta.

Suena el móvil.

- ¿Jan?

-Dime James ¿tienes algo para mí?

-Ya lo creo amigo. No creas que no me ha costado lo mío, pero...

-Pero ¿qué? Habla de una vez que me tienes en ascuas.

-Siempre tan impaciente. Pues que los análisis de Jorge han revelado un alto contenido en escopolamina.

- ¿Burundanga?

-Sí, ese chico iba tan drogado que es normal que no supiera ni quién era.

-Eso quiere decir que...

-Quiere decir que alguien, drogó a su compañero para que matara a tu hermano y luego ha querido hacerlo pasar por un lío de faldas.

- ¿Sabes James? Esa versión empieza a encajarme más, ahora tienen sentido muchas cosas, aunque aún hay que atar varios cabos y sobre todo...

-Las pruebas -me interrumpe como siempre- necesitas descubrir quién fue y reunir las evidencias suficientes para llevarlas ante el juez.

-Vamos por partes amigo. Lo primero es averiguar quién fue.

- ¿Tienes alguna sospecha?

-Empiezo a tener alguna. Gracias James.

Cuando cuelgo el teléfono, mi cabeza comienza a trabajar y empiezo a preguntarme si la extraña amistad de mi cuñada y ese tipo, no tendrá algo que ver en todo este asunto. Por lo pronto no pienso quitarles el ojo de encima si bien, mi olfato policial me dice que me dedique más a vigilar a Edgar.

Sigo en el coche esperando ahora que él salga; lleva media hora dentro y ninguna luz se encendió, ni se observó movimiento alguno.

Pienso en Eva y en contestarle al mensaje que me envió hace un rato. Le doy vueltas durante cinco minutos y, aunque resulte raro, quiero decirle tantas cosas que no sé qué poner.

“¿Cuándo vuelves?”

Vale ya sé que me había propuesto no agobiarla, pero la extraño tanto...

“Es tarde ¿qué haces despierto?”

No parece que tenga intención de volver pronto.

“Pensar en ti...”

“¿Me echas de menos?”

Si ella supiera cuánto....

“Más de lo que quisiera”

“Nos veremos pronto”

Mi corazón da un brinco sin esperarlo al leer su promesa.

“Espero impaciente...”

Capítulo 14: Tirando del hilo.

Hacia las cinco de la mañana, un Audi negro se para delante de la puerta. En seguida veo salir a Edgar apurado, cierra la puerta de casa tras de sí y se monta en el coche que inmediatamente, arranca a una velocidad considerable. No hay ni rastro de Laura.

Sin dudarle un instante decido seguirles; creo que el que conduce, es ése Luis que se presentó esta mañana, su compañero.

Sale de la ciudad y coge la autopista dirección Madrid; imagino que vamos más lejos de lo que pensaba. Durante más de cinco horas conduzco siguiéndoles a una distancia más que prudencial; apenas han parado quince minutos para tomar un café y entrar al baño. Yo no me he movido del coche, aunque sí he aprovechado a repostar y a orinar detrás de unos setos. No quiero perderlos de vista y tampoco puedo arriesgarme a que descubran que los están siguiendo, así que toda precaución es poca.

Retoman la marcha y durante casi otra hora, seguimos quemando carretera hasta que, al fin, llegamos a Valencia hacia las once de la mañana.

Lo primero que se me viene a la mente, es que quizá ellos estén investigando algún caso que les haya traído hasta aquí.

Llegan a una calle bastante estrecha y céntrica de la ciudad, aparcan el coche y apenas sacan una pequeña maleta, entran en un portal.

Justo al lado hay una degustación en la que seguro ponen un café buenísimo. Me empieza a hacer falta algo de cafeína y con el olor a grano tostado del establecimiento, llega de nuevo el recuerdo de Eva y esos maravillosos despertares que tiene.

Parece una niña enfurruñada hasta que no se toma su primer café. Sonrío casi sin quererlo al tiempo que pido el mío para llevar y, de paso, me llevo también algo de comer pues parece que la andadura va a ser larga.

Vuelvo al coche dispuesto a seguir mi guardia y, en escasos cinco minutos, les veo salir del portal de nuevo. Luis lleva una bolsa de un conocido supermercado en la

mano. Los dos caminan tranquilamente un par de manzanas y, al llegar a una intersección, Luis se mete a un supermercado de la misma marca que la bolsa de compra que lleva, y Edgar se va derecho a un bar que hay justo enfrente, haciendo esquina.

Estoy aparcado en la misma intersección, así que desde mi posición puedo controlar los dos establecimientos. El bar me ofrece más campo de visión, pues tiene unas cristaleras que me permiten ver cómo Edgar se acerca a la barra, pide un café y abre el periódico. Muy normal todo, pero no para dos policías que vienen desde Bilbao a las cinco de la mañana.

Transcurren diez minutos y Luis sale del supermercado, esta vez con dos bolsas de compra que parecen llenas de productos, pero yo dudo mucho que hayan venido hasta aquí por las ofertas del súper.

Entra en el bar y estrecha la mano de Edgar como si hiciera tiempo que no se ven. Ese detalle llama poderosamente mi atención. Piden algo al camarero y Edgar entra al baño; ahora es Luis quién ojea el periódico. Cuando sale del baño, apenas un par de minutos después, tranquilamente se toman el café e incluso comen un par de pinchos de tortilla. Al terminar, pagan y salen de nuevo juntos, en dirección al piso dónde llegaron al principio.

El resto del día apenas han salido un par de horas del apartamento y yo aprovecho su vuelta, para llamar a mi hacker y pedirle algunos detalles acerca del alojamiento en cuestión.

La oscuridad de la noche me ha permitido saber en qué piso están, pues cuando volvieron de tomarse un par de cañas, de un bar que hay dos calles más allá, la luz que encendieron al entrar los delató.

- ¿Alonso?

-Dime Ian ¿qué necesitas?

-Necesito todo lo que puedas reunir acerca de una dirección que te voy a dar; quiero saber si la propiedad es alquilada o no y a nombre de quién está.

-Perfecto, dame los datos.

Reconozco que estoy agotado; apenas he dormido la última semana y llevo dos noches de vigilancia. En este momento es cuándo echo de menos un compañero que me releve. Y también a Eva.

Sobre las cuatro de la mañana me despierta el vibrar del móvil; parece que ha sido inevitable echar una cabezadita.

-Te escucho Alonso.

-Es un apartamento alquilado a nombre de Andrea Gómez, ¿te dice algo?

-Andrea Gómez... -pienso por un segundo porque me suena mucho - ¿qué más tienes?

-Poco más, se alquiló hace dos años y según los vecinos apenas viene gente. Todo está en orden.

- ¿Según los vecinos? -no puedo evitar echarme a reír- Cada día eres más eficaz Alonso. Gracias.

-Tengo mis recursos, ya sabes. Cuídate.

No paro de dar vueltas en mi cabeza a la información que acaban de proporcionarme. Andrea Gómez es la mujer de Rubén el comisario, pero, ¿qué tiene que ver ella en todo esto?

Lejos de aclararse, cada vez se complica más el asunto, pero desde luego, cuanto más se complica, más se aleja de Eva y, a mi modo de entender, también de Jorge.

A la mañana siguiente, a eso de las diez, los dos vuelven a salir del portal y repiten la misma operación del día anterior, pero ésta vez es Edgar quien entra en el supermercado y Luis el que se va a esperar al bar, mientras lee el periódico.

Como el día anterior, cuando Edgar vuelve al bar, le estrecha la mano a Luis y, ésta vez es él quien va al baño. Terminan el desayuno y vuelven al piso. Y así, tres días consecutivos en los que se van alternando los papeles.

El tercer día, después del desayuno y de volver al apartamento, media hora después, bajan con la misma maleta del primer día, se montan en el coche y vuelven a Bilbao.

Lo primero que hacen es pasar por comisaría y tras una hora más o menos, salen y cada uno se vuelve para su casa en sus respectivos coches.

Es pronto para saber aún, si el tema que les llevó a Valencia es algo oficial o no, aunque sí me doy cuenta de que me va a hacer falta algo de ayuda porque yo sólo,

no voy a poder controlar todo lo que me gustaría.

Si la policía judicial tiene los resultados de los análisis de Jorge, no deberían tardar mucho en soltarle. O quizás lo están reteniendo por su seguridad.

De momento voy a darme una ducha y a descansar algo porque estoy agotado y necesito dormir. Mañana iré al juzgado a ver si alguien puede decirme cómo está el tema de Jorge y, si tengo suerte y lo sueltan, seguro que querrá ayudarme.

En cuanto llego a casa y enciendo la Tablet para poner algo de música, lo primero que suena es “Andas en mi cabeza” de Chino y Nacho.

Me pierdo entre la letra de la canción que me lleva directamente a la noche que bailé con Eva en este mismo salón.

Así como la canción, ella es la que me ocupa la cabeza a todas horas y este sentimiento empieza a darme vértigo, pues nunca había tenido semejante necesidad de nadie. Ardo en deseos de volver a verla, aunque sólo sea para bailar y reírnos; lo demás me ha quedado claro que mientras perdure el recuerdo de Freddy, va a ser difícil.

Debe ser el cansancio que me pasa factura y me hace tener pesadillas, en las que veo a Eva haciendo el amor con mi hermano y a mí me queman los celos por dentro. Sin poder soportarlo, me veo asesinando a mi propio hermano, clavándole un cuchillo con una furia inusual, delante de ella que me mira con terror y repugnancia. Es peor el dolor que me produce ese gesto en ella, que verla con mi hermano que yace ensangrentado a mis pies.

Me despierto sobresaltado y empapado en sudor. Son las siete de la mañana. Buena hora para ducharme, tomar un café y llegar hasta el juzgado a ver si averiguo algo. Con suerte, me saco la pesadilla de la cabeza.

Poco después de llegar al juzgado y hacer un par de preguntas, me informan de que los agentes que llevan el caso, son Fernando Prieto y Roberto Escudero. Me comunican que no están en el edificio en ése momento pero, al parecer, no tardarán en llegar porque tienen una cita con el juez que lleva la instrucción del caso.

Busco una máquina de café y me dispongo tranquilamente a esperar.

Enseguida alguien se acerca. Es un hombre de mediana edad, con una poblada

barba que hace honor al pelo que le falta en la cabeza. Lleva unas gafas redonditas y pequeñas, apoyadas sobre su afilada nariz, y me mira por encima de ellas.

-Perdón ¿es usted el inspector Ian Baeza?

-Sí, ¿con quién tengo el gusto?

-Soy Ángel Rubio -dice tendiéndome la mano. Se acerca a mi oído y me susurra- Su hermano me habló de usted.

-Y usted ¿es? -Cada vez estoy más intrigado.

-Soy el forense que llevó el caso -de pronto cambia la actitud, carraspea y de nuevo se acerca para decir- Deje las cosas como están, si no quiere lamentar males mayores.

Y sin más, se marcha dejándome con una nueva incógnita que despejar. Detrás de él aparecen dos agentes que se identifican como los que llevan el caso de mi hermano, aunque lo primero que hacen es advertirme de que no pueden contarme nada por el sumario.

Los dos son bastante altos, más o menos de mi estatura, y morenos; si bien uno tiene los ojos negros y el otro color miel. De primeras, los dos se muestran poco propensos a colaborar.

Trato de sonsacar algo acerca de Jorge, pero no hay forma de que suelten prenda. Tras un rato intentando franquear el sumario, me doy por vencido y me despido.

Pero cuando voy a salir por la puerta, uno de ellos, Roberto, el de los ojos color miel, me detiene para decirme:

-Jorge es inocente y no tardará en salir, aunque por su propia seguridad, le aconsejaría que nadie se entere de que está libre. Ya me entiendes -dice guiñándome un ojo.

-Muchas gracias, pero ¿por qué ese repentino cambio de actitud?

-Digamos que le debía un par de favores a tu hermano -y se aleja sonriendo.

A mediodía compro un arroz tres delicias y me siento en un banco del paseo que hay al lado de la ría. Hace un día maravilloso y necesito ordenar las ideas en mi cabeza. Contemplo el reflejo del sol sobre el agua y me dejo envolver por la sensación de que el verano está a punto de llegar.

Acuden a mi pensamiento las palabras del forense y no entiendo por qué éste hombre quiere que deje de investigar y a qué tipo de males mayores se estaría refiriendo. No me pareció que su tono de voz fuera amenazante, pero desde luego la frase, casi no deja lugar a dudas.

Espero que el tal Roberto tenga razón y suelten a Jorge pronto. Quizá pueda aclarar algo más sobre el forense como, por ejemplo, desde cuando conocía a mi hermano.

Mañana iré a visitarle a la cárcel para explicarle lo que he averiguado y trazaremos un plan pues, nadie, absolutamente nadie, debe saber que está libre. Lo primero será un cambio de look para evitar que le reconozcan.

Por la tarde paso a visitar a Laura para asegurarme de que todo está en orden. Los niños están jugando en la habitación mientras ella me prepara un café en la cocina. Parece un poco nerviosa, aunque tiene un brillo en la mirada que denota algo especial.

Viste bastante elegante para estar por casa e irremediamente recuerdo el día que recibió a Edgar, con un atuendo mucho más informal. Ese detalle, cuanto menos peculiar en mi cuñada, me lleva a confirmar el exceso de confianza. Si a eso le sumo que estuvieron juntos en casa hasta las cinco de la mañana, antes de que él saliera para Valencia, es casi obvio que entre estos dos hay algo más de lo que ella reconoce.

Lanzo alguna que otra indirecta al respecto, pero sus respuestas son esquivas y al cabo de un rato, alega que tiene algo que hacer y que está un poco apurada.

Me da la sensación de que quiere deshacerse de mí y no me voy a quedar sin saber el motivo real.

Salgo del edificio y, tras cambiar el coche de sitio, vuelvo caminando para quedarme detrás de un grueso árbol, a esperar.

Veinte minutos más tarde, confirmo la peor de mis sospechas, al ver llegar a Edgar y entrar en casa con Laura, después de besarla en la mejilla. Creo que ya he tenido bastante por hoy y me voy a mi casa a reponer fuerzas que mañana quiero madrugar para visitar a Jorge.

Capítulo 15: Bendita libertad.

Parece que he dormido mucho mejor porque me levanto a las ocho, con una energía totalmente renovada y las ideas algo más en orden. Una hora después estoy en la cárcel esperando que Jorge me reciba.

Cuando llega a la sala donde le estoy esperando, me estrecha la mano y los dos nos sentamos; uno a cada lado de la mesa.

- ¿Cómo va todo? -observo que tiene un ojo morado y alguna magulladura más en la frente.

-Todo lo bien que le puede ir a un poli en la cárcel -ironiza encogiéndose de hombros.- ¿Qué quieres que te diga?

-Tengo buenas noticias para ti -trato de animarle.

-Pues suelta que escasean últimamente -dice ansioso.

-Parece ser que tus análisis han revelado un alto contenido en escopolamina.

- ¡Burundanga! ¡Ahora tienen sentido las cosas! -exclama aliviado como quién se ha quitado un peso enorme de encima.

-Bueno, algunas cosas sí. Eso demuestra que, aunque tú disparaste el arma contra Freddy, estabas bajo los efectos de la droga de la voluntad, luego otra persona quería matarle y prefirió que tú te encargaras del trabajo sucio.

-Esto empieza a encajar -dice pensativo.

-Yo cada vez lo veo más complicado, pero prefiero que hablemos cuando salgas de aquí. Si no me han informado mal, será cuestión de horas.

-Espero que se den prisa, no tengo muchos amigos aquí dentro que se diga -hace un intento por sonreír.

-Haré un par de llamadas a ver qué puedo conseguir.

-No sabes cuánto te lo voy a agradecer, Ian -me mira suplicante.

-Sí que lo sé, Jorge; porque tú me vas a ayudar a llegar al fondo de todo este enredo.

-Bueno, lo primero es salir de aquí.

Llego al coche que tengo aparcado en la puerta de la penitenciaría y después de un par de llamadas telefónicas, me confirman que Jorge saldrá a mediodía.

No quiero imaginarme lo que puede suponer para un policía estar encerrado en el mismo recinto, donde están los delincuentes que ese mismo poli ha mandado allí. Recordar los golpes que lucía Jorge me da una ligera idea al respecto y no me extraña nada, la prisa que tiene por salir. A estas horas ya debe temer por su vida.

Decido hacer tiempo en las inmediaciones hasta que salga. Me siento en la terraza de una cafetería cercana a disfrutar del maravilloso día que hace y ojeo el periódico local mientras me tomo un café. Apenas puedo concentrarme en la lectura y saco el móvil para enviarle a Eva un mensaje.

Nada; no hay forma. Se me ocurren cinco millones de cosas que ponerle, pero ninguna me parece lo suficientemente buena. Es la primera vez que no sé qué decirle a alguien que me gusta. A alguien en general.

Llega la hora de la salida de Jorge y me acerco a buscarle, sin haber sido capaz de enviar el dichoso mensaje. ¿Cuela si digo que no quiero agobiarla? Tendrá que valer de momento.

Jorge me abraza cuando sale y mientras vamos de camino al coche, le voy poniendo en antecedentes de todo lo que he descubierto acerca de Edgar y Luis.

Él me cuenta que la rivalidad del primero con Freddy, fue latente desde el mismo día que Edgar conoció a Laura. Pero, según Jorge, ella nunca se lo miró siquiera.

Yo no estoy tan seguro de esa versión, pero de momento, prefiero callar lo que sé.

Le hablo del encuentro con Roberto y Fernando, los agentes judiciales, de los cuáles no ha oído hablar nunca. Le digo que es mejor mantener en secreto su libertad y que necesitamos caracterizarle, pero él me hace saber que sus prioridades son otras.

-No espero que lo entiendas Ian, pero necesito ver a María y lo necesito ya -baja la cabeza y coge aire.- Hay muchas cosas que necesito explicarle y no puedo centrarme en nada más hasta que la vea. Llévame a su casa por favor, luego haré lo que me pidas.

-Pero ella...está en Logroño, está en casa de sus padres.

-Pues llévame a Logroño entonces -afirma decidido.

El corazón me golpea con fuerza el pecho, tan sólo de pensar en volver a ver a Eva y de pronto, comprendo a la perfección el sentimiento que tiene Jorge de querer ver a María a toda costa.

-Supongo que querrás darte una ducha primero, ¿no? -pregunto guiñándole un ojo.- No pienso llevarte con esa pinta a ver a una dama -le arranco una carcajada.

-Gracias -dice mirándome a los ojos, al tiempo que palmea mi espalda en un gesto de complicidad.

Después de pasar por su casa para que se duchara y se cambiara de ropa, fuimos a comer algo rápido y enseguida, salimos dirección a Logroño. Menos mal que conocía la ubicación del día que traje a Eva; Alonso me hubiera matado si le pido esto también. Eso aparte del cachondeo que me hubiera costado, aguantarle diciéndome que no tengo remedio con las mujeres y bla, bla, bla.

Lo que él no sabe es que Eva no es cualquier mujer; ella es especial y así me lo hace sentir cuando está a mi lado. Y mejor aún, es que yo me siento igual de especial en ese momento, cuando ella está conmigo.

Jorge se baja decidido del coche, cuando yo sigo pensando en qué voy a decirle a Eva cuando la vea. Para cuando yo salgo, María aparece como una bala por la puerta del portal y se tira a los brazos de Jorge que la recoge en un infinito abrazo.

Por un momento siento envidia y ya me gustaría que Eva me recibiese a mí, así.

- ¿Y tú? ¿Qué haces aquí? -parece que yo no voy a tener tanta suerte.

-No te aceleres fierecilla, que vine a traer a Jorge -me mira dudosa.

Sólo se me ocurre sonreírle apelando a mi desaparecida seducción; y es que cuando la tengo delante, se me olvida respirar a veces.

Sigue mirándome y estoy empezando a ponerme muy nervioso; si sigue así, no voy a poder evitar besarla.

-Chicos...-carraspeo- ¿Os parece que vayamos a tomar algo? Podemos ir, no sé...

-Sí, adelantaros vosotros -me interrumpe Jorge- Me gustaría hablar con María

unos minutos a solas.

María mira a Eva y le hace algún tipo de seña que ellas conocen; ella resopla con resignación y pasando al lado mío, con un garbo que me deja tan helado como el aire que levanta cuando se aleja de mí, ordena:

-Sígueme.

Y yo, que estoy hechizado con su sola presencia, la sigo encantado y creo que sólo me falta menear la colita para parecer un perro ahora mismo. Pero feliz.

Ella camina delante de mí, ajena a todo lo que mi maquiavélica cabeza puede llegar a imaginar, cuando veo sus caderas moverse al andar. Lleva unos vaqueros ceñidos que le hacen parecer una diosa. Aunque yo ahora mismo me la esté imaginando sin ellos y vestida sólo con los preciosos zapatos de tacón que lleva hoy.

A escasos trescientos metros, llegamos a una cafetería en la que nos sentamos en una mesa.

- ¿Qué quieres tomar? -pregunto para ir a por las bebidas.

Me mira y vuelve a resoplar como si yo no supiera nada de la vida o la pregunta que acabo de hacer, tuviera la respuesta más obvia del mundo.

-Martini rojo.

Voy a pedir pensando que no he debido de pillarla en uno de sus mejores días. Eva puede ser un volcán que nunca se sabe cuándo va a entrar en erupción y yo no quiero jugármela con ella.

Rápidamente mientras espero que me sirvan, trato de idear algo con qué sorprenderla y arrancarle una sonrisa. Ya sé.

-Me pareció que no habías tomado café hoy -le pongo un café con leche delante - te he pedido uno como a ti te gusta: largo de café, con poca leche fría, desnatada y doble de azúcar -sonrío confiando en que funcione.

¡Funciona! ¡He conseguido que sonría! Lo hace tímidamente, pero lo hace. Parece que haber aprendido cómo le gusta el café, está dando sus frutos. El día que se quedó en mi casa, me costó tres cafés y un rato largo dar con la combinación exacta de todo; de leche, de azúcar, ... pero al final parece que sirvió de algo.

No se puede negar que Eva es una mujer de carácter fuerte que tiene las ideas bastante claras, aunque... ¡vaya ideas que tiene a veces! No es fácil lidiar con ella y mucho menos conquistarla. Me pregunto qué será lo que hizo Freddy para enamorarla. Ella no es el tipo de mujer que solía acompañar a mi hermano y desde luego él, no era el hombre más indicado para romanticismos. Él siempre ha sido más práctico; sólo buscaba pasárselo bien y decía que no quería poner etiquetas a nada, aunque yo siempre pensé que era la excusa para no comprometerse con nadie.

Cuando ya la situación se ha relajado, podemos comenzar a hablar más tranquilamente. Me cuenta lo que han estado haciendo estos días en los que su madre, su hermana y ella han aprovechado a salir de compras, de fiesta y a tener largas charlas nocturnas, como ella las llama.

Sus ojos brillan al hablar de su familia y me hace comprender que está muy unida a ellos. Es una pena que en la mía, nunca hayamos sido tan apegados.

Unos minutos después aparecen Jorge y María abrazados y muy sonrientes. María se sienta al lado de su hermana y Jorge se dirige a la barra a pedir. Reparo en que él no le ha preguntado a su chica qué quiere tomar y estoy expectante por saber qué le trae.

Observo reírse a las dos hermanas que tienen una complicidad extraordinaria; es la relación que a mí me hubiera gustado tener con Freddy, pero él, el trabajo, la distancia y alguna que otra cosa más, no propiciaron la relación.

Jorge me saca de mi ensimismamiento trayendo un Martini rojo para María y ya me queda claro que la respuesta era obvia.

Durante un rato escucho cómo los tres se van poniendo al día de lo que saben.

Jorge hace un breve y equivocado relato de su paso por la cárcel y creo que los detalles que ha preferido cambiar, no le hubieran gustado a María. Referente a los golpes ha dicho que se cayó por una escalera. Que quiera protegerla de todo a toda costa, me indica que la quiere mucho y, hasta lo que tengo entendido, su relación no ha comenzado demasiado bien, pues según me contó el mismo Jorge, su primer beso se lo dieron en el calabozo.

Yo me limito a decir que estamos investigando y que necesito que Jorge me ayude

para poder aclarar algunas cosas. En ese momento María y él se miran a los ojos y sin decir una palabra, veo que han llegado a algún tipo de acuerdo.

María se gira hacia mí y me suplica:

-Regálanos una noche, por favor -en ese instante todos los ojos de la mesa se clavan encima mío.- Mira, yo me llevo a Jorge en mi coche a Bilbao y, vosotros... bueno si Eva quiere...-la mira- puedes volver en el coche con Ian -vuelve a mirarme a mí.- Mañana por la mañana será todo tuyo, lo prometo.

¡Qué podía decir! Al fin y al cabo, como poco, el camino de vuelta lo haré con Eva en el coche, pues el resoplido con los ojos en blanco que ha puesto, creo que significa que sí que viene conmigo.

Así que después de que las chicas recogieran sus cosas, cada uno se montó en el auto que le tocaba y estoy de vuelta a Bilbao con Eva sentada a mi lado.

Bueno, lo de sentada por decir algo, porque se ha quitado los zapatos y lleva los pies en el salpicadero apoyados. Me está poniendo los cristales del coche hechos un asco, pero cuando tenga que limpiarlos me acordaré de cómo los va moviendo al compás de la música y seguro que hasta me gusta hacerlo.

Ya está anocheciendo cuando llegamos a Bilbao y aparco el coche en su casa. Saco su equipaje y la acompaño hasta el portal. Estoy deseando que me invite a pasar, aunque no sé si hoy estamos en nuestro mejor momento.

Al llegar a la puerta, me quedo a su espalda esperando que abra, con el corazón martilleándome en el pecho. Quisiera que se me ocurriera algo ingenioso que decir, pero, nada; en este momento estoy totalmente en blanco esperando su reacción. Abre la puerta.

- ¿Quieres pasar? Te advierto que la casa está hecha un asco aún -creo adivinar una sonrisa.

-Lo sé, ¿recuerdas? Soy poli -sonrío yo también.

-Sí; lo sé, lo sé -murmulla mientras se adentra.

Efectivamente la casa sigue tal y como quedó la noche del asalto; todo tirado por todos lados. En un momento ella entra y recoge lo más imprescindible. Me hace una seña para que me siente en el sofá y un poco más tarde, aparece con dos copas de vino de ése que tanto le gusta.

Me tomo la licencia de poner algo de música y, en el momento que Alejandro Sanz nos deleita con su canción “Desde cuándo”, estoy completamente convencido de que esta noche, tengo que seducir a esta mujer y conseguir que se enamore de mí.

Capítulo 16: Arrasada por el fuego.

No cabe la menor duda de que estos días en casa con mi familia, habían conseguido que me calmara un poco y cogiera un poco de perspectiva, referente a Ian y a todo lo que me provoca. Si bien, todo aquello que había pensado, se ha esfumado en un segundo, en el preciso momento en que ha cogido su copa, e indicándome con un gesto que alzara la mía para brindar, ha pronunciado las palabras mágicas:

“Por ti (arriba), por mí (abajo y arrastrando ya las palabras) y por lo que vamos a hacer tú y yo después (frota ambas copas en el medio con suavidad)”

El tono que ha utilizado para pronunciar la última frase, me ha levantado hasta el último pelo del cuerpo. Bebemos sin dejar de mirarnos y yo empiezo a pensar que hasta aquí llegó mi resistencia.

Siento una necesidad irrefrenable de que me toque y me haga sentir mujer otra vez. Los latidos de mi corazón se han desplazado de golpe, a una zona bastante más al sur de lo que le corresponde.

La expectación crece por momentos y creo que va a explotar, cuando deposita su copa en la mesa y retirándome la mía de la mano, repite el gesto.

Como si estuviera preparado de antemano, comienza a sonar “Feeling good” de Muse y lentamente se levanta con una sensualidad exquisita al compás de la música; enciende unas velas que tengo encima del mueble y apaga la luz principal. Con felinos movimientos comienza a desabrocharse la camisa y creo que me va a dar un infarto. Los latidos de mi corazón empiezan a ser como Dios, están en todos lados.

Sin perder un segundo el compás de la canción, se va despojando cadenciosamente de su camisa y sus zapatos, hasta quedar solamente con el vaquero desabrochado. El golpe con el cinturón en el suelo tampoco ha tenido desperdicio y reconozco que, por un momento, me he sobresaltado. Me pierdo en los abdominales que se muestran provocativos ante mí, pero él se acerca y me coge de la mano, levantándome del sofá y sacándome de mi particular recreo.

-No sé cómo decirte, que estoy completamente enamorado de ti, Eva -susurra con

voz ronca.

Me aprieta contra su cuerpo y me mece entre sus brazos, metiéndome de lleno en el ojo del huracán que siento que nos acecha.

Sus movimientos son sutiles, sensuales y expectantes. Me inclina con la cabeza hacia atrás y recorre con su lengua el trayecto que va desde el cuello de mi camiseta hasta mi barbilla, a la que mordisquea sin pudor.

Parece que decide que el paseo ha sido corto y deleitándose en lo que va descubriendo, me levanta los brazos acariciando ambos costados de mi cuerpo, me saca la camiseta con maestría y sus ojos recorren cada centímetro de mi piel, cargados de una lujuria que me quema por dentro. No puedo moverme, estoy como en estado de trance. La sensación es como si estuviera totalmente colocada de hierba.

Mi respiración empieza a entrecortarse y la humedad de mi boca demuestra las ganas que tengo de que me bese, pero no lo hace. Retrasa el momento al máximo mientras sigue jugando conmigo, al compás de la canción. En un momento me acerca a escasos milímetros de su boca, sus pupilas se clavan en mis labios anhelantes, sonrío seductoramente y, al momento siguiente, se separa y vuelve a bailar conmigo como si nada.

Cuando ya no puedo soportar más la tortura a la que me está sometiendo, le agarro del pelo a la altura de la nuca y acercándole a mí casi con rabia, le devoro la boca.

Adivino una sonrisa en sus labios y reparo en que ha estado esperando que fuera yo, la que diera el primer paso. Ese gesto me da impulso para volver a colocarnos en la misma posición de la otra noche; contra la columna. Espero que hoy no haya interrupciones telefónicas.

Me alza por las caderas y enrolla mis piernas donde tanto me gusta. Sus besos caen ahora hasta mis senos y con sus dientes lucha contra el sujetador, al que consigue arrancarle uno de mis pechos. Noto los pezones completamente endurecidos y ardiendo, aunque eso no impide que el contacto con su lengua, me abraze.

Siento que quiero más, que lo quiero todo dentro de mí y lo quiero ya. Parece que el calentamiento retenido de los días anteriores me empieza a pasar factura, pero él no demuestra tanta urgencia. Al contrario, parece disfrutar de lo lindo con el castigo que me está imponiendo, supongo que sin saberlo siquiera.

Con destreza trato de bajarle el pantalón y todo lo que se ponga por medio, con la única ayuda de mis pies.

Cuando descubre mis intenciones y creo que se hace consciente de mi urgente necesidad, se separa un momento sujetándome contra la columna, termina la tarea que yo empecé y repite la operación con mi ropa, descolgándome por un momento de mi columpio favorito al que, sin dudarlo, me vuelvo a subir, una vez estamos liberados de todo tipo de telas.

No hay tiempo ni raciocinio para más. No aguanto más la ansiedad de sentirle dentro de mí y ni tan siquiera he tenido tiempo de ver a qué me voy a enfrentar. Me da igual, en breve lo voy a comprobar.

Sin miramiento apunta mi entrada y, de una certera estocada, entra en mí produciéndome el mayor estremecimiento de placer que yo haya sentido jamás. Me quedo quieta, inmóvil tratando de retener el placer un segundo más y éste, se triplica cuando Ian comienza a moverse dentro de mí. Sin duda sabe muy bien lo que hace.

La sensación es de una plenitud total y la frase “me llena”, acaba de cobrar todo su significado al completo. Es como si estuviera hecho a mi medida; como si fuéramos dos piezas que encajan a la perfección formando un todo.

Busca mis labios con desesperación y emprende un desenfrenado baile con mi lengua, sin dejar de empujarme contra la pared.

La pena es que no dura mucho el momento porque la tensión, explotó con apenas una docena de empujones y me dejé llevar por un orgasmo devastador. Un instante después me siguió Ian que se dejó llevar con mi nombre en la boca y lo selló, con un tierno beso en mi cuello.

- ¿Podemos pasar ya al dormitorio? -pregunta con ironía cuando consigue recuperar el aliento.

-Creo que te lo has ganado -ríó y le llevo a mi dormitorio cogido de la mano.

Nos metemos en la cama desnudos los dos, y aunque he de reconocer que yo casi

siempre duermo así, en este momento, el contacto piel con piel con el cuerpo de Ian, es con lo que quisiera dormir siempre.

-Eres muy suave Eva; me encantas...-Me susurra al oído mientras acaricia mis pechos desde atrás.

Reconozco que me gusta y mucho el tacto de sus manos recorriendo mi piel. Tiene unas manos grandes y preciosas.

-No me sacio de ti....

Ya me estoy derritiendo otra vez y noto la humedad acechando entre mis muslos de nuevo. Su voz; creo que es su tono de voz que tiene algo, aparte de su mirada, que me hechiza y me domina. No puedo por más que someterme a sus deseos y como una gatita mimosa, me giro y me lanzo a recorrer sus curvas con avidez, al tiempo que nos besamos con pasión.

-No es fácil encontrar mujeres que besen así de bien -dice separándose un momento.

- ¿Ah sí? Mira que bien -y cuando mi sarcasmo ya venía a la carrera, me cierra la boca con sus tiernos labios de nuevo.

De pronto se incorpora y me tiende boca arriba, me lanza una mirada haciéndome entender que me prepare para lo que viene y, sin más dilación, se mete entre mis piernas y se pierde en mi interior utilizando la lengua, los dedos y todo lo que tiene a mano, para proporcionarme un placer indescriptible.

Sólo cuando ha conseguido que vuelva a explotar de placer y se ha bebido hasta la última gota de mis entrañas, se incorpora tendiéndose sobre mí.

-Tienes un sabor riquísimo... -y me besa para que me quede constancia, al tiempo que vuelve a introducirse en mí proporcionándome esa sensación de plenitud que, sin saber, ya estaba echando de menos.

Decir que el orgasmo fue monumental, sería dejar a la altura del barro la realidad; fue una experiencia mística en la que, al terminar los dos a la vez, estábamos temblando del puro sentimiento de placer que experimentamos. Fue algo mágico, indescriptible y dudo mucho que repetible; a juzgar por todo lo que vino detrás.

Perdí la cuenta de los orgasmos que tuve antes de caer agotada en un profundo sueño, enredada entre su cuerpo, al abrigo de su calor. No podría haber mejor almohada en el mundo.

Esa sangrienta pesadilla en la que voy corriendo y temiendo por mi vida, se vuelve a repetir. Un momento, esta vez, hay alguien.

Hay un hombre con un pasamontañas negro de lana, por lo que no puedo distinguir quién es. Me remuevo inquieta en la cama, quiero saber, pero es como si algo amenazara la continuidad del sueño. Me empeño en volver, quiero saber quién es. Los ojos, sus ojos, siento que me miran, ... son verdes, ... esos ojos... son... son... ¡Freddy!

Me despierto sobresaltada gritando su nombre; estoy sentada en la cama cuando soy consciente de que Ian ha saltado y, vestido tan sólo con una pistola en la mano que no tengo idea ni quiero saber de dónde ha salido, ha recorrido la casa entera y vuelve ahora para abrazarme. Sigo temblando porque la pesadilla me ha parecido más real que nunca.

-Freddy, era Freddy... -musito.- Yo lo vi...

-No hay nadie, Eva. Lo he comprobado porque me pareció escuchar algo, pero no hay nadie princesa -me pasa la mano por la cabeza acariciando mi pelo.- Freddy está muerto -sin verle puedo adivinar la mueca de dolor.- Sólo ha sido un mal sueño, tranquila. Yo estoy aquí.

-Sí, -repito automáticamente- ha sido una pesadilla.

Ian me recuesta sobre su hombro, se tiende en la cama abrazándome con fuerza y depositando un suave beso en mi cabeza, susurra:

-Todo está bien, cielo; descansa.

Tardo un rato en volver a dormirme pues aún estoy afectada por la pesadilla que he tenido. De pronto cruza por mi mente el pensamiento, de que tal vez sea Freddy que se está revolviendo en su tumba al presenciar lo que ha ocurrido esta noche.

Me resulta demasiado macabro hasta para mí.

A la mañana siguiente, Ian me despierta con una taza de café en la mano y un montón de besos. Me sigue fascinando la soltura con la que se desenvuelve por mi casa.

Cuando consigo regresar al mundo de pleno, empiezo a recordar cada detalle de la noche anterior mientras oigo que Ian está en la ducha.

Agradezco infinitamente que después de darme el café y los buenos días haya

añadido un espacio de tiempo personal. No se puede negar que es muy considerado, cosa que no podría decirse de su hermano.

¡Otra vez las dichosas comparaciones!

Me recuesto en la cama, estirándome cual bella durmiente perezosa y pienso que ni de coña, se pueden comparar: ¡Ian es mucho mejor amante que Freddy! Una sonrisa de oreja a oreja maquilla mi relajado rostro.

- ¡Vaya! Veo que te has despertado de buen humor... ¿puedo saber a qué se debe esa sonrisa? -aparece en la puerta con una toalla enrollada en la cintura.

-No seas presuntuoso que nada tiene que ver contigo -está buenísimo.

- ¿Ah no? -sonríe- No sé por qué no me lo termino de creer.

-Ya y... ¿qué vas a hacer? ¿Detenerme? ¿Esposarme? -mira que me estoy poniendo borde y no sé por qué.

-Mmmm...no me des ideas que luego no estés dispuesta a cumplir, cielo.

-Bueno pues ya que sacas el tema.... -eso de cielo me ha sonado a recochineo.

- ¿Sí?

-Verás...yo...anoche... -no sé cómo decir ¿qué quiero decir?

-Supongo que no tendrás el valor de decirme que fue un error, después de ver cómo temblabas ¿no? -se pone a la defensiva.

-Bueno un error no, pero...verás Ian, yo no tengo claros mis sentimientos y... lo de... -retraso el momento de pronunciarlo, al máximo-...Freddy...-suena mejor que el parentesco, aunque también cuesta decirlo- está muy reciente y... yo....

- ¡Ya basta, Eva! No hace falta que me machaques más. He pillado el concepto de lo que quieres decirme -coge aire antes de decir- que no quieres que nos volvamos a ver ¿es así?

Escucharlo así, de sus labios, con ese tono tan duro, no me ha gustado nada, pero he sido incapaz de reaccionar antes de que se diera la vuelta y unos segundos después, sonara un tremendo portazo anunciando su dolor. Jamás vi a nadie vestirse tan rápido.

Me siento fatal y aún no sé por qué he tenido que joderlo todo, con lo bien que iba. Me viene a la cabeza mi hermana; “*desastrillo*” me grita y sé que tiene toda

la razón del mundo.

Yo no sé si fue, ese extraño sueño de anoche que todavía me dura su amargor en el pecho, o que lo maravilloso y pleno que parecía todo esta mañana, me ha asustado.

O también puede ser la mezcla de todo junto.

No deja de ser cierto que estoy muy confusa aún, con todo lo de Freddy y la aparición estelar de Ian que ha sido arrasadora, cuando ni tan siquiera sé cómo gestionar lo anterior.

Creo que debería de centrarme en tratar de cerrar el capítulo de Freddy de una vez por todas, antes de lanzarme a los brazos de alguien, a quien puedo terminar haciendo daño, aunque no lo quiera.

La espinosa cuestión es, cómo voy a conseguir olvidarme de los dos a la vez, para tratar después de empezar de cero.

Capítulo 17: Poniendo distancias.

No ha transcurrido una hora, desde que Ian se marchó, dejándome sumida en un profundo embrollo sentimental. Sé que la culpa es mía porque si consiguiera comportarme como una mujer normal, ahora no me sentiría tan mal.

Pero ¿qué coño me pasa? ¿Por qué no puedo sacarme al dichoso cabrón de Freddy, del corazón? Joder Eva ¡entérate de una vez! ¡Estaba casado! ¡Y con hijos!

Suena el timbre de la puerta y aparco las preguntas trascendentales para dirigirme a abrir. María y Jorge lucen abrazados en la entrada y yo me siento peor aún al verlos, pues es inevitable pensar que aquí, falta Ian.

- ¡Buenos días! -me saludan a la vez y casi parece que lo tuvieran ensayado.

Ellos ríen y yo hago una mueca de asco ante tanto pasteleo. Voy a poner más café que me va a hacer falta, si quiero superar esto sin una bronca monumental con mi hermana.

- ¿Dónde está Ian? -ahí está Jorge con la pregunta incómoda que ya estaba esperando.

-No lo sé; no soy su niñera -Contrólate Eva que éstos dos no tienen la culpa de que tú seas una borde.- Se fue -trato de dulcificar el tono.

- ¿Se fue? -María se extraña; parece mentira que no me conozca.

- ¿Ha pasado algo, Eva? -salió el poli.

-Bueno... pasar, pasar, ... -¡Uf! Es que han pasado tantas cosas desde ayer que no sé qué contestar.- Si te refieres a asuntos policiales, la respuesta es no.

Me estoy agobiando demasiado yo sola y comienzo a moverme por la cocina, preparando todo para ponerles café. Prefiero estar ocupada.

-Déjala -dice María a mi espalda- no está pasando un buen momento, con todo lo de Freddy y...ahora....

Agradezco en el alma que mi hermana haya entrado a mi rescate y casi más, le

agradezco que no haya terminado la frase. Sé perfectamente el nombre que venía detrás pero no quiero ni escucharlo.

Aunque sólo de pensarlo vuelven a aparecer los súper latidos de mi corazón golpeando con fuerza y recordándome que yo, había tomado una decisión.

Jorge y María planean unas vacaciones para cuando todo esto acabe y de repente, esa palabra cobra una fuerza espectacular en mi cabeza.

Él dice algo de una página de intercambio de casas o algo así y procuro afinar el oído porque el tema comienza a interesarme; mucho.

Parece ser que hay una página web, dónde sólo por inscribir tu casa, te otorgan unos puntos que luego puedes usar, para canjear por estancias en alguna de las casas que figuran en la misma web. Si bien, tienes la opción de hacer también un intercambio simultáneo; es decir, yo voy a casa de alguien y ese alguien viene a mi casa los mismos días que yo voy a la suya.

La idea se me antoja muy excitante y, poco a poco voy moldeándola en mi cabeza mientras Jorge habla por teléfono, supongo que con Ian, y María me mira como si yo no tuviera remedio.

Cuando cuelga el teléfono, Jorge anuncia que tiene que irse; parece que tienen trabajo duro por delante y María le acompaña hasta la puerta, donde tardan casi diez minutos en despedirse. Yo prefiero ahorrarme la escenita y me quedo aquí con mi cafecito, dando vueltas en la cabeza a la idea del intercambio y, sobre todo, de salir de aquí cuanto antes y más lejos, mejor.

Quizá ésta sea la mejor ocasión que tenga de conocer por fin el sur. Al fin y al cabo, sólo voy a tener que pagar el gasoil de mi Paco que, por cierto, espero que llegue a la otra punta del mapa. Y, si no, que me lleve la grúa.

Inmediatamente voy al ordenador y comienzo a buscar la web, al tiempo que se suma María a mi espalda.

- ¿Vas a contarme algo ya? -expectante.

-Sí, que me voy de vacaciones -con toda normalidad.

-Pero... ¿de vacaciones? -pobrecilla, no entiende nada. Normal.- ¿Qué ha pasado Eva?

Durante un buen rato le explico todo lo que ha pasado con Ian, desde que nos

despedimos en Logroño, hasta que salió esta mañana dando un sonoro portazo. Mi hermana me mira alucinada, aunque los ojos se le salen de las órbitas, cuando le digo que me estoy inscribiendo en la página de intercambio de casas porque me quiero ir al sur, sola con mi Paco, unos días.

- ¿Con Paco? No puedes ir en tu coche Eva; no llegará ni a Burgos -ya se está poniendo nerviosa.

-Me ofendes y ofendes a mi coche. Además, para qué pago un seguro, ¡que me lleve la grúa! -yo tranquila.

-Sí tata, la grúa te podrá llevar, pero ¿quién te trae? Es una grúa, no un taxi particular -dice remarcando bien cada palabra. ¡Como si yo fuera tonta!

-Bueno, bueno, no me pongas trabas que ya lo resolveré -tengo que salir de aquí.

Yo a lo mío que es terminar la inscripción. Fotos, me falta por subir fotos de la casa para que me den los puntos. Ni corta ni perezosa miro a mi alrededor y me acuerdo de que la casa está hecha un desastre desde el asalto. Apenas pude recoger cuatro cosas anoche. Me estremezco al pensarlo. En la noche que pasé, claro.

Miro a María que ya me está haciendo un gesto con la cabeza, indicándome que me ha leído el pensamiento.

-Venga que te ayudo; pon música que se trabaja mejor con ritmo -dice levantándose del sofá.

Tres horas hemos estado limpiando como locas y poniendo cada cosa en su sitio. Nos hemos dado una paliza monumental; ahora, eso sí, la casa ha quedado mejor que cuando era nueva. Así que... ¡qué mejor ocasión para hacerle las dichasas fotos!

Cuestión que por otra parte no supone ningún esfuerzo, cuando tienes a una fotógrafa en casa. A la mejor.

María va recorriendo cada estancia desde varios ángulos. Toma muchas fotos de cada una con diferentes enfoques y el resultado es, sensacional. No parece mi zulo visto en las fotos. ¿Cómo lo hará? Rápidamente elegimos las más bonitas y las subimos a la web.

Comienzo a mirar las opciones de casas que tengo para elegir. Directamente voy al mapa y, una por una, voy mirando todas las casas que hay, desde Almería hasta

Huelva. Hay unas cuantas que me gustan. En realidad, me sirve casi cualquier cosa con tal de irme, así que mando varios mensajes a todas las que me gustan y en las que puedo permitirme unos días, con los puntos que me han dado. Ya sólo es cuestión de esperar.

Y afortunadamente la espera no se hace muy larga, porque un par de horas después, me contesta un matrimonio desde Málaga, diciéndome que su casa está disponible. Parece que la propiedad en cuestión, es un bungalow de madera que está dentro del terreno de un chalet, que es la construcción principal.

Las fotos que veo por internet me dan una agradable sensación de calidez y, sin pensarlo dos veces, miro a ver cuántos días me puedo permitir con los puntos que me han dado; diez días. ¡Perfecto! Así tendré tiempo de terminar la novela que estoy escribiendo, conoceré el sur y me alejaré de influencias negativas con preciosos ojos y sonrisa seductora. Tengo que olvidar.

Mi hermana me ayuda a preparar todo lo necesario pues quiero salir temprano. Ella no está tranquila por el asunto del coche y me convence para que me lleve el suyo. Al final acepto sólo para que se calme, pero reconozco que era más emocionante comprobar si Paco pasaba de Burgos.

-Con una condición -aprovecho la concesión- que me jures que, bajo ninguna circunstancia, por extrema que esta parezca, le vas a decir absolutamente a nadie dónde estoy. Ni a Jorge ¡júramelo!

-Pero ¿qué puede tener de malo que Jorge sepa dónde estás?

-Maríaaaaa... ¡a nadie, sin excepción!

-Vale, vale, está bien; no se lo diré a nadie, te lo juro -une los dedos índices para que yo se los corte. Como cuando éramos pequeñas.- Y haz el favor de cuidarme el coche.

-Sabes que andará mejor cuando te lo traiga -bromeo separando sus dedos.

-Eso es lo peor; que lo sé -las dos reímos y nos fundimos en un fraternal abrazo.

De madrugada me despierto con la emoción en el estómago por el viaje y mientras desayuno, voy repasando todo lo que tengo que cargar en el coche.

Una maleta pequeña y algo de comida, pues también dispongo de cocina y me

apetece mucho ponerme a cocinar, pero relajadamente; con una copa de vino y la compañía de Beethoven y su “Moonlight sonata” para inspirarme. Casi me estoy relajando sólo de pensarlo y tengo que centrarme en que no se me olvide nada para la estancia.

María va cantando todos los imprescindibles al tiempo que voy repasando que no falte ninguno. Trae el coche para cargarlo y nos fumamos juntas el último cigarro antes de mi viaje.

-Cuídate tata; te voy a echar mucho de menos -dice abrazándome.

Un par de lágrimas ruedan por mi mejilla porque sé que ella me va a hacer mucha falta también, pero comprendo que tiene una poderosa razón para quedarse, y se llama Jorge.

Por fin arranco el coche y me dispongo a disfrutar de varias horas al volante, en un gustazo que hacía mucho tiempo que no me daba. El coche de mi hermana es cómodo pero extraño a mi Paco que, aún con todos sus achaques, anda como los ángeles.

Antes de llegar a Madrid paro para descansar, estirar un poco las piernas y tomar un café.

Recibo por mensaje la ubicación del lugar a dónde voy, lleno el depósito de combustible y continúo la marcha porque estoy deseando pisar suelo andaluz. Igual que cuando estoy con Ian, pensar en aquella tierra siempre me hace latir fuerte el corazón y quizá ahora que voy, descubra el por qué.

Llego a Málaga sobre las siete de la tarde, muerta de cansancio y con unas ganas enormes de darme una ducha. Si tenía ganas de conducir, las he agotado todas. No es que se me haya hecho largo, ni pesado el viaje; más bien me ha resultado mucho más ameno de lo que esperaba, pero son muchas horas conduciendo para un solo chófer y eso, pasa factura.

Apenas reparo en ése momento en el matrimonio que tan amablemente, me ayuda a descargar el coche y me explica dónde está todo y cómo funciona. Estoy tan sumamente agotada que no me entero de nada, pero ya se lo contaré mañana.

Sólo quiero quedarme sola y darme una ducha de agua calentita porque ahora mismo siento hasta frío. Creo que estoy destemplada por el cansancio.

Por fin terminan sus explicaciones y se van, no sin antes informarme que, si necesito cualquier cosa, ellos están a diez metros. Parecen encantadores, aunque

ahora mismo no pueda reparar en ellos.

Apenas cierro la puerta, saco lo que necesito para cambiarme y empujo con el pie el resto del equipaje, hacia dentro del armario.

Larguísima la ducha que me ayuda a soltar los músculos y a relajarme. Es una ducha de hidromasaje así que cambio los grifos para que salga el agua por los chorros y me masajeen los riñones que me duelen de las horas al volante.

Como soy bajita resulta que los chorritos me van a dar directamente a todas las zonas de mi cuerpo, donde tengo unas cosquillas tremendas. No puedo parar de reírme y, por primera vez desde que murió Freddy, me siento bien, relajada, cómoda y tranquila.

Empiezo a pensar que ésta ha sido una de las mejores decisiones de mi vida y la voy a emplear en mimarme yo.

Me preparo un par de sándwich para cenar y me quedo frita delante de la televisión. Un rato después me despierto y me acuesto en la cama agotada.

Por un momento me siento sola al recordar que anoche estaba durmiendo entre los brazos de Ian; casi puedo sentir el calor que desprende su cuerpo junto a mí. Me abrazo a la almohada buscando un consuelo que ni se asemeja y creo que he metido la pata hasta el fondo con él.

Ahora que lo pienso, no debe agradarle la situación tampoco. Dijo que estaba enamorado de mí y yo, siempre estoy diciéndole que quiero a su hermano.

A su hermano muerto para más ironía. Confirmando que los dos batallamos en el mismo frente; los dos estamos tratando de luchar contra el recuerdo de un muerto.

La cabeza me empieza a echar humo y los párpados me duelen. Necesito dormir y, si sigo por éste camino, no lo voy a conseguir; así que, haciendo honor a una de mis protagonistas femeninas preferida, me doy la media vuelta y en voz alta pronuncio aquello de:

“Ya lo pensaré mañana”

Capítulo 18: Espionaje.

Llevo una semana junto con Jorge, siguiendo a Edgar y a Luis. Exactamente el mismo tiempo que llevo sin saber nada de Eva. Me dolieron mucho todas sus reacciones la noche que pasamos juntos, empezando por el extraño sueño del que despertó llamando a gritos a mi hermano, hasta la forma que tuvo de tratarme a la mañana siguiente.

Yo que creía que todo iba de maravilla, en el momento en que me agarró por la nuca y tomó las riendas de la situación. Tuve la paciencia de esperar a que fuera ella la que diera el primer paso porque no quería presionarla.

Vale, estoy de acuerdo en que el bailecito que me marqué sí fue un poco detonante, pero esperé hasta que ella me besara y ¡vaya si lo hizo!

Todo en ella me indicaba que estaba bien, que de alguna manera podíamos empezar a pensar en un futuro juntos, lejos de viejos fantasmas, pero está claro que me equivoqué. Freddy sigue vivo, aunque sólo sea para ella. Y yo, no tengo más remedio que hacerme a un lado y tratar de llegar al fondo del asesinato de mi hermano, para poder volver a Bruselas, recuperar mi vida y restaurar mi corazón.

Por el momento no tenemos nada. Esta semana de seguimiento, sólo ha servido para terminar de confirmar la relación que hay entre Edgar y Laura, si bien, eso no sirve como móvil del crimen porque le hubiera bastado a Edgar, destapar la relación de Freddy con Eva para que Laura hubiera corrido a sus brazos. Al fin y al cabo, su matrimonio no pasaba por el mejor momento y eso, no era un secreto para nadie.

No; aquí tiene que haber algo más gordo. Me lo dice mi olfato de policía.

Han salido algún que otro día a cenar, si bien, la mayoría de las noches, las pasan juntos en casa hasta, más o menos la una de la mañana, que es la hora en la que él se suele ir.

Así llevan desde que volvieron de Valencia, hace casi dos semanas. Nosotros estamos en el coche apostados, ya son casi las dos de la mañana, y hoy Edgar, todavía no ha salido de casa de mi cuñada.

Jorge está echando una cabezada a eso de las cinco cuando, de pronto, tal y como la otra vez, el coche de Luis para en la puerta y de un codazo despierto a mi compañero, indicándole que hay movimiento.

Poco después Edgar sale y se mete en el coche, que de nuevo arranca y coge la autopista dirección a ... ¡Valencia!

Parece ser que lo que quiera que se traigan entre manos pasa por esa ciudad, así que tanto Jorge como yo estamos de acuerdo en que hay que tener los ojos bien abiertos y no perder detalle, porque ahora estoy casi seguro de que la otra vez, se me escapó alguno muy importante.

De camino, siguiéndoles a una distancia prudencial y perfectamente disfrazados, vamos haciendo conjeturas acerca de qué puede ser, lo que les hace venir hasta aquí, dos veces en el mismo mes. Tiene que ser muy rentable para que compense los viajes y, hasta lo que hemos podido comprobar estos días, no están ahora llevando ningún caso fuera de Bilbao. Por el camino, paran en un sitio diferente del de la otra vez.

Repiten la misma operación nada más llegar. Aparcan el coche, sacan la maleta y suben al piso. Parece algún tipo de ritual, aunque esta vez llegan al mismo supermercado por otro camino. Ese es el típico defecto del policía; alterar sus rutas frecuentemente.

Tal y como la ocasión anterior, uno entra en el súper y el otro en el bar. Me alegro de que Jorge pueda ser ahora testigo directo de todo lo que le conté.

-Hay varias cosas que me mosquean ¿sabes? -dice en un momento de la vigilancia.

-Cuéntame.

-La maleta, ¿no te parece demasiado pequeña para pasar tres días dos personas?

-Quizá tengan aquí ropa y todo lo necesario para el aseo.

-Si es así, podemos deducir que repiten muchas veces este mismo viaje.

-Todo apunta a que es así -pienso.- ¿Y este ritual matutino de venir al súper?

-Pues sí, -asiente con la cabeza- esa es otra de las cosas; ¿todos los días necesitan comprar?

-Sólo están tres días, con que vinieran el primero bastaría -trato de normalizar la

situación al máximo.

-Por esa deducción, lo normal sería que los dos entraran en el mercado para decidir qué es lo que quieren, ¿no?

-Casi podemos dar por sentado que lo que sea que están cocinando, lo están haciendo aquí -aseguro.

-Tendremos que separarnos; tú sígueles al piso y yo me quedaré por aquí, a ver si consigo averiguar algo más.

-Está bien, estaremos en contacto.

Los dos sospechosos salen del bar y dejamos que se alejen unos metros, antes de que Jorge salga del coche y yo pueda seguirlos.

Parece que me toca la parte más aburrida porque no se han movido de casa en todo el día. Tanto tiempo a solas en el coche me conduce, inevitablemente, a pensar en ella. En Eva. La veo sonreír con su pelo al viento destellando, como el día que la vi bajarse del coche de su hermana. No me quito de la cabeza el brinco que dio en la cama que me hizo saltar disparado, pensando que habían vuelto a entrar en su casa. Ni tan siquiera reparé en un primer momento que gritaba el nombre de mi hermano, aunque cuando mi cerebro procesó esa información, dolió mucho. No se puede luchar contra un fantasma.

A última hora de la tarde recibo la llamada de Jorge, avisándome de que han cerrado el mercado y que viene hasta mi posición.

- ¿Algo interesante? -pregunto cuando entra en el coche.

-De momento nada fuera de lo normal. Hay mucha gente que entra al súper y luego al bar o viceversa. Si hay más implicados, podría ser cualquiera -inspira con fuerza.- Podría pasar por delante de nuestras narices y no enterarnos.

-No se puede detener a nadie por hacer la compra -estoy pensando en alto- aunque la haga a seiscientos kilómetros de su casa; y necesitaríamos saber qué llevan en las bolsas, aparte de productos de la tienda.

-Desde luego, es complicado sin que nos descubran.

-Hay que buscar la fórmula para saber qué traen o qué llevan. Necesitaríamos alguien a quien ellos no conocieran, para que pudiera entrar detrás del que va al súper. Yo creo que el meollo está ahí.

-Yo puedo hacerlo, así vestido no me reconocerán.

-No podemos arriesgarnos y, puestos a elegir, a mí me tienen menos visto.

-Un momento.... -piensa durante unos segundos- creo que conozco a alguien que nos puede ayudar.

-Estoy en ascuas.

-El único problema es que también es policía -añade cayendo en la cuenta.

-No podemos arriesgarnos Jorge. Entraré yo.

-Está bien -concede.- Presiento que mañana será un día movidito.

-Recemos para tener suerte y encontrar algo.

Su móvil le anuncia que tiene un mensaje, que le cambia la expresión nada más ver el remitente. No puedo evitar mirar por encima de su hombro y descubrir que es María la emisora.

- ¿Cómo van las cosas con María? -indago.

-De maravilla, *brother*. Esa mujer me tiene loco desde antes de que yo lo supiera -suspira.- Pienso hacer lo que sea necesario, para tenerla a mi lado el resto de mi vida.

-Vaya... pues sí que va en serio el tema -bromeo.

-Y tú, ¿qué me dices de Eva? -sonríe con ironía.

Siento que me acaba de hacer la pregunta del millón. ¡Qué le digo de Eva! Podría decirle tantas cosas, podría pasarme horas hablando de ella, pero ¿para qué?

-Me ha quedado claro que sigue enamorada de Freddy -me rindo ante la evidencia.

-Bueno es que su historia... no deja de ser peculiar.

- ¿Por qué dices eso? -esto se pone interesante.

Es entonces cuando empieza a contarme una película que parece más ciencia ficción que otra cosa, acerca de un sueño que tuvo Eva, antes de conocer a Freddy.

Parece ser que soñó con él y justo después se conocieron y ese hecho, fue lo que a

Eva le impresionó tanto.

A mi modo de ver sólo son hechos circunstanciales, pero...

-Pues sí que es peculiar la historia, sí -las pocas esperanzas que pudieran quedarme, se han desvanecido ante ésta revelación.- Será mejor que uno de los dos descanse un poco. Mañana hay que estar bien despejados.

Prefiero sacarme a ciertas personitas de la cabeza y tratar de cerrar los ojos un rato que estoy agotado.

A la mañana siguiente, bien oculto entre las gafas de sol, la barba y la gorra, llego caminando al mercado por una calle diferente a la que ellos aparecen. Jorge está en el coche mirándonos a todos.

Hoy le toca entrar a Luis y respiro aliviado porque con él me he visto menos veces, así que hay menos probabilidades de que me reconozca.

Al entrar, él se dirige a las taquillas y yo me entretengo sacando un carrito de compra. Veo que deja la bolsa que trae, cierra la taquilla y entra sin coger carro, ni cesta.

Paseo por el súper, observándole entre las estanterías; coge pan, cervezas, algo de embutido y verduras. Lo justo para un par de bolsas, como cada día.

Va hacia la caja para pagar y me coloco en otra, con apenas tres cosas que he cogido. Sale del establecimiento y se reúne con Edgar en el bar, sin haber recogido la bolsa que dejó en la taquilla al entrar.

Me alejo un poco de la zona esperando que se vayan del bar y que Jorge los siga. No voy a quedarme sin entrar también a ese baño. Son las dos constantes que se repiten y estoy seguro de que la solución está aquí, delante de mis narices. Además, ese apretón de manos que se dan cuando se reúnen en el bar ¿a qué viene?

Terminan el desayuno, salen del local y veo arrancar el coche a Jorge. Espero diez minutos más para estar tranquilo, sin perder de vista el baño. No quiero interferencias.

Pasado el tiempo prudencial, entro al bar, pido un café y automáticamente me acuerdo de los cafés de Eva. Sacudo la cabeza para centrarme en lo que me ocupa y mientras el camarero prepara el pedido, entro al misterioso habitáculo.

No es muy grande, consta de tres urinarios, tres lavabos y tres cabinas de wáter. Rápidamente reviso todos y cada uno de los sitios comenzando por lavabos y urinarios. Miro al techo por si fuera falso. No ahí no puede esconderse nada.

Entro a la primera de las cabinas, miro por detrás de la taza del wáter, el suelo, nada. Un momento ¡la cisterna! Estas tapas se levantan dando acceso al sistema de cisterna. La levanto con relativa facilidad; tampoco hay nada.

Repito la operación en el siguiente obteniendo el mismo resultado, pero al llegar al último, el tanque de la cisterna, por fin, me ofrece la recompensa: ¡la llave de la taquilla del supermercado! Ahora entiendo el apretón de manos, ¡se dan la llave!

No puedo arriesgarme a cogerla y marcharme a abrir la taquilla, puesto que no sabemos quién la recoge ni cuándo. Así que, de momento, decido dejarla donde está y vigilar a ver si localizo quién es el que recoge la llave. Prefiero pillar a todos juntos, aunque tenga que esperar un poco más.

Salgo del baño y me dedico a observar al camarero que es un señor de mediana edad, bastante gordo y con una brillante calva. Estudio sus movimientos y las conversaciones que tiene con un par de clientes que hay al fondo y que parecen ser fijos del local. Son bastante mayores.

Diez minutos después, confirmo que el camarero está descartado de momento. Parece alguien más bien simple y con una vida tranquila, teniendo en cuenta la tranquilidad que puede darte el tener un bar. Los clientes se han marchado sin entrar al baño, así que también están descartados.

Por si acaso y para no levantar sospechas, termino el café y decido seguir observando desde la distancia.

Busco el ángulo más indicado para controlar a todo aquel que vaya al baño y después entre al súper de enfrente.

A lo largo del día, apenas tres personas han cumplido las condiciones necesarias, si bien, al seguir las ninguna de ellas ha abierto la taquilla en cuestión.

Queda apenas una hora para que cierren el mercado y deduzco que mi cita no puede tardar mucho en aparecer. Ahora un chico de unos treinta y cinco años más o menos, alto y fornido, entra al baño. Me pongo en estado de alerta porque ya cumple la primera condición para ser sospechoso. Es moreno de pelo fino y ojos claros; desde aquí no podría definir el color. Viste bastante bien y, aparentemente,

es alguien que pasaría desapercibido casi en cualquier entorno.

Unos minutos después, apura la mitad de la caña de cerveza que ha pedido, sale y se mete de lleno a la segunda condición. Mi olfato policial y la hora que es, me anuncian que hay muchas probabilidades de que sea él. Sin dudarlo, entro detrás suyo y, así como esta mañana, disimulo cogiendo un carrito de compra. Entra dentro de la tienda, compra unos tomates y un par de lechugas y después de pagar... ¡se acerca a la taquilla famosa! ¡Bingo!

Capítulo 19: Eva en el paraíso.

Esto sí, ahora sí, así sí. ¡Al fin sola! ¡Qué felicidad!

Lejos de todo el caos que me nubla la mente cual cielo vasco. Bueno, cuál cielo vasco de antes porque hay que reconocer que últimamente está cambiando mucho. El último invierno ha sido bastante suave y llevadero, y para que lo diga yo...

Ahora el sol del sur, éste magnífico sol que calienta mi piel, aclara mi tormenta mental y me recuerda qué es lo que yo quería en realidad antes de toda ésta macabra historia de Freddy, me conduce a un estado místico sin moverme de la tumbona donde estoy. Yo quería venirme a vivir aquí, como la protagonista del libro que estoy escribiendo.

Siento una paz total desde que llegué hace una semana y es que mis anfitriones Loli y Tony, no podrían hacer mejor ostentación de su título. Son un matrimonio muy entrañable que cuidan cada detalle para que me sienta muchísimo mejor que en mi casa. Ella es una rubia de pelo ondulado y ojos color miel que se dedica a restaurar obras de arte antiguas. Él un hombre alto, con gafas y un pelo canoso que le hace parecer más interesante y me recuerda a Ian; trabaja en el ayuntamiento de Málaga en algo de contabilidad, creo.

Me alojo en un bungalow de madera que está cimentado en su jardín, a escasos veinte metros de la construcción principal que es su hogar.

“Mi cabañita” como yo la llamo, es de lo más acogedor y cada vez que me pongo a cocinar tengo la sensación de estar jugando a las muñecas; como cuando era pequeña y preparaba potingues de agua con hierba en pequeñas cazuelitas de juguete, para dar de comer después a los muñecos.

Desde luego, no tendrá muchos más metros que mi zulo, pero la sensación es totalmente diferente, pues la radiante luz del día, se cuela aquí por cada ventana inundando el diáfano espacio por completo. El techo es altísimo.

Es de doble altura y al subir la escalera que lleva al piso de arriba, sólo se halla una enorme cama de matrimonio que recoge mi soledad en las noches; frente a la misma, una enorme casa de muñecas con todo lujo de detalle en miniatura, me hace preguntarme si no será ése el sino de mi vida. Las casas.

Aceptaría una casita así de pequeña siempre que fuera en éste entorno que, a mí, se me antoja como el paraíso. Lástima que no puedo andar desnuda como me gustaría, porque no quiero violentar a mis caseros que tanto se esfuerzan por mejorar mi estancia.

Tengo la playa a poca distancia, pero reconozco que la tentación de estar metida hasta las tantas de la noche en la piscina, me tiene poseída. El agua está tan calentita... Y sólo necesito diez pasitos para llegar a mi cabañita... ¿quién puede resistirse? ¡Si hasta tiene un camino de baldosas amarillas!

Alguien se cuela en mis tranquilos pensamientos arrasándolo todo y levantando una polvareda que me impide esclarecer nada. Un momento... ahí llega otro armando revuelo entre mis noqueadas neuronas, a causa del huracán anterior.

Ian, Freddy; aquí está mi tormento de nuevo; el motivo por el que salí huyendo de Bilbao como alma que lleva el diablo y ocultándome como si estuviera cometiendo el peor de los delitos; tratar de olvidarlos a los dos. Ni tan siquiera consigo sacarme de encima la sensación de que me siguen, desde aquel día en la playa verde.

Supongo que tanto policía en mi vida, empieza a hacer mella. Porque es un hecho que tan sólo con un número de teléfono, pueden saber hasta mi talla de bragas y ese dato, me coloca en una clara posición de indefensión, que choca directamente con mi fuerte e independiente carácter. Teniendo en cuenta lo poco que tardó Ian en conseguir mi número, no quiero ni pensar qué es lo que sabrá de mí a estas alturas.

Me doy cuenta de lo vulnerables que somos los civiles, como ellos nos llaman. Toda nuestra vida está expuesta en algún ordenador de algún organismo oficial o en cualquier página web, sin que lleguemos a ser conscientes de que cualquiera puede hacerse con esa información, en el momento que lo necesite. Pero hacemos lo mismo que con la muerte; mirar hacia otro lado, como si eso no fuera a pasarnos nunca a nosotros.

En fin, no he venido hasta aquí para pensar en esas cosas, más bien para quitármelas de la cabeza. Tanto rollo policial me está volviendo loca.

Saco el e-book y me acomodo en la tumbona junto a la piscina, dispuesta a disfrutar del maravilloso clima y a llenar mi mente con historias bonitas que otras escriben. Imposible concentrarme; necesito hacer algo que me ocupe más.

Decido bajar hasta la playa, poniendo en práctica el plan b para sacarme de la

cabeza tanta testosterona. Que no se diga que no pongo de mi parte. Lola me recomienda que baje la cuesta en coche, pues alega que después para subir, con el calor que hace, puedes jugarle la vida. Es una cuesta muy empinada según dice.

El barrio es laberíntico pero acostumbrada como estoy al mío, enseguida me oriento y, en apenas media hora, creo que puedo desenvolverme perfectamente aquí.

Me pregunto si será uno de esos sitios que en invierno queda desierto, e inconscientemente trato de imaginar cómo sería mi vida aquí. Sin duda es un lugar de lo más inspirador, no en vano, ha sido testigo del nacimiento de grandes obras, que le pregunten a Pablo Picasso.

Parece que tampoco el plan b va a dar buenos resultados; el mar está hoy como mi cabeza pues unas enormes olas impiden acercarse más allá de la orilla. Vuelvo a la toalla, me siento y observo la cantidad de familias numerosas que me rodean. Bueno al menos me lo parecen. Me llama poderosamente la atención lo bien preparadas que vienen todas a la playa, organizando un despliegue descomunal de mesas, sillas, neveras y hasta cenadores que a veces, se improvisan con toldos, mantas o cualquier otra cosa.

Todos están completamente organizados y sincronizados, tanto a la hora tanto de montar, como de desmontar. Parece una coreografía ensayada y la cantidad de cosas que despliegan hace pensar que vinieran para un mes.

Es inevitable pensar que los días en que mis padres nos llevaban a la playa a mi hermana y a mí ya pasaron y ahora, casi siempre voy sola a excepción de alguna vez que María me acompaña, aunque a ella no le gusta tanto la playa.

Entre los tenderetes, me llama la atención al fondo, un hombre con una gorra que parece mirar desde detrás de un coche. Empiezo a inquietarme y vuelve a golpearme la paranoia de que me siguen.

Decido recoger mis pocos aperos y volver a la tranquilidad que me proporciona el terreno cerrado, del recinto donde me alojo. Conforme voy conduciendo unas notas en la radio del coche, me traen el recuerdo de Ian bailando para mí.

Es tan sensual y me miraba con esa intensidad transmitiéndome tantas cosas a la vez, que yo sólo podía temblar. Un escalofrío me recorre al recordar la tensión que había en el ambiente y en cada poro de mi piel. Parece que le estoy viendo

ahora mismo, acercándose como un felino que espera la mejor ocasión para atrapar a su presa. ¡Y vaya si me atrapó!

Con todos estos lujuriosos pensamientos llego de vuelta a casa y al entrar, me doy de bruces con Loli y Tony que dicen que se van a Málaga a cenar con unos amigos.

Parece ser que es víspera de feria y, me advierte que, si quiero ir a Málaga para conocer un poco la ciudad, lo mejor es ir hoy o mañana. Después dice que se llena tanto de gente que apenas se puede andar.

Como ya es un poco tarde y me seduce más la idea de bañarme desnuda en la piscina, ahora que sé que voy estar sola, que la de conocer Málaga, les despido alegando que por hoy estoy cansada y que me lo plantearé mañana.

No quiero agobiarme con planes y ya veremos qué es lo que me apetece hacer mañana. De momento, disfruto de mi compañía y de lo apañadita que resulto hasta para asar unas costillas en la barbacoa al lado de la piscina. Hace una noche preciosa y nada mejor después de cenar que un bañito para refrescarme.

Totalmente desnuda me tumbo sobre el agua contemplando las estrellas y pensando que no puede haber nadie en el mundo ahora mismo, que esté mejor que yo.

Me pregunto qué estará haciendo Ian y no puedo evitar, que me asalte algún remordimiento por lo tonta que fui. Aún no me explico qué me pasó para reaccionar así con él. El portazo todavía resuena en mis oídos.

Completamente relajada, me voy a dormir de madrugada porque, aunque me encantaría dormir aquí en la hamaca, estoy empezando a tener algo de frío. ¿Será porque voy desnuda y tengo el pelo mojado?

Duermo como un bebé desde que llegué. No se oye absolutamente nada ni por la noche, ni por la mañana; así que todos los días me levanto en alguna hora indeterminada entre las doce y las tres. Casi puedo juntar el desayuno con la comida. Hacía muchos años que no dormía tanto y ya empiezo a notar los beneficios de mi cura de sueño.

Cada mañana, por llamarlo de alguna manera, salgo al porche con mi café y me siento a leer o a escribir, según me venga la inspiración. Tengo una mesa de jardín con un par de sillas a juego y un candil para poner velas por la noche. El otro día me sorprendí escribiendo a la luz de la vela, como Cervantes; fue una experiencia

maravillosa.

Después de desayunar, voy a la piscina con la intención de hacer eso que más me gusta, que es tumbarme al sol como las lagartijas y darme la vuelta como los chuletones en la brasa. Loli me sorprende por el camino regalándome dos horas de parking en el centro de Málaga, al lado de donde esta noche, tiran los fuegos artificiales con motivo del inicio de la feria.

Parece dispuesta a que conozca la ciudad a como dé lugar.

Mira que me conozco y me da miedito perderme; ahora que tengo el barrio controlado y empezaba a sentirme segura.

Ella insiste en que es muy fácil, que no tiene pérdida y hasta me introduce la dirección en el GPS del móvil, el cual estaba apagado desde el día que llegué. Maldita la gracia que me hace encenderlo.

Definitivamente hay que ir a ver los fuegos artificiales a Málaga. El día me lo paso vagueando y a eso de las ocho de la tarde, comienzo a arreglarme porque prefiero salir con tiempo, por si acaso.

Llegar hasta la ciudad en cuestión ha sido demasiado fácil, ahora bien, encontrar el maldito aparcamiento me ha costado ¡dos horas exactas de reloj!

Y no por nada, sino porque media ciudad está en obras y la otra media cortada a consecuencia de la dichosa fiesta y claro, el aparatito GPS no detecta todos estos imprevistos.

Creo que he pasado dos horas dando vueltas a la misma manzana.

Al final, sin saber ni cómo y después de preguntar a un montón de gente que ¡casualidad! ninguno era de aquí, encuentro el sitio en cuestión. Espero que no me cueste tanto encontrarlo a la vuelta y en ese momento que estoy guardando el móvil en el bolso antes de salir del coche, me doy cuenta de que me estoy quedando sin batería y que, sin su ayuda, no voy a poder volver a casa.

La batería está en rojo y por un momento dudo de volverme a casa sin ver nada que, con suerte me aguanta la vuelta. ¡Ni de coña! Con lo que me ha costado llegar hasta aquí, no me vuelvo sin ver, aunque sea los fuegos de Málaga. Resuelvo que buscaré por algún bar a ver si alguien me puede hacer el favor de cargármelo un poco porque estoy casi convencida de que no aguanta ni medio camino.

Afortunadamente tengo la lucidez de apagarlo para que no se siga consumiendo

más. Voy un poco apurada porque pienso que el espectáculo será a la misma hora que en Bilbao, sobre las diez y media; pero cuál no es mi sorpresa cuando al llegar al lugar donde se sitúa la gente me entero de que no empiezan hasta las doce de la noche.

En un primer momento me alegra la noticia y pienso que voy a buscar un bar para resolver lo del móvil.

Será absurdo, pero voy fijándome en la cara de los camareros como si en vez de pedirles que me cargaran el móvil les fuera a atracar. Quizá voy buscando a alguno con cara de buena persona, porque se les ve a todos bastante estresados y no es para menos; todos los locales lucen repletos de cuadrillas de todas las edades, esperando ser servidos.

Por fin encuentro uno menos saturado de gente y decido empezar por pedirme una caña. No pienso beber mucho porque tengo que conducir de vuelta y con las vueltas que he dado para entrar, no tengo ni idea de por dónde tengo que salir siquiera; así que más me vale hacerlo serena.

Una vez me ha servido el camarero, pongo mi mejor cara y le explico toda la historia de que estoy de vacaciones en un pueblo cercano y que he venido a ver los fuegos, pero que el móvil se me ha quedado sin batería y no sé volver sin GPS. Respiro porque le he soltado todo eso de carrerilla, he dejado que me desborde el pánico a no saber si podré regresar.

El chico me mira, como si con la mitad del rollo hubiera bastado y me contesta muy seco:

-El jefe nos prohíbe tener móviles aquí.

- ¿Y cargadores? -ha sonado desesperado, lo sé.

Está claro que no voy a sacar más de él y su “enorme amabilidad”, así que con toda la resignación del mundo y pensando en la mejor forma de volver, me siento en la terraza a tomarme la cerveza.

Media hora y un caos mental total después, veo que un joven se acerca a la puerta de los baños, saca un cable de su bolsillo y ¡milagro! Pone su móvil a cargar y se queda ahí de pie con él en la mano.

Prácticamente brinco de la silla sin pensar siquiera en lo que voy a decirle y cuando llego a su altura, teniendo casi que frenar para no darme de bruces con él, lo único que se me ocurre decir es:

- ¿Vas a estar mucho tiempo aquí? -claro, yo en realidad pensando en el tiempo que iba a tener para cargar el aparato.

Su cara me indicó que no pensaba en lo mismo que yo. Se acojonó y creo que pensó que yo era una loca. Para más desgracia su cargador y mi aparato, no eran compatibles.

No conseguí cargar el móvil, pero por mis cojones, que vi los fuegos artificiales y conocí la ciudad más de lo que había previsto en un primer momento.

Capítulo 20: Contraespionaje.

Decido seguir al sospechoso nada más salir éste del supermercado. Camina un par de calles con tranquilidad, en dirección opuesta a donde tienen el piso Edgar y Luis, gira a la derecha y se mete en un Renault blanco. Arranca y se pierde entre el tráfico, dejándome con la incertidumbre de qué será lo que lleva en la misteriosa bolsa.

Vuelvo sobre mis pasos para reunirme con Jorge que sigue su vigilancia desde el coche.

- ¿Novedades? -pregunto.

-Por aquí nada -hace una mueca de aburrimiento.- ¿Has tenido tú más suerte?

Inmediatamente le pongo al corriente de lo que he descubierto y la prioridad ahora es saber qué se están pasando, porque ya está claro que algo están intercambiando en las bolsas del súper.

Trazamos un plan de acción que pensamos llevar a cabo al día siguiente, pues se supone que es el día que se vuelven a Bilbao, si siguen la misma rutina de la otra vez; hasta ahora, todo indica que así será.

Nosotros repetimos también la vigilancia del día anterior, esperando que los dos salgan del bar.

Una vez terminan su habitual desayuno, Jorge va detrás de ellos para comprobar que, efectivamente, regresan a Bilbao. Yo me quedo y, pasados unos minutos, entro de nuevo al establecimiento, pido un café y, esta vez, voy derecho al lugar del baño donde estoy seguro que han dejado la llave.

Tranquilo porque sé que hasta las ocho no vendrán a recogerla y tengo margen de maniobra, cojo la llave y una vez pagada mi consumición, voy directo a la taquilla a recoger lo que quiera que sea que han dejado.

Casi al tiempo que recojo el pedido, recibo un mensaje de Jorge confirmando que han salido ya y van dirección a la autopista. Le digo que tengo el encargo y que pase a recogerme que nosotros también nos vamos.

Una vez en el coche, abro la bolsa en la que hay un paquete marrón con forma de ladrillo. Saco mi navaja y le hago un pequeño corte en un extremo que me permite comprobar, que lo que están pasándose es cocaína. Y muy buena, por cierto.

-Vaya con los agentes -silba Jorge.

-Sí; esto arroja dos preguntas más: ¿de dónde la sacan? Y ¿a quién se la venden?

-Y ¿por qué? Ellos son polis.

-Bueno, bien podría ser por dinero amigo; no olvides que los sueldos oficiales tampoco son para tanto.

-Y para ganar esa mierda uno se juega el tipo todos los días -responde con hastío.- Mira tu hermano.

Más que de mi hermano me acuerdo de Eva y las irrefrenables ganas de verla, empiezan a superar el propósito que me había impuesto de dejarla tranquila.

-Y ... ahora que lo pienso... ¿sería a ellos a los que estaba investigando Freddy?

-Jorge sigue atando cabos.

-Puede que lo descubrieran y lo mataran por ello. Eso tendría mucho más sentido que la versión del lío de faldas -señalo.

-Nunca hubiera dicho que Edgar pudiera ser un asesino, pero esta profesión, me ha demostrado tantas cosas que parecían imposibles y luego eran realidades, que no pondría la mano en el fuego por nadie.

-Siguiendo esa teoría, puede que fueran ellos también los que hayan entrado en casa de Laura y de Eva para buscar ¿qué? ¿Qué estarían buscando?

-A juzgar por lo que hemos visto estos días, no hubiera hecho falta simular un robo para que Edgar entrara en casa de tu cuñada; la visita muy a menudo... -bromea.

-Sí, pero ella misma me confirmó que su amistad se había fortalecido a raíz del asalto, ¿quién sabe si Edgar lo tenía todo preparado de antemano? -medito un momento- De esa forma mataba dos pájaros de un tiro: buscaba lo que quería y tenía el detonante para que mi cuñada se echara a sus brazos.

-Parece que le ha salido muy bien la jugada. Sólo nos falta por saber qué es lo que están buscando.

-Volvamos a Bilbao, a ver si averiguamos al menos de dónde sacan la coca.

Me alegra saber que Eva y yo estamos en la misma ciudad y que, tal vez la casualidad juegue sus cartas, y haga que nos encontremos. La vocecilla diabólica de mi interior me grita que para qué quiero verla, si me va a salir con la cantaleta de que está enamorada del muerto. ¡Qué sarcástica cuando se pone! Como Eva; todo me recuerda a ella y le explico a mi diablillo que, aunque me duela, prefiero verla.

Soy testigo de la conversación telefónica que mantiene Jorge con María apenas llegamos a Bilbao.

Sin duda alguna, se mueren por estar juntos y pensando que un par de días aquí me puedo apañar sólo con la investigación, le sugiero que se quede con ella. Le aseguro que si hay alguna novedad le avisaré, que esté tranquilo y disfrute de su compañía.

-Jorge -le retengo un momento antes de que se vaya.

-Dime Ian.

- ¿Sabes algo de Eva? -lo necesito.

-No, no hemos hablado nada *brother*, lo siento. Si me lo hubieras dicho antes.... - hace una mueca de disgusto.

-Ya claro, tranquilo -suspiro.

-Si quieres luego le pregunto a María y te digo algo ¿sí? -propone guiñándome un ojo antes de salir del coche.

Menos da una piedra. Al menos tendré alguna noticia suya; qué hace, cómo está, no sé, lo que sea.

A la mañana siguiente la llamada de Jorge me sorprende con el café en la mano.

Me lo estoy tomando en la terraza, en el mismo sitio donde desayunó ella.

-Lo único que he conseguido que me diga María, es que Eva se ha ido de vacaciones.

- ¿De vacaciones? ¿A dónde?

-No lo sé, ha sido imposible sacárselo porque dice que le juró a su hermana, que no me lo diría ni a mí -se ríe.- Y te aseguro que he utilizado todo tipo de torturas

para sonsacarle.

- Ya imagino ya -no quiero ni pensarlo- ¡Dichosa mujer testaruda!

-Lo siento Ian; parece que necesitaba pensar y estar sola.

-Sí, me lo ha dicho mucho últimamente -respondo con sarcasmo.

-Se fue al día siguiente de vuestra discusión; es todo lo que sé -hace una pausa y cambia de tema.- Bueno y ¿qué vas a hacer? -me pregunta.

-Por lo pronto quiero pasar por comisaría para hablar con Rubén. Vamos a ver qué tan al tanto está de los viajecitos de esos dos. Al fin y al cabo, el piso está a nombre de su mujer y eso, lo relaciona con ellos directamente. No descarto tampoco pasarme por el juzgado para ver si veo al forense.

-Perfecto, mantenme informado. Ya te dije que con Ángel no deberías tener ningún problema, él y Freddy siempre fueron buenos amigos.

-A juzgar por la conversación que tuvimos la otra vez, igual resulta que también prefiere a mi hermano, -bromeo- pero no te preocupes, pásalo bien.

Entro en comisaría y voy caminando entre los diferentes despachos hasta llegar frente al de Rubén, al que veo más que ocupado en lo que parece algún tipo de discusión con Edgar y Luis. Prefiero que no reparen en mí de momento, así que cojo una revista policial y me pongo a ojearla mientras voy observando sus movimientos nerviosos, por encima de las páginas.

Parece que llegan a algún tipo de acuerdo e inmediatamente los dos agentes salen y, ahora sí me ven. Edgar me mira de arriba abajo cuando sale del despacho.

-Me estás empezando a cansar -dice arrastrando las palabras- pero voy a terminar con esto de una vez -y una sonrisa que no dice nada bueno, cruza su rostro antes de marcharse seguido de su compañero.

Supongo que están nerviosos porque a estas alturas ya sabrán que les han robado un paquete, pero no sé qué es lo que le hace sospechar de mí. He sido muy cuidadoso en las vigilancias y en la caracterización. Lo único de lo que podría sospechar es de que aún no me haya marchado a Bruselas. Simplemente no ha debido de gustarle perder la mercancía, pero yo a cambio, confirmo que Rubén está metido en el ajo.

Me basta que el piso esté a nombre de su mujer y haberles visto discutiendo ahora. Entro al despacho.

- ¡Buenos días comisario! -hago énfasis en su cargo.

-Buenos días Ian -me responde nervioso.- ¿En qué puedo ayudarte? Me pillas en medio de un caso y...

-Seré breve no te preocupes; -le interrumpo- es sólo que estaba pensando en marcharme de vacaciones, a alguna de esas maravillosas costas españolas. Digamos, por ejemplo, ¿Valencia?

Su cara cambia de color, aunque trata de disimular; saca el pañuelo y se seca el sudor de la frente. Hace mucho calor, pero creo que su sudoración está más relacionada con los nervios.

-Y... ¿por qué me lo cuentas a mí? -pregunta dudoso.

-Simplemente por si sabes de algún piso o algo que pudiera alquilar para hospedarme -le resto importancia.

-Siento no poder ayudarte Ian, pero no -su respuesta es seca, cortante.

-Entonces supongo que me habrán informado mal... -su cara es un poema y yo empiezo a divertirme- me habían comentado que tenías un piso en Valencia, pero no te preocupes, ya encontraré algo para mis vacaciones.

Y sin más, me levanto de la silla y me despido. Por el momento creo que basta, no quiero cabrearlos más de lo necesario.

-No te entretengo más Rubén, tienes trabajo que hacer.

Echándole un poco de leña al fuego, quizá consiga que se pongan más nerviosos de lo que están y cometan algún error garrafal que me sirva para desenmascararles.

El seguimiento de éstos dos en Bilbao sigue siendo muy pesado y no consigo, de momento, saber de dónde sacan la coca. No he observado nada raro, ni tratos con nadie en especial. ¿De dónde la sacaran? De momento, sigo vigilando a Edgar que está en casa de Laura.

Sumido en mis pensamientos de pronto, me revuelvo inquieto. Es una sensación de alerta, me siento observado y automáticamente me dejo resbalar por el asiento, hasta quedar camuflado por el volante. Con disimulo reviso todos los espejos

buscando el motivo de mi sobresalto. A priori no veo nada sospechoso, es de noche y la calle está desierta a excepción de unos cuantos coches aparcados. Un laguna negro llama mi atención y fijándome con más detalle, me parece detectar un movimiento dentro del coche.

¡Mierda! ¡Me han descubierto!

Arranco el coche y salgo de allí a toda leche sin dar tiempo a que me sigan. Durante una hora, doy un rodeo extraordinario antes de llegar a mi casa.

Necesito llamar a Jorge y contarle que me han descubierto y, ahora sí estarán seguros de que he sido yo quién robó su mercancía. Por un momento imagino que mi hermano debería andar en el mismo punto, o más avanzado que yo y por eso le quitaron de en medio.

Tal vez lo que están buscando es la información que Freddy hubiera podido reunir en su contra, pero no creo que mi hermano fuera tan cabrón de esconder en casa de cualquiera de sus mujeres, algo que pudiera comprometer su vida. Lo mismo se llevó lo que sea que buscan a la tumba.

Inmediatamente llamo a Jorge para informarle de las novedades. No cabe duda de que el caso se está complicando bastante y está de acuerdo con mi versión del asesinato de Freddy y, sobre todo, con el móvil del crimen.

Es indudable que cada vez estamos más cerca de pillarlos y nos vendría bien saber de dónde sacan la droga.

- ¡Un momento! -exclama Jorge- ¡La comisaría! Esa comisaría tiene un depósito de material incautado. Seguro que también hay cocaína de las redadas.

- ¡Vaya! Eso terminaría de encajar las piezas del puzle y explicaría por qué no hemos podido pillarles cogiéndola.

- ¡Claro! Sacan la droga del depósito aprovechando que es su lugar de trabajo y la vuelven a poner en circulación, cobrando así un sobresueldo. El único problema para nosotros y ventaja para ellos es, que esos almacenes no llevan registro de quién entra y quién sale. Además, todo lo que se incauta puede pasar años en ese almacén, sin que nadie se acuerde de ello. La fórmula perfecta para unos polis.

-Y Rubén se lleva la pasta por poner el piso y hacer la vista gorda -completo la explicación.- Haría falta una orden judicial para hacer inventario de todo el

depósito y comprobar lo que falta. Estoy casi seguro de por qué murió mi hermano.

-Hay que extremar las precauciones Ian; ahora saben que vas detrás de ellos y ellos están detrás de ti. Ándate con mucho ojo *brother*, si no quieres acabar como él.

-No te preocupes, sé cuidarme solito -bromeo.

Al despedirme de Jorge, me sirvo una copa de vino de ese Zagal que tanto le gusta a Eva y me siento en la terraza, a tratar de recopilar toda la información que tenemos.

Un espeluznante sobrecogimiento me recorre en un segundo, señalando lo que parece un mal presentimiento.

Quizá debería empezar a temer por mi vida yo también. Trato de imaginar qué puede ser lo que Freddy tenía y están buscando. También pueden pensar que yo lo he encontrado. Como quiera que sea, confirmo que me acabo de convertir en una diana andante cuando suena mi teléfono.

- ¿Inspector Baeza? -pregunta una distorsionada voz.

-El mismo, ¿con quién hablo?

-Eso es lo de menos; si quieres volver a ver a tu chica con vida, tendrás que devolver lo que has robado -amenaza.- Te enviaremos la ubicación y procura darte prisa, si quieres que quede algo de esta preciosidad.

¡Eva! ¡Tienen a Eva!

Capítulo 21: Secuestrada.

Y tanto que conocí Málaga y donde coño quiera que me encuentre ahora, que no tengo ni idea. Pero volvamos a la noche que empezó la feria, y nunca mejor dicho.

No hubo forma de recargar la dichosa batería, pero mi móvil al final, se portó como un campeón y afortunadamente, me aguantó la carga para volver a mi paraíso privado.

Aún recuerdo la falsa sensación de seguridad que tuve, cuando después de media hora de camino acojonada, pude volver a entrar en la cabañita. Me di un baño en la piscina y me relajé en la hamaca mirando las estrellas, sintiéndome muy orgullosa de mí misma, por haberme traído de vuelta a casa sana y salva. Poco podía yo imaginar en ese momento, lo que sucedería la noche siguiente.

Había cenado algo ligero, después de haber pasado un maravilloso día de playa y me había puesto a escribir a la luz de la vela, que tan inspiradora había resultado. Empezaba a comprender mi extraña afición por las velas desde pequeña y el sosiego de la playa, me había proporcionado unas cuantas ideas; así que escribí como una locomotora.

Serían como las tres de la mañana cuando me acosté agotada, sobre todo por la postura. Recuerdo que me dolían mucho los riñones y al tumbarme en la cama, pensé en Ian y en sus preciosas manos.

Caí en un profundo sueño, imaginando los masajes que deberían dar esas manos y recordando sus caricias en mi piel. Me sorprendí extrañando el calor de su cuerpo y me abracé a la almohada tratando de suplirle. No pensé en su hermano, ni me acordé.

No sé cuánto tiempo conseguí dormir, pero lo que sí sé es que, en medio de mi sueño, alguien allanó la casa y me secuestró. Desgraciadamente para mí, esta vez no estaba soñando; era muy real.

Me pusieron un saco en la cabeza, como hicieran el día que entraron a mi casa, me ataron las muñecas a la espalda con unas bridas y me metieron a la fuerza en el maletero de un coche, sin darme tiempo siquiera a ser consciente de lo que estaba ocurriendo.

Calculo que pasaron unos veinte minutos hasta que detuvieron el vehículo de nuevo; tiempo más que suficiente para imaginar las peores cosas que podían pasarme. Tenía la espalda aún más dolorida por la postura del maletero, me sacaron casi a rastras al llegar y me torcí un tobillo al bajar.

No podía caminar, me dolía mucho el pie; además seguía con la cara tapada por lo que tampoco podía ver, pero a ellos les dio igual a juzgar por el bofetón que me dieron, acompañado de aquella ofensiva frase:

“¡Muévete perra! No tenemos todo el día.”

Un sabor metálico en la boca me informó de que estaba sangrando y casi a rastras me trasladaron unos metros. Me dejaron atada a una silla y éste, es el punto donde me encuentro ahora mismo; no me han descubierto el rostro y una sensación de asfixia empieza a invadirme haciendo saltar todas las alarmas de mi cuerpo. Tengo miedo, lo reconozco.

Es un sentimiento bastante desconocido para mí porque no me suelo asustar fácilmente ante las adversidades, pero ahora, tengo miedo. Temo por mi vida y lo peor es que tengo varias posibilidades para morir, de varias maneras diferentes. En el número uno de la lista creo que se encuentra la asfixia, para el segundo hay varias opciones disputando el puesto.

Maldigo el maldito momento en que fui a Málaga y encendí el móvil; seguro que me han localizado por eso. Con lo bien que estaba apagado y se tuvo que empeñar Loli en que fuera a conocer la dichosa ciudad.

Empiezo a sentir mucho frío, pues sólo llevo una camiseta de tirantes verde que suelo ponerme de vez en cuando para dormir. Agradezco al cielo que hoy me haya dado por hacerlo, estaría desnuda si no ahora mismo.

Entre el frío y el miedo trato de serenarme y ser un poco racional. No soy capaz de calcular el tiempo que llevo aquí, se me ha hecho demasiado largo. Repaso mentalmente el secuestro y mi instinto me dice que deben ser los mismos que entraron en mi casa aquella noche.

La policía pensaría que ese detalle del saco en la cabeza, los relacionaría por el modus operandi; se me ha pegado, ya pienso como ellos.

Ellos, y de inmediato dos nombres asaltan mi cabeza: Ian y Freddy. Me pregunto si tendrá relevancia el hecho de que Ian siempre aparezca primero. Si tengo en cuenta que no me acordé de Freddy anoche...

Trato de coger una bocanada de aire y agacho un poco la cabeza, para tratar de aspirarlo del exterior de mi cobertura y al hacerlo, reparo en que quizá moviendo la cabeza arriba y abajo, pueda desplazar el saco y echarlo hacia atrás. Un poco al menos. Necesito aire y no me lo pienso dos veces.

Repetidamente muevo la cabeza tratando de coger un trozo con la barbilla para empujarlo. Paso un buen rato gastando el poco aire que tengo, sin muy buenos resultados. No puedo rendirme.

Lo intento al revés, trato de engancharlo con la nuca. Mover el cuello se me da de lujo; agradezco tantas horas de ordenador y los numerosos estiramientos del mismo que me obliga a realizar.

Un poquito más, ahora hacia los lados, ya casi; se desplaza hacia arriba, sacudo la cabeza a un lado y poco a poco consigo quitármelo. ¡Al fin! ¡Aire!

Todo está oscuro y cuando mis ojos se acostumbran al nivel de luz, observo que estoy en alguna especie de fábrica abandonada.

El edificio se está cayendo a pedazos y casi todas las ventanas están rotas. Como para no tener frío con la corriente de aire que hay aquí. Menos mal que estamos en el sur.

Unas vigas de metal sujetan la estructura del techo y en un lateral hay una especie de encimeras de acero inoxidable. Un cadáver, de lo que algún día debió de ser una máquina, yace al fondo del pabellón olvidado. Unas maltrechas escaleras de metal a su derecha, conducen a una pequeña oficina que hay en el piso de arriba.

La luz está encendida pero no puedo ver nada desde aquí. Apenas unas sombras que parecen moverse por la estancia.

¿Qué pueden querer de mí? Yo no tengo nada y por no tener, ni tan siquiera tengo idea de por qué murió Freddy. Ian dijo que buscaban algo en mi casa, pero si no estaba ¿qué tengo yo que ver en esto?

Y ¿por qué no cogen a su mujer? También entraron en su casa, digo yo. ¿Habrán ido a por ella?

Sólo me faltaría para rematar las vacaciones, terminar en esta silla, con la mujer de Freddy atada a la espalda.

¡Ay por Dios! Si tengo que morir que sea dignamente, no me hagas esto universo, ¡que te conozco!

De pronto se nota movimiento en la oficina, se apaga la luz y tres hombres bajan de prisa por la escalera.

- ¡Se ha descubierto! -dice uno de ellos al verme.

-Déjala, no saldrá viva de aquí -le contesta el otro sin inmutarse.

Apenas puedo distinguir sus rostros desde mi posición, pero esa voz y esa silueta.... ¿¡Edgar!? No tendrá valor de matarme; o eso espero.

Los tres se dispersan y yo no puedo creer que ese malnacido me haya hecho esto, ni por qué.

La única persona que nos une o nos unía, mejor dicho, es Freddy y al pensar en ello, un estremecimiento recorre mi espalda, al descubrir que tal vez fue él quien lo asesinó.

Poco le ha costado decir que me va a matar a mí también y ahora que lo pienso... ¡ha dicho que no saldré viva de aquí! Un escalofrío me recorre porque de pronto, le creo muy capaz de hacerlo.

Por un instante el pánico se apodera de mí, pero enseguida comienzo a moverme desesperadamente, intentando zafarme de las ataduras. De momento no veo a ninguno de los tres y puede ser mi ocasión de escapar, si consigo soltarme.

Cada vez me muevo con más fuerza a pesar de que noto el dolor en el tobillo; eso no mata, pero quedarme aquí....

De pronto, la imagen de mi pesadilla vuelve con fuerza recordándome la cantidad de cosas en común con éste momento: me duele el tobillo, trato de escapar y temo por mi vida.

Me angustio y me remuevo con más fuerza aún. La silla cae al suelo proporcionándome un buen golpe, en el preciso momento en el que veo a Edgar, junto a otro hombre, apuntando cada uno con su pistola a, ¿¡Ian!?

Tengo que esforzarme mucho para poder alzar la cabeza y ver lo que está ocurriendo. Me duele todo el cuerpo.

-Parece que nuestra amiguita tiene prisa -dice el hombre.

-Ya te dije que era una fierecilla -contesta Edgar.- A mí no me importaría domarla, ella ya lo sabe; -ríe mirando a Ian- es una pena que no tenga tiempo.

- ¡Eva! ¿Estás bien? -Ian parece aliviado al verme.

- ¡Corta el rollo y danos lo que has traído! -escupe Edgar.

- ¡Toma! -le lanza algo que no alcanzo a ver.- Y ahora ¡suéltala!

El que va con Edgar y ahora imagino que será su compañero, recoge el objeto, lo examina y le hace un gesto indicándole que está bien.

- ¡Suéltala! Ya tienes lo que querías.

-No tan deprisa inspector, ahora quiero las pruebas ¡sé que las tienes tú!

- ¿Qué pruebas? -pregunta Ian- No dijiste nada de ninguna prueba; no sé de lo que me hablas.

-No te hagas el tonto, sé perfectamente que te has estado acostando con ella -me apunta con la pistola y me encojo- para conseguir las pruebas que le dio tu hermano.

- ¿Mi hermano? -se extraña.- Pero...¿Qué estás diciendo?

-Sí, el muy cabrón se pasó de listo y quería desmantelarnos el negocio. Era un hijo de puta con suerte y con una mujer preciosa, a la que nada le costó cambiar por otra. Por una cualquiera... -su desprecio es palpable- Me alegro de que tuviera su merecido y sólo me arrepiento de no haber sido yo quien disparara.

-Eso nos hubiera gustado a todos -añade mordaz el otro- pero era más divertido que lo hiciese su compañero y fuera él quien se pudriera en la cárcel.

-Reconozco que fue muy fácil drogar al tonto de Jorge; -sigue Edgar- tan ocupado con su mamaíta siempre, que descuidó su trabajo y hasta su vida. Me costó convencerme de que realmente no sabía nada de lo que su amiguito estaba investigando.

Y ahora me doy cuenta de que, en el fondo, le hice un favor quitándole de en medio a su madre y a su compañero que, a la larga, seguro le habría traído problemas.

- ¿Qué culpa tenía la madre de Jorge? ¿Qué necesidad había de matarla? -insiste Ian.

Desde el suelo trato de tragarme la conversación de la que estoy siendo testigo y apenas puedo creer lo que oigo. Este tipo acaba de reconocer que drogó a Jorge y

mató a su madre casi sin pestañear. Espero que Ian sepa lo que hace, porque de verdad no le va a temblar el pulso, a la hora de acabar con los dos.

-Necesidad ninguna -prosigue Edgar- pero cuando vi a ésta zorra en el hospital con su hermanita metiendo las narices y después en el calabozo, cuando Jorge les dijo que cuidaran de su mamita, preferí quitarla de en medio por si acaso. No me daba buena espina. Total, para lo que le quedaba, todos salimos ganando con su muerte.

Rompo a llorar ante tanta crueldad y no quiero pensar en lo que sufrió Inés. Me siento culpable sólo por el hecho de haber ido a por café aquel día y encontrarle. Tal vez si me hubiera quedado en la habitación, Inés seguiría viva.

-Yo no sé nada de ninguna prueba, tienes que creerme Edgar -Ian retoma la situación.- Te estoy diciendo la verdad.

- ¡Estás mintiendo! -se gira hacia mí con el arma- la mataré, te juro que la mataré si no me las entregas.

Yo tengo la sensación de que el mundo se ha detenido y dentro de la fotografía que observo, Edgar me apunta con su pistola y su compañero hace lo propio con Ian. Yo no sé si sea verdad que él tenga lo que le piden o no; sé que estaba investigando la muerte de Freddy y él fue quien me dijo que ellos buscaban algo, pero nunca mencionó que hubiera encontrado nada.

Supongo que, si lo hubiera hecho, no estaríamos ahora mismo en esta situación que bien pudiera ser la última de mi vida.

En milésimas de segundo me da por pensar qué hubiera sido si no hubiera venido a Málaga, si no hubiera conocido a Freddy, ni a Ian, ... Ahora todo eso ya da igual. Empiezo a comprender que tenga o no Ian lo que quieren, no vamos a salir vivos de aquí.

Casi prefiero que no se salgan con la suya y que, aunque sea después de muertos nosotros, alguien encuentre las dichas pruebas y les haga pagar por todos sus crímenes.

Busco la mirada de Ian porque quiero que sea la última imagen que me lleve de este mundo en la retina, y creo adivinarle un gesto que me indica tranquilidad.

Deseo con todas mis fuerzas confiar en él y en que tiene la situación bajo control, aunque es realmente difícil cuando te están apuntando con un arma.

-Yo creo que dice la verdad -señala el que apunta a Ian.

-Pues entonces habrá que matarlos a los dos -sentencia.- No pueden quedar cabos sueltos. Átate a su espalda y acabemos con esto de una vez.

El compañero se acerca a Ian indicándole con la pistola que se ponga detrás de mí. Edgar lanza otra silla de una patada y la colocan a mi espalda.

Ahora por lo menos podré sentir su calor. No sé cómo pretenden matarnos, pero con él a mi lado, seguro será menos doloroso.

Y es en ese preciso instante que descubro, que me he enamorado de él.

Capítulo 22: Te quiero.

La idea de volver a sentir a Ian junto a mí, me duró apenas los breves instantes, que él tardó en reaccionar y girándose con la pierna en alto, desarmó a su oponente haciendo saltar el arma hasta sus manos.

Con una agilidad digna del mejor de los maestros de artes marciales, agarró al susodicho por detrás apuntándole con la pistola en la sien, al tiempo que me miró y preguntó:

- ¿Estás bien?

Yo asentí porque no me parecía el momento adecuado para contarle mis múltiples problemas y creí más oportuno darle algo de tranquilidad. Al fin y al cabo, no pensaba moverme así que podría aguantar con lo mío.

- ¡Suelta el arma! -gritó dirigiéndose a Edgar.- O lo mataré -apretó la pistola para darle credibilidad a su amenaza.

La tensión fue cortante por unos instantes en los que pareció que Edgar iba a desarmarse y yo me preguntaba si Ian habría matado a alguien alguna vez. Pero resultó pronto para cantar victoria.

-Suéltala tú, o te mataré yo a ti - el seguro del arma sonó, indicando que iba en serio.

Y es que el tercer secuestrador acababa de hacer acto de presencia, llevándose por delante las pocas esperanzas que teníamos de salir vivos de ésta y apuntando a la cabeza de Ian por detrás.

Por lo menos mis esperanzas, ya que yo, era totalmente ajena a lo que estaba por resolverse.

Ian soltó su presa y lanzó el arma con el pie, tan lejos como pudo. Me pareció que fue a parar detrás de aquella máquina olvidada.

- ¡Rubén! -exclamó Ian al volverse y ver quién le apuntaba- debería haberlo previsto. Aunque sinceramente nunca pensé que volverías a sacar tu gordo culo del despacho; siempre has sido demasiado cobarde para ser agente de campo.

-Sí, si bueno; dejémonos de sentimentalismos y acabemos con esta situación cuanto antes. ¿Dónde están las pruebas?

-Parece que ninguno de los dos sabe nada, jefe -contesta Edgar.- Deberíamos quitarlos de en medio directamente. Al menos ya tenemos la mercancía.

Retomo el viejo pensamiento, de que hasta aquí hemos llegado a no ser que vuelva a ocurrir un milagro y la situación gire de nuevo a nuestro favor. Rezo todo lo que sé.

-No tan deprisa -se oye una voz al fondo que se me antoja como la respuesta a mis plegarias.

Jorge aparece de la nada apuntando directamente a la cabeza del tal Rubén y detrás de él, un ejército de policías armados hasta los dientes, viene al rescate. Ian le hace un gesto como diciéndole que ya era hora.

- ¿Qué coño haces tú aquí? -pregunta atónito Edgar.- ¿No deberías estar en la cárcel?

-Eso es lo que vosotros querías que pasara -alega otro agente poniéndose al lado de Jorge - ¡Tira el arma!

-Y ¿quién coño eres tú?

-Agente judicial Roberto Escudero, llevo el caso del compañero al que tú asesinaste.

-Y gracias al cual, hemos podido mantener el secreto de mi libertad estos días -sonríe Jorge triunfante.

¡Ahora sí estoy convencida de que Dios existe y me escucha!

En un momento se forma un despliegue de agentes que detienen y desarman a los tres delincuentes, tirándolos boca abajo en el suelo para esposarlos. Hay varios rostros asombrados, al reconocer que ésta vez los malos, también son polis. Jorge hace señas a unos cuántos indicándoles algo.

Ian se lanza desesperado de rodillas al suelo, junto a mí. Me mira fijamente unos segundos y pasea sus dedos por la herida que debo de tener en la cara. Hace una mueca de disgusto y suspira al comprobar que tampoco es tan grave. Una sonrisa se escapa de sus labios y mi corazón le corresponde con su frenético ritmo.

-Te quiero, Eva -dice antes de besarme con ternura.

¡No se puede ser más mono! Disfruto muchísimo del beso y de su ansiado contacto hasta que se separa y vuelve a mirarme.

- ¿No dices nada? -está un poco desconcertado.

- ¿Qué te parece si empiezas por soltarme, *cielo*? -pongo mi mejor cara de niña buena.

Ambos nos echamos a reír aliviando los momentos de tensión que acabamos de pasar, mientras me va desatando con delicadeza y yo imagino un lugar mejor, donde me gustaría que él me tuviera atada.

Cuando me ayuda a incorporarme, se da cuenta de que no puedo apoyar el pie izquierdo que luce bastante hinchado.

Me toma en sus brazos al estilo “Oficial y caballero” y saliendo del maldito lugar al que no quiero regresar nunca más, anuncia a voz en grito:

-Me la llevo al hospital Jorge. Encárgate tú de todo -saca un aparato del bolsillo y se lo lanza.

-Eso está hecho inspector -contesta recogiendo el aparato al vuelo y sonriendo.

Me deposita en el asiento del copiloto y es cuando da la vuelta al auto, que veo a Edgar metido en la parte trasera del coche patrulla que hay enfrente de mí.

Creo adivinar una sonrisa en sus labios que no dice nada bueno y la sangre se me congela en las venas, sin intentar adivinar siquiera qué trata de dar a entender.

Ian entra en el coche y me distrae cogiéndome por la barbilla, en ese gesto tan suyo que me encanta, y me besa. Con delicadeza. Sin prisa.

Supongo que ahora tenemos todo el tiempo del mundo para nosotros y mientras esperamos que me venden el tobillo y me curen la herida en la sala de urgencias, Ian me cuenta con todo lujo de detalles cómo Freddy estaba a punto de descubrir que Edgar, Luis su compañero y Rubén el comisario, tenían montado un negocio por el que sacaban droga, de la que se guardaba en comisaría de las incautaciones, y la volvían a poner en circulación sacándose así una pasta gansa.

Al parecer ellos sabían que todo lo que se guarda en el almacén, termina pudriéndose allí; así que era bastante difícil que nadie sospechara nada.

Me explicó con todo lujo de detalles que se iban a venderla hasta Valencia y cómo, él y Jorge, tuvieron que seguirles en un par de ocasiones hasta que les robaron la mercancía para saber qué se traían entre manos.

Ése fue, al parecer, el detonante para que me secuestraran y le obligaran a devolver la mercancía; pero Jorge y él prepararon enseguida el plan de acción para cazarlos y por eso, Ian tenía la grabadora encendida, mientras hacía que Edgar confesara. Es el aparatito en cuestión que le lanzó a Jorge antes de venir al hospital.

Lo que nadie imaginaba es que también hubieran matado a la madre de Jorge; ¡pobre mujer!

También me contó cómo habían planeado el asesinato de Freddy, drogando a su compañero con burundanga para que cometiera el crimen y de paso pagara las consecuencias en la cárcel.

De ésta forma se quitaban a los dos de en medio porque, aunque Jorge no estaba al corriente de la investigación que Freddy estaba llevando a cabo, era más seguro desacreditarlo y encerrarlo. Por si acaso.

El tema de argumentar que fue un lío de faldas, parece ser que se debió a que Edgar, estaba enamorado de Laura y le interesaba a toda costa que ella supiera que la estaba engañando, para que cayera rendida a sus brazos. Fue ésa misma noche, que me enteré de que Freddy y ella se estaban dando un tiempo para salvar su matrimonio y en ése intervalo de tiempo, aparecí yo.

En el momento que Ian me lo estaba contando, no puede sentirme más culpable, aunque traté de evocar las palabras de mi hermana cuando me decía que el único pecado que yo había cometido, era enamorarme de semejante cabrón.

Miro al hombre que está sentado a mi lado y que tanta seguridad y cariño me proporciona, cayendo en la cuenta de que, sin lugar a dudas, mi hombre es él y no Freddy.

Definitivamente hay que hacer desaparecer ese fantasma que trata de imponerse en nuestras vidas y, aunque ha sido horrible todo lo sucedido, me doy cuenta que también ha sido imprescindible para que la relación entre Ian y yo fuera posible.

- ¿Qué te parece si aprovechamos los días que me quedan de vacaciones y los

disfrutamos juntos? -me lanzo en picado a por todas.

-Todo lo que tenga que ver contigo, me parece perfecto preciosa.

Unas horas después conduce de camino a la cabañita que parece que dejé hace años. Por alguna extraña razón que desconozco conduce muy, muy despacio; tanto que creo que he visto a un caracol adelantarnos. Me choca mucho porque él no suele conducir así.

- ¿Por qué vas tan despacio? Te está pitando una tortuga, ¿no la oyes? -me mofo.

Gira la cabeza para mirarme y con una enorme sonrisa, desarma todo mi sarcasmo contestando:

-Es porque llevo lo más bonito del mundo en el coche ahora mismo y no quiero que se dañe.

Vale, sí; lo admito.

Se me han caído hasta las bragas y no aguanto las ganas de tenerle metido en mi cama, en la postura que sea, pero sin ropa, por favor. ¡Me lo como!

Y a eso, a comernos es a lo que nos dedicamos durante dos días enteros en los que sólo con nuestros cuerpos nos basta y nos sobra para vivir.

Confieso que, de seguir haciendo deporte a éste ritmo, me voy a quedar en los huesos.

- ¿Sabes? -me sorprende uno de esos días- Hay un sitio donde me encantaría pasar un par de días contigo.

- ¿Ah sí? -emocionada como una cría- ¿Dónde?

-Es una sorpresa, mi niña. Si te lo digo, ya no vale -responde haciéndose el interesante.

-Pues vaya -enfurruñada me cruzo de brazos a ver si cede. Le pongo ojitos para reforzar la presión.

-Si tienes mucha curiosidad... podemos ir mañana mismo -concede a medias.

-Genial, pero mientras... -me insinúo poniéndome sobre él- tenemos tiempo para jugar un ratito...

-Eres insaciable nena, me encantas.

-Sí, pero sólo de ti.

Mis propias palabras me sorprenden haciéndome entender que por fin podemos empezar de cero y que ésta historia que hoy comienza, no tiene nada que ver con lo que fue la anterior.

-Te quiero -se lo digo mirándole a los ojos mientras hacemos el amor con nuestras manos entrelazadas por encima de nuestras cabezas.

-Yo también te quiero -susurra en mi oído.- Y siempre te querré.

Es una promesa que, de momento, yo no puedo hacer ni tampoco pararme a pensar.

De momento sólo quiero disfrutar de las maravillosas vacaciones, que han mejorado mucho desde que se incorporó Ian, y de mi nuevo y recién estrenado novio al que no me canso de saborear.

Ya veremos qué es lo que el universo nos tiene preparado para después, por lo pronto, agradezco el regalo que me ha otorgado.

Capítulo 23: Déjà vu.

Al día siguiente recogemos todo y, después de comer, nos despedimos de mis fantásticos anfitriones y salimos en el coche. No sé dónde me lleva y, a estas alturas, ya no me importa con tal de ir con él. Lejos quedó aquella rabia y todas aquellas dudas que me asaltaban, cuando me sacó a hombros de mi casa.

Ahora simplemente somos él y yo, cantando en el coche y metiéndonos mano como adolescentes. Lejos de apaciguarse, el incendio que se produce cuando estamos juntos cada vez se aviva más y ahora sí, no podemos estar cerca sin tocarnos.

Un rato después, que se me ha hecho cortísimo, llegamos a Granada. El destino de por sí, me sorprende muchísimo ya que siempre he querido venir a conocer la famosa Alhambra; además el vino que más me gusta se elabora aquí. Pero más me sorprende cuando, en plena Gran Vía, entra en un portal y subimos a la última planta del edificio.

Es un ático muy amplio, con un par de habitaciones, dos cuartos de baño, una cocina estrecha, un salón dividido en dos ambientes y una terraza enorme que me enamora nada más entrar.

A mi derecha, la catedral de Granada con sus hermosas pilastras apuntando el estrellado cielo; a mi izquierda, una espectacular vista de La Alhambra luciendo majestuosa sobre la ciudad, con una iluminación que la hace parecer más hermosa aún, de lo que ya es.

Estoy impresionada y fascinada con las vistas; tanto, que no me doy cuenta de que Ian viene con dos copas en una mano y una botella de Roble Rey Zagal en la otra y, rodeándome por detrás, pasea su tentadora oferta delante de mis narices.

Me giro y le beso expresando la gratitud que siento por estar en este maravilloso lugar, esta noche, con él. Por primera vez siento que el universo y yo estamos haciendo las paces y en secreto, se lo agradezco y le pido muchas noches como ésta en su compañía.

Sirve dos copas de vino mientras comienzan a sonar las primeras notas de “Bailar Kizomba”. Lentamente y con una mirada que esconde muchas promesas, se acerca,

me toma por la cintura y comienza a mecarme al compás de tan sensual ritmo. Despacio que tengo el tobillo vendado y no estoy para tanto meneo.

Nuestros cuerpos están tan juntos que parecen uno sólo y como tal, se mueven.

Poco a poco vamos seduciéndonos con nuestros movimientos, envueltos por la letra de la canción y quitándonos la ropa despacio, sin perder ningún compás.

No podríamos tener mejor pista de baile que la que nos acompaña bajo un cielo hermoso, al cobijo de dos monumentos arquitectónicos, más el que tengo entre manos que no se queda atrás y se me antoja mucho más apetecible.

Cuando ya no queda ropa que quitarse, me tiende con suavidad sobre la cama que hay en un extremo de la terraza y allí, bajo las estrellas, con la música de fondo, me hace el amor con una dulzura y una entrega total. Entre bailes y caricias prohibidas, pasé la noche más romántica de mi vida; la noche que yo pensé que sellaba una larga y sólida relación con Ian.

En aquel instante, perdida entre sus brazos y enredada entre sus musculosas piernas, creí que no había motivo alguno en el universo para que yo me separara de ese hombre jamás.

A la mañana siguiente me despertó con el café, me cubrió de besos y me llevó en brazos hasta la ducha, donde con exquisita paciencia, cubrió mi venda con una bolsa de plástico para que no se mojara y yo pudiera ducharme.

-Vamos perezosa, no tenemos todo el día -me apremia.

-Y ¿se puede saber por qué tenemos tanta prisa?

-No se puede, sólo apúrate.

Vale, tengo que reconocer que con esa frase me ha recordado mucho a su hermano. Al cabrón de su hermano, mejor dicho.

Sacudo la cabeza alejando los fantasmas y trato de darme prisa pues la curiosidad empieza a jugar su baza.

Conduce hasta llegar a la localidad de Cogollos de Guadix, enclavada en la falda de la cara norte de Sierra Nevada, en lo que se denomina Marquesado del Zenete.

Llega hasta un pabellón en medio de un extenso terreno de viñas y, al bajarme del coche, descubro que estamos en las bodegas de mi caldo favorito. ¿Se puede ser más detallista?

-Éste fue el primer vino que descubrí contigo -susurra agarrándome por la cintura.- Espero que podamos descubrir juntos, muchos más -me besa antes de estirar de mi mano, en dirección a la bodega.

La visita resulta muy divertida y más cuando ya hemos probado unos cuantos vinos. Entre cata y cata nos explican los detalles de la fabricación, los litros que producen al año o los numerosos concursos que han ganado con sus productos. Al terminar la visita es media tarde y, de nuevo apresurados, salimos de allí, de vuelta a lo que yo creo, es la ciudad.

Pero no; me lleva a La Alhambra para ver el atardecer entre abrazos y besos. Ahora entiendo por qué corría. Hay una luna llena preciosa que nos ilumina como foco en el escenario, mientras nosotros preferimos comernos a besos entre historias del lugar que Ian me va contando.

Me chifla que me cuenten historias y, en concreto, me llama la atención una de ellas que decía así:

“Érase una vez un musulmán que había matado a noventa y nueve personas. Al hombre le preocupaba si Alá podría perdonar sus pecados y dejarle entrar en el paraíso, así que se fue a visitar a un Imán y le preguntó si él creía que tenía salvación.

El sabio le contestó que cómo iba a tener salvación si había matado a noventa y nueve personas, así que el hombre lo mató también, sumando un cadáver más a su larga lista, y se fue a visitar a otro Imán.

De nuevo volvió a expresarle su temor a no poder entrar en el paraíso de Alá y añadió que había matado además, a un Imán.

El nuevo sabio le dijo que no importaba a cuántos hombres hubiera matado, ni la condición de éstos; si quería el perdón divino, debería viajar a otra ciudad y empezar de cero haciendo el bien.

El hombre, recogió sus cosas y se puso en camino a otra ciudad, pero a mitad del mismo, murió.

Llegaron al lugar del deceso dos ángeles; uno quería llevar al hombre al infierno y el otro quería llevarlo al paraíso. Como no se ponían de acuerdo, decidieron medir las distancias que había entre el lugar donde había muerto y las dos respectivas ciudades: de la que venía y a la que se dirigía.

Por pocos centímetros, ganó el ángel del paraíso y le explicó al otro:

-Sabía que sería perdonado porque lo que más valor tiene a los ojos de Dios, es la voluntad de cambio que mostró cuando comenzó el camino; aunque no haya tenido tiempo de enmendarse.”

Según Ian, la moraleja de ésta bonita historia, es que siempre hay esperanza, aunque la situación pueda parecer desesperada y sin remedio, como pensaba el hombre que se veía condenado al infierno.

Era bien entrada la noche cuando me llevó a bailar a una discoteca del centro; de Recogidas más concretamente. Cuando llegamos había bastante gente y parece que acababan de terminar alguna clase.

El profesor en cuestión, un calvo de músculos insultantes, sacó a bailar a una de sus alumnas cuando todo el mundo se disponía a ocupar la pista. Ian y yo salimos también a bailar y, en pocos segundos, la gente empezaba a hacernos corro. Creo que el profesor se sintió algo desplazado, a juzgar por la cara que puso cuando tocó el hombro de mi chico y le pidió que nos echáramos a un lado.

Nos miramos, reímos y con un gesto de cabeza, decidimos hacerle la noche imposible al tipo, demostrándole todas nuestras habilidades latinas en la pista. Supongo que cuando nos marchamos agotados, lo celebró.

Lo pasamos fenomenal y, al llegar al ático de nuevo, tirados en la cama de la terraza, me sorprendió con una proposición que yo no esperaba.

-Eva -me mira fijamente- verás yo...

- ¿Sí? -le animo a seguir.

-Ya sabes que trabajo y vivo en Bruselas.

-Si... -de repente no me gusta nada el cariz que está tomando la situación.

-Pero, el haberte conocido y estar contigo, me ha hecho replantearme mi vida -coloca un mechón de mi pelo tras la oreja.

Yo estoy dudosa porque esta última frase ha sonado mejor que la anterior pero no me fío; le veo muy serio.

-Pensaba que...si tú tal vez...

-Ián por favor, acaba ya que me estás poniendo nerviosa.

-Me gustaría que viviéramos juntos en mi casa, Eva. Estoy dispuesto a pedir el traslado a Bilbao.

¡Buff! ¡Madre mía! ¡Menuda propuesta!

Hace unos días ni tan siquiera sabía que le quería y ahora...me parece que las cosas están cogiendo una velocidad de vértigo y tal vez habría que ponerle freno; o no.

- ¿Qué te parece si esperamos a volver a casa para retomar la conversación, cariño?

Prefiero ganar tiempo antes que soltar alguna de mis frescas y mandarlo todo a paseo que suele ser muy mío. Esto tengo que pensarlo y bien porque, aunque tiene sus ventajas, como salir de mi oscuro zulo y marcharme a vivir a mi ideal de casa, perdería mi independencia y eso es algo que duele mucho.

Por ahora prefiero disfrutar del maravilloso momento que vivimos, en los días que pasamos juntos en la maravillosa ciudad de Granada.

Días en los que recorremos cada rincón, disfrutando de su gastronomía y de sus preciosas calles empedradas que tantas sorpresas esconden. Días repletos de felicidad, risas y mucho sexo en lugares inesperados. Días que como casi todos los días felices, pasan volando y desgraciadamente, volando también llega el día que tenemos que regresar.

Un regreso que me causa melancolía e incertidumbre casi a partes iguales.

Conforme vamos avanzando kilómetros, voy siendo más consciente de la conversación que tenemos pendiente y de la decisión que tengo que tomar.

Por el camino hablamos con María y Jorge que volvió con ella nada más acabar el operativo. Yo le explico a mi hermana el miedo tan grande que he pasado y Jorge le cuenta a Ián que parece ser que alguien, ha entregado las pruebas que estaban desaparecidas, en contra de Edgar y de los demás. No se sabe quién, aunque mi nuevo cuñado se compromete a averiguarlo a la mayor brevedad posible.

La tensión es palpable, cuando entrando en Bilbao me pregunta:

- ¿A tu casa o a la mía? -me parece adivinar un doble sentido.

-De momento, si no te importa, prefiero en la mía.

Asiente sin más y conduce hasta mi casa. Prefiero estar en mi terreno y necesito ropa limpia que, con tanto trajín de las vacaciones, no tengo casi ni bragas para ponerme.

Nada más entrar en casa, deshago el equipaje y pongo la lavadora mientras él pide algo de cenar por teléfono. Tengo la nevera vacía así que la opción de cocinar afortunadamente, está desechada.

Termino mis tareas y me reúno con Ian que me espera con una copa de vino del que nos trajimos de la bodega. Es fantástico e inquietante a la vez, ver la compenetración que podemos llegar a tener.

- ¿Te apetece ver una película?

- ¡Sorpréndeme! -digo cogiendo postura en el sofá.

Y me sorprende con la peli de “Intocable” y un arroz tres delicias que me encanta, con una sopa de pollo china que hace que se me reconforte el alma. La sensación de estar en casa cobra más sentido que nunca y empiezo a pensar si su presencia, no tendrá algo que ver.

Me gusta cómo queda mi casa con él dentro, pero es que si lo pienso bien, me gusta cómo queda él en todos lados; sobre todo cuando yo estoy cerca.

Aunque tanta familiaridad y tanto ver la peli abrazaditos, me recuerda su proposición de irnos a vivir juntos. Reconozco que me agobia mucho el sólo hecho de pensarlo, pero también reconozco que no quiero separarme de él ni por un instante.

Con ese pensamiento, me giro en el sofá para mirarle de frente y con todo el descaro del mundo, le pregunto una vez acabado el film:

- ¿Me llevas a la cama, bombón?

-Con muchísimo gusto preciosa -responde levantándose del sofá.

Me lleva hasta el dormitorio en brazos, me desnuda, me besa, me acaricia y en el momento preciso en que va a penetrarme y por fin volveré a sentirme llena de él, suena el timbre y, casi al mismo tiempo, el teléfono de Ian se suma al llamamiento.

Cojo lo primero que pillo para salir a abrir la puerta mientras él busca el móvil por el suelo. “Tanta llamada no puede ser buena”; pienso en el trayecto mientras voy abrochándome unos cuántos botones de la camisa de Ian.

-Dime Jorge ¿ya sabes quién entregó las pruebas? -Aún tengo tiempo de oírle contestar antes de abrir la puerta de mi casa.

Cojo la manilla de la puerta y la acciono, ajena a lo que me voy a encontrar, que será lo último que recuerde antes de desmayarme. Ian aparece detrás de mí con una toalla a la cintura, justo a tiempo de cogerme, antes de que me desplome contra el suelo.

¡Freddy! ¡Es él! ¡En mi puerta de nuevo!

Continuará....

Agradecimientos.

Sin lugar a dudas ésta es siempre la parte más difícil de escribir de cualquier libro. Afortunadamente porque son tantas las personas que día a día hacen mi sueño realidad que me es imposible nombrar a todas.

Detrás de una escritora, como detrás de cualquier profesional siempre hay una persona con una vida que no siempre es fácil compatibilizar con la inspiración; ese efímero soplo de aire que llega y te envuelve dotándote de una creatividad maravillosa. Si bien, lo mismo que viene se va y creo que es muy importante respetar los espacios de las musas. En mi caso musos, con la licencia que me tomo de crear esta palabra si no existe.

En primer lugar y, por haber sido parte fundamental para la elaboración de la trama policial, quiero agradecer a mi confidente secreto; del cuál y por propio deseo no diré el nombre, pero sí darte mi más sincero agradecimiento y perdón por la cantidad de preguntas.

En segundo lugar, gracias a mi equipo de lectores 0 por leer, leer y leer, a veces bajo presión y sin tiempo. Por sus comentarios y por buscarme siempre las cosquillas.

Gracias a los chicos del grupo pues la opinión masculina es muy importante para mí por los muchos lectores del mismo género. Esperamos que sumen muchos más.

A las chicas del grupo tengo que pedirles ante todo perdón porque sé que nunca os dejo disfrutar el placer de la sorpresa. Sois mi pilar de construcción.

A mi comadre en especial, GRACIAS; la lista de los por qué, infinita: por cuidarme, por cuidar de mis hijas, por alimentarme en las numerosas ocasiones en que no me acuerdo ni de cocinar, por esos infinitos abrazos que me reinician, por bailar conmigo, por reír y por todos los millones de cosas que juntas hemos creado desde el primer día. Te quiero mucho.

Gracias también a mi bruja favorita Irene, porque estoy encantada de que estés en mi vida y me sigas dando las pautas para llegar a la meta, sea cual sea.

A toda mi familia por el inmenso amor que me brindan cada día, a todos mis ángeles y guías que me acompañan y, por supuesto, gracias a Dios.

A Cecilia Pérez del grupo “Divinas lectoras” de Facebook, por su apoyo y su opinión.

A los blogs que siempre me tienen en cuenta para reseñas o lecturas conjuntas y que con tanto cariño me tratan como por ejemplo “Entre libros y coletas” o “Los libros de los sueños entre otros”.

Gracias a todas aquellas personas que a diario, me animan a seguir creando sueños a través de sus comentarios, por cualquier medio. Pero, en especial, gracias a todos aquellos que perdieron dos minutos de su tiempo, para dejar su comentario en Amazon; realmente es muy importante para un autor porque esos comentarios son los que ven otras personas antes de adquirir un libro, porque los autores los leemos y sabemos más de vosotros los lectores y porque nos ayudan muchísimo.

A todos GRACIAS.

Índice

- Cap.1: La oscuridad se ciñe sobre mí.....Pág.7**
- Cap.2: Llegó la tormenta y trajo de la mano el tormento
.....Pág. 25**
- Cap.3: Jugando a detectives.....Pág.37**
- Cap.4: A las mazmorras.....Pág.49**
- Cap.5: Fiesta de pijamas.....Pág.61**
- Cap.6: Retorno al cementerio.....Pág.73**
- Cap.7: Ian.....Pág.85**
- Cap.8: Tratado de paz.....Pág.99**
- Cap.9: Las comparaciones son
inevitables.....Pág.111**
- Cap.10: Acecha la soledad.....Pág.123**
- Cap.11: Jugando con fuego.....Pág.135**
- Cap.12: De vuelta al nido.....Pág.147**
- Cap.13: Montando guardia.....Pág.159**
- Cap.14: Tirando del hilo.....Pág.171**
- Cap.15: Bendita libertad.....Pág.183**
- Cap.16: Arrasada por el fuego.....Pág.189**
- Cap.17: Poniendo distancias.....Pág.209**
- Cap.18: Espionaje.....Pág.221**
- Cap.19: Eva en el paraíso.....Pág.233**
- Cap.20: Contraespionaje.....Pág.245**
- Cap.21: Secuestrada.....Pág.259**

Cap.22: Te quiero.....Pág.271

Cap.23: Déjà vu.....Pág.281

Playlist

1. "All of me", John Legend.
2. "Ramaladingdong", Almuki.
3. "Don't you cry", Guns and roses.
4. "How long will I love you" Ellie Goulding.
5. "Fly", Ludovico Einaudi.
6. "Loving strangers", Russian Red.
7. "Rata de dos patas", Paquita la del barrio.
8. "Rayando el sol", Maná.
9. "Recuérdame", Marc Anthony y Natalia Jiménez.
10. "Me vuelves loco", Siempre así.
11. "Valerie", Amy Winehouse.
12. "La bicicleta", Shakira y Carlos Vives.
13. "Deja que te bese", Alejandro Sanz y Marc Anthony.
14. "Saltan chispas", Rozalen.
15. "Abrázame", Camila.
16. "Paraíso", Dvicio.
17. "Bendita tu luz", Maná.
18. "Andas en mi cabeza", Chino y Nacho.
19. "Desde cuándo", Alejandro Sanz.
20. "Feel good", Muse.
21. "Moonlight sonata", Beethoven.
22. "Bailar Kizomba", Grupo mixto.

SÍGUEME EN...

Puedes seguir a la autora a través de:

<https://www.facebook.com/nekanegonzalezescritora/>

<https://twitter.com/NekaneGnzalez>

<https://www.instagram.com/nekanegonzalez/>

<https://nekanegonzalez.blogspot.com.es/>

o también a través de email:

nekanegonzalez76@gmail.com

Playlist del libro disponible en:

<https://open.spotify.com/user/1135589332/playlist/6I2mUpdr9vc5BzTEVTmqJ>

[1] **Ertzaina:** policía de la comunidad autónoma del País Vasco, en España.

[2] Pequeña península coronada por la ermita de **San Juan de Gaztelugatxe**, dedicada a Juan Bautista.

[3] **Hang:** escultura sonora que tiene una característica forma de “plato volador”, resultado de pegar dos “cascos” nitrurados en sus bordes. Dentro del instrumento hay un vacío, y la cara exterior tiene ornamentos armónicos o membranas esculpidas a golpe de martillo. Dichas membranas son normalmente excitadas utilizando los dedos, las cuales son dinámicas y ricas en armónicos sin utilizar ninguna fuerza adicional.

[4] **Axel Rose:** cantante, líder y compositor del mítico grupo estadounidense **Guns N' Roses** durante la década a finales de los años 80 y principios de los 90

[5] **Europol:** agencia policial de la UE, ayuda a los países miembros de la UE a combatir la delincuencia internacional y el terrorismo.

[6] **R.A.E.:** Real Academia Española de la lengua.

[7] **José de Espronceda:** escritor de la época del Romanticismo, considerado como el más representativo poeta del primer Romanticismo español.